

# Vivir en Marín

Rafael Quintero



# Vivir en Marín

1.<sup>a</sup> ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2007

1.<sup>a</sup> ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

© Rafael Quintero

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Imagen de portada**

Yessika González

**Edición**

Nagdy Guevara Valecillos

**Diagramación y diseño de portada**

Arturo Cazal

La mayoría de las imágenes que integran el libro forman parte del archivo personal del autor. Las restantes fueron cedidas para esta edición por Albert Cañas y Nazareth Balbás. Nuestro agradecimiento por su colaboración.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN Digital: 978-980-14-4709-2

Depósito legal Digital: DC2020000981

# Vivir en Marín

Rafael Quintero

# Tu historia

Cuando en 2006 la Revolución le propuso al pueblo de Venezuela organizarse o reorganizarse en consejos comunales comenzó una de las transformaciones que más profundamente han marcado a la Venezuela de este siglo, y la han de seguir moldeando durante muchos años. La demostración de esa verdad no corresponde al objeto de estas páginas, pero sí la captura en el aire de uno de sus momentos clave: la invitación que se nos hizo, en forma de requisito, para que los habitantes de las comunidades escribiéramos la historia local de nuestros sectores, y un mapa autóctono y vivo de esos lugares de residencia.

Ese documento múltiple y monumental, realizado por millones de venezolanos (porque, aunque no todos participamos directamente en su escritura, millones aportamos conocimiento, recuerdos, datos, opiniones) anda “por ahí”, disperso y nunca agrupado o sistematizado.

No hace falta ese paso; lo importante es que el ejercicio masivo realizado por el pueblo de Venezuela nos incrustó en el inconsciente colectivo un dato cultural invaluable: hermanos y hermanas, tenemos una historia que rescatar y que contar, y esa historia no la va a venir a contar ningún académico o historiador de otra parte: te corresponde a ti investigarla y narrarla, porque ya diste un paso fundamental, el primerísimo, el fundacional: esa historia la viviste. Como individuo o como herencia

social de tu gente, tú eres el protagonista de esa vaina; ¿por qué tiene que venir un coño de otro lugar o componente social a contar tu historia?

Ignoro si Rafael Quintero atendió o acudió en la mencionada ocasión a ese llamado específico, pero este libro que me honra presentar (aunque no soy de San Agustín, y casi nada, como no sean la adoración de la música y la admiración de su gente, me ata a esa comunidad) es un ejemplo de cómo un heredero de luchas y procesos recientes y ancestrales es capaz de sintetizarlo y resumirlo todo en un gesto limpio y grandioso. Rafael es músico pero sabe, por rebeldía o por intuición, que no es preciso haber estudiado Historia en la academia para entregarse a la tarea de contar de dónde vienes, quiénes son tus afectos primordiales, qué accidentes o fenómenos te construyeron y te convirtieron en lo que eres.

No es esto una investigación exhaustiva ni documental sobre la historia de un barrio ni tiene por qué serlo; es el registro humano de la memoria, la observación, las sensaciones y las aspiraciones de un hijo de San Agustín del Sur. Las fuentes documentales en las que ha bebido este ciudadano no son el libro añejo ni los grandes archivos momificados, sino el pellejo vivo de un pedazo de la Caracas insurgente. Este libro es una pieza de la historia del pueblo contada por el pueblo, esa obra colectiva formidable de la que hablaba arriba: quizá la creación más voluminosa e importante que se haya escrito en Venezuela.

San Agustín, Marín y el Afinque son referencias de la música, y la familia Quintero es un hito fundamental de la historia musical de este conglomerado humano caraqueño. El experimento cultural llamado Grupo Madera recorre estas páginas sin necesidad de ser nombrado a cada rato, porque la lectura de este libro es un trámite sabroso y vertiginoso que trae sonido de tambores. En estos repiques he venido a descubrir qué inmenso personaje es la gran Zoila; yo puedo enorgullecerme de

decir que tengo un buen rato recorriendo el país en busca de este tipo de héroes del pueblo, y lamento mucho no haberme tropezado con esta matriarca. Me toca volver aquí a la reflexión central: para qué iba a venir yo a buscar a Zoila y su hijo Rafael ya nos la está mostrando desde su grito familiar.

En estos días de sacudones y de pasar roncha, cuando me dicen o me preguntan si Venezuela puede salir bien de los rulos actuales, lo que hago es verificar que el país está lleno de guerreros y guerreras de esa estirpe de Zoila, y me alivia mucho. Porque ese espíritu anda por ahí vivo. Este país es arrecho, compañero Rafael; tu historia (esta que has escrito para nosotros) lo atestigua.

\*\*\*

“Tu” historia: expresión que congrega un llamado a lo que eres, a aquello a lo que perteneces, aunque también invoca el peligroso o estimulante detalle de la propiedad. Como los pobres del mundo por lo general no tenemos nada, hay que enorgullecerse de lo único que podemos denominar patrimonio: una historia, unos linajes, unos hilos conectores, un material (la tierra) del que estamos contruidos. Es lo único que tenemos y lo único que no podrán quitarnos.

José Roberto Duque  
Septiembre de 2019

## Desde las filas de Marín

*“Nos gustaba la casa porque aparte de  
espaciosa y antigua (hoy que las casas  
antiguas sucumben a la más ventajosa  
liquidación de sus materiales)  
guardaba los recuerdos de nuestros  
bisabuelos, el abuelo paterno,  
nuestros padres y toda la infancia”.*

Julio Cortázar, *Casa tomada*, 1946.

Así es, el barrio Marín es un gran hogar, una maravillosa casa y describir cómo se vivió y vive allí, no es una labor fácil, en absoluto, pero Rafael Quintero se atreve a perecer o vivir en el intento, lo aborda, se lo expropia al pasado y nos lo presenta sin variar su traje o vestimenta cotidiana. Ese pequeño barrio de San Agustín del Sur, que hubo de nacer hermanado con La Charneca, Hornos de Cal, La Ceiba, El Manguito y El Mamón, junto a sus 12 callejuelas o pasajes que coinciden en la avenida Leonardo Ruiz Pineda (héroe revolucionario caído en combate por la libertad y la justicia en 1952) tiene muchas historias que deben ser conocidas y hasta aprendidas, en primer término en honor a quienes las protagonizaron y por quienes a diario aún las viven y continúan haciéndolas o no.

Es por eso que con una narrativa sencilla, diáfana, concreta, Rafael incorpora a sus vivencias sus vínculos y relaciones con todos estos personajes. El conoció a los protagonistas tuvo la grata oportunidad de jugar al fútbol, voleibol, pelota de goma y hasta chapita con muchísimos de ellos, quienes lo apreciaban tratándolo como un hermano adicional, de esos que nos regala la vida por el simple hecho de “tener el ombligo enterrado en Marín” a decir Higinio Sanz. Con todos estos personajes nuestro autor compartió sentimientos, conversaciones y pensamientos cotidianos, otros profundos, que hoy, años después, se atreve a revivir al testimoniar momentos históricos, momentos que abarcan hechos muy cotidianos como el ir al colegio para luego alcanzar mayor expresión a través del deporte, la solidaridad, el estudio y la siempre presente cultura musical surgida permanentemente del barrio, “para toda Venezuela y también para el mundo”.

El espacio donde desarrolla su temática son las calles y callejones del barrio, el mismo que cuando llueve revuelve la tierra y la convierte en pantano multicolor y cuando esas gotas, caídas del cielo, son muy fuertes a algún vecino se le cae la pared del rancho o, a veces, hasta el rancho completo. Este barrio que vio transformar toda la ciudad que se deslumbró al ver terminado Parque Central y más aún, muchos de sus habitantes trabajaban allí. Llegaban por las tardes cansados a bañarse, comer algo para reponer fuerzas, escuchar buena música y descansar para volver luego a la dura faena.

Actualmente, Rafa está radicado en Francia desde 1998, lo cual, no le impide tejer y estructurar una conexión entre todos los matices que aborda abriendo paso a los recuerdos que van apareciendo y se asumen en esta lectura fácil bien estructurada y poéticamente expuesta, cual si se tratara de pintar sobre lienzo un hermoso cuadro. Cualquier vecino de San Agustín se aprecia reflejado en estas vivencias; y es que no podía ser de otro modo pues él le está reviviendo su pasado, el que nunca se detuvo a

pensar, a reflexionar, a sistematizar; entonces nuestro autor avanza y ve más allá, le dice al obrero, al deportista, al malandro, al músico, al cantante, ellos, que son los hacedores de estas historias.

Vemos pues como los relatos aquí representados conducen al lector a viajar retrospectivamente, provocan reeditarlos; al aire libre, en las bodegas del barrio, los círculos de estudio, o en los escalones de cualquiera de las calles o las esquinas donde sus habitantes comparten su existencia en sociedad. Marcas de cigarrillos, de refrescos embotellados, de juegos infantiles, de productos e instrumentos domésticos inexistentes, nos trasladan a otro espacio y seguramente estas conversaciones se prolongarían por horas para ser retomadas en otros momentos. Alguien dijo que “la desmemoria era la virtud de los pueblos, pues estos olvidan muy rápido”, sin embargo, *Vivir en Marín* recauda la memoria la mezcla con el presente y concluye en este material ilustrado por el bodeguero, la escuela, las peleas de gallo y la matanza del cochino, necesaria para la venta su carne, viseras y el chicharrón a los vecinos, y quién no tenía dinero, podía llevárselo fiado. He allí el mérito y la osadía emprendida por Rafa para que estas vivencias permanezcan pudiendo ser en consecuencia reelaboradas a partir del pasado.

Ojalá el trabajo que hoy nos presenta el hijo menor de la señora Zoila, estudiante de la Técnica de Coche, del Liceo Fermín Toro y luego de la UCV logre un efecto multiplicador en todo San Agustín y contribuya a generar novedosos escritores de vivencias, cuentos y poemas. Decía William Lucena, hermano de Elio Lucena, dirigente y luchador vecinal (que también nos dejó recientemente), “Siempre hacemos poesía, siempre escribimos poesía”, excelente sentencia perfecta necesaria a cada instante.

En este libro queda plasmada la alegría vecinal. He tenido la oportunidad de hacer comentarios con protagonistas de los hechos aquí narrados y he visto cómo sus rostros me han lleva-

do a tiempos felizmente vividos. No tengo dudas, hoy el barrio está agradecido a Rafa al permitir y lograr que recuerdos de la infancia continúen palpitando, vibrando; he tenido la dicha de ver a mis amigos aquí nombrados con los ojos aguados por la emoción, al recordar efusivos y gratos momentos.

Por último, solo queda un elemento necesario a resaltar. Cuando escribía estas líneas tres importantes personajes para el barrio cambiaron de paisaje, Jacobo Penzo, director del documental *El afingue de Marín*; Jesús Antonio Blanco, Totoño, quien fue patrimonio vivo de la ciudad y Ramón Bernal, músico y arreglista, nacido en este lugar. Como ellos, muchas de sus figuras de *Vivir en Marín* ya no están, partieron a ese viaje sin retorno e inevitable y cuando nos toca despedir y llorar su partida perdemos una parte nuestra que ellos se llevan al más allá, al infinito. También nosotros hemos venido muriendo poco a poco en Marín.

Seguramente nuevos trabajos literarios verán la luz en la parroquia cuando se hable de San Agustín del Sur, de sus barrios, también han de hacer acto de presencia en la escena nuevos e innumerables poetas y escritores, la mesa ha sido servida, gracias Rafael...

Alberto Enrique Torres

“El Morocho”

2020

## Palabras iniciales

El primer manuscrito de este trabajo lo entregué finalmente en 2003, había estado escribiendo entre 2001 y 2002 en mis ratos libres, sin albergar pretensión literaria alguna, era más por echar el cuento entre la familia y los allegados. Surgió el concurso Cada Día un Libro, me atreví a enviarlo a ver qué pasaba y pasó que fue seleccionado para ser publicado, después lo premiaron en 2007 en un certamen con la mención especial en crónica, todo esto fue sin culpa ni premeditación.

He querido continuar ahondando en múltiples datos que después de su publicación han sido sugeridos por algún lector o cuyas lagunas mi memoria me ha permitido superar; además, otros eventos y circunstancias de absoluta importancia para mí han surgido y debo en justicia reseñarlos.

No deseo de ninguna manera que este esfuerzo sea una biblia o una cátedra, pido perdón por los olvidos involuntarios. Más allá, el objetivo es contribuir para que sigan surgiendo otras iniciativas que permitan profundizar en el estudio de la historia local que cada día se va construyendo y, como los ríos, siempre van al mar. He incluido un apéndice para dejar colar algunas reseñas que me han solicitado, siempre sobre el barrio, artículos, cuentos, entrevistas, que considero aportan y son parte de esta misma línea de la vida en Marín.

Debo agradecer a mi hermano Carlos “Nené” Quintero por su memoria, paciencia y disposición a aportar el dato. Tanto en la primera edición como en esta segunda, su participación es valiosa y fundamental.

A mi hermano también, Alberto Enrique Torres “El Morochó”, por todos sus aportes, por su solidaridad y amistad infinita.

A Irma Pérez, mi profe de español y compañera de vida, quien me ha estimulado a escribir, por corregir los horrores de sintaxis, gramática y olvidos.

A mi hija Aurora Quintero de Grivolla, quien solícita y eficaz debió correr en Caracas de un lado a otro para entregar el primer manuscrito y siempre está pendiente para ayudar. A su madre Tahís Peña, quien también colaboró corrigiendo, compaginando, seleccionando fotos en esa primera edición y ahora en la segunda aportando información de primera mano.

A Felipe Gil, donde quiera que se encuentre, por su nobleza y comprensión, por su diligencia. Nos ayudó en Caracas con toda la técnica necesaria para la presentación. Por sus consejos y aportes. Por su infinita bondad.

A mi hermana Rosalía Quintero. Nuestra guardiana del tesoro fotográfico familiar, por toda su implicación en enviarnos la foto apropiada para cada página.

A Farides Mijares y Antonio Machuca por los importantes elementos brindados.

A Noel Márquez por la valoración que ha dado a este humilde trabajo y también por su gran apoyo teórico.

A José Roberto Duque por estimularme y proponerse ayudarme para esta reedición.

Rafael Quintero

Lyon, Francia

5 de septiembre de 2019

# Vivir en Marín

## Marín en el espacio

El valle de Caracas es atravesado de oeste a este por el río Guaire, que otrora sirvió para la ensoñación de pintores y poetas. Exactamente, en el centro de este valle a orillas del Guaire se encuentra la parroquia San Agustín, dividida en norte y sur por el río. Allí en San Agustín del Sur está Marín.

San Agustín del Sur tiene una única avenida, que es su nervio comercial y su principal vaso comunicante con la ciudad. Ella acompaña al Guaire<sup>1</sup> en el escaso trayecto que tiene por San Agustín.

Desde la avenida Leonardo Ruiz Pineda, así se llama nuestra única avenida, comienza a ascenderse por un cerro que no se detiene desde Roca Tarpeya o el Helicoide hasta el Jardín Botánico, barrera para la discontinuidad del poblamiento exponencial que tuvo la parroquia en los últimos cuarenta años.

---

1 El río Guaire es un riachuelo que atraviesa la ciudad de este a oeste, es un símbolo de la Caracas de antaño, pero fue convertido en un vertedero de aguas servidas; no obstante, hay muchos proyectos y sueños de limpiarlo y darle la pureza y la dimensión que poseía.

Cada sector tiene su nombre, cada uno más ocurrente y sonoro que el otro, así comenzando por el oeste podemos nombrar por abajo:

Vuelta del Casquillo y a continuación 12 pasajes o callecitas perpendiculares a la avenida principal, a la autopista Francisco Fajardo y al Guaire, que paralelamente se persiguen sin tocarse.

Luego, ya cerro arriba tenemos el Helicoide, El Aguacatico, La Sin Ley, El Manguito, La Palomera, La Ceiba, La Hong Kong, La Fila, Marín, La Ford, El Cañón, La Guitarrita, Negro Primero, Hornos de Cal, El Infiernito, El Tanque, La Televisor, Barrio a Juro y La Charneca.

Los pasajes llegan justo hasta antes de Marín de manera que desde este los barrios siguientes comienzan en la avenida. Tenemos así Marín, Hornos de Cal y La Charneca<sup>2</sup>. Todos estos barrios se han venido poblando en primer lugar, con las familias que, no teniendo en el campo la garantía de su supervivencia, se trasladan a la capital soñando conseguir “una vida mejor”. Por otro lado, el petróleo nos dio una fama de país rico y de vida fácil, de manera que Colombia, Trinidad, República Dominicana, Ecuador y Perú nos han aportado también el fermento para poblar nuestra parroquia.

No podemos dejar de lado a quienes se adueñaron de bodegas, abastos, panaderías, carnicerías, y que han sido elementos muy pintorescos en nuestro devenir, me refiero a los portugueses.

Después han llegado del Medio y Lejano Oriente sirios, libaneses y chinos también a ocuparse del comercio. Y en esta parroquia unos cuantos se quedaron.

Marín está constituido por siete calles, que responden a sus ordinales en la apelación, excepto dos: La Hong Kong, que es La Sexta calle de Marín, y la de Negro Primero, La Séptima.

---

2 Jardín Botánico, Hornos de Cal y Vuelta del Casquillo son solo tres de los múltiples complejos residenciales que tenía planeado construir el Centro Simón Bolívar en San Agustín.

Las tres primeras comienzan en la Ruiz Pineda, ascendiendo por el pie del cerro, que a ambos lados delimitan la cuesta. Solo no alcanza toda su extensión La Segunda que se corta a la mitad.

A unos treinta metros del inicio del ascenso de estas tres calles tenemos una plazoleta, la cual es, sin querer adelantarnos, mudo testigo durante el paso de los años de una historia musical y cultural sin precedentes.

Ya subiendo bastante tiene dos transversales más, una donde concluye La Segunda y lugar de encuentro de las tres, y otra transversal que une La Primera y La Tercera con La Cuarta.

Finalmente se unen en una especie de herradura con un pico, allí solo hay espacio para una calle que se denomina El Cañón, donde no hay más chance que tomar las escaleras a la izquierda si queremos continuar conociendo Marín.

## **Marín es música**

Los recuerdos más importantes que tendrá cualquier individuo que haya visitado nuestro barrio irremediamente los constituirán aquellos asociados con la música, puesto que desde el mismo inicio de su historia Marín es principalmente eso: música.

De Barlovento, al noreste del estado Miranda, al norte del país, nos llegaron contingentes de afrodescendientes con una riqueza cultural inimaginada, cuyos ancestros africanos fueron sometidos y esclavizados. Ellos poblaron de música y magia a Marín.

El Teatro Alameda, ubicado en la avenida Ruiz Pineda con La Tercera de Marín, fue recinto de paso obligatorio para importantes luminarias de la música de los años 50. Podemos nombrar algunos de los más connotados, como Benny Moré, La Sonora Matancera, Kid Gavilán y Jorge Negrete,

cuya amistad con Chivo Negro Orta, campeón de boxeo, en el cenit por ese entonces y habitante de la parroquia, les hacía departir con los otros vecinos que se acercaban a saludar por curiosidad.

Por otro lado, había una herencia muy marcada a asociarse con el fin de resolver problemas y adquirir o dotar bienes a la comunidad. Ello implicaba la constante realización de actos culturales organizados por estas juntas pro-mejoras, los cuales representaban la oportunidad para que los afiebrados jóvenes debutaran interpretando una canción con el cuatro, bailando un *twist* o arrancándole fuertes, bolívares, reales, medicitos, lochas y centavitos<sup>3</sup> a la sartén premiada o al papelón también con premios<sup>4</sup>.

Marín es música porque decenas de grupos se han constituido allí, o músicos del barrio han hecho parte de otros grupos tanto venezolanos como foráneos.

El Trabuco Venezolano, especie de All Star criolla, tenía cinco cantantes de los cuales tres habitaban en Marín, así mismo sus tres percusionistas; tres percusionistas también estaban en el Grupo Niche de Colombia; dos en la orquesta de La India en Nueva York; uno con Eumir Deodato de Brasil y por lo me-

---

3 Denominación popular a las monedas múltiples y submúltiplos del bolívar. Un fuerte equivale a una moneda de cinco bolívares; un real son 0,50 céntimos; un medio o medicito son 0,25 céntimos; una locha 0,12 céntimos y un centavo o centavito son 0,05 céntimos.

4 Los organizadores de los eventos buscaban la alegría del espectador y el estímulo del participante, por eso incorporaban a las festividades estos dos concursos. Uno era La Sartén, en cuyo ejemplar bastante grande pegaban muchas monedas de diferente denominación: lochas, medios, etcétera. Con las manos inmovilizadas, la tarea consistía en arrancar las monedas con los dientes mientras la sartén pendía de un cordel y se balanceaba sin parar. Todo el hollín o tizne de la cazuela manchaba la cara del participante y provocaba la risa de los espectadores. El otro concurso era El Papelón. Es un cono de aproximadamente 12 cm, que se obtiene del jugo de caña de azúcar solidificada, a este también se le incrustaban monedas, y con las manos atadas había que desprenderlas con los dientes del papelón que colgaba con un cordel de algún elemento a mayor altura.

nos un representante en la percusión en la orquesta de Oscar D'León.

Infinidad de ejemplos podemos citar para avalar lo que aquí expresamos, pero hemos de continuar.

Y continuar es enumerar razones, causas y efectos. Esa es la razón o la sinrazón de estas líneas, de lo que ha quedado en nuestro recuerdo colectivo. Quizás lo que aquí se olvida no con poca razón se propone hacer una historia solidaria, que reivindique principalmente lo que amamos, lo que nos une como barrio, parroquia, colectivo, ciudad, país, sentimiento, alma...

Ayer, hoy, mañana, siempre se conjugan con personas y tiempos expectativos, pues no nos conformamos sino con un futuro dichoso, multicolor, espléndido para Marín y todos sus hijos. Estamos construyendo a pulso ese futuro.

## **La Cruz de Mayo y San Juan en la memoria**

Para finales de la década del 50 la comunidad de Barlovento, y en general de mirandinos, era cada vez más numerosa en el barrio, de manera que se podían observar como algo común, en los periodos comprendidos de mayo a junio, manifestaciones religiosas un tanto diferentes a la liturgia de la Iglesia católica.

Era una promesa, decía el ahijado de doña Santiaga, Carlos Enrique Crespo Flores, el cual era fusilado a preguntas sobre el extraño rito que en su casa se preparaba.

Las señoras de los hogares vecinos vestían una cruz hecha de madera, con papel de seda de muchos colores, no faltaban las gamas de rojos, amarillos, rosa, verdes, azules y hasta plateados y dorados, porque “cada cruz debía ser mucho más linda que la otra”.

El día 3 de mayo de cada año a tempranas horas comenzaba a construirse un altar en el que se colocaban todas las cruces

traídas a la casa donde habría de realizarse el rito del Velorio de Cruz los viernes y sábados.

El altar debía semejar el cielo. Se construía colocando taburetes, sillas o cajas de cartón cerca de una pared en la sala de la vivienda, formando diferentes niveles a manera de repisas que se cubrían con sábanas de colores muy claros, preferiblemente blancas o azules. En esos niveles los vecinos colocaban sus cruces.

Así continuaban los preparativos previendo que no faltara de comer y tomar para los invitados. De comer lo más usual era hacer un consomé de gallina, bollitos de maíz y trocitos de queso blanco; de tomar, aparte de café para poder permanecer en vela, aguardiente de caña, ron y cerveza para alegrar a los tamboreros, decimistas e invitados en general.

A eso de las ocho de la noche alguien de la casa podía iniciar el velorio rezando y explicando las razones del pago de la promesa para la cruz. A continuación se realizaba un rosario y se solicitaba a los músicos comenzar su labor de canto y toque de fulía con las palabras “tambor y canto”, que por momentos se alternaban con las décimas.

La fulía es un género musical ejecutado con cuatro, tambores, maracas y un plato de peltre percutido con una cuchara metálica, en la que coro y solistas se turnan para expresar en sus letras temas que pasan de lo humano a lo divino según el ánimo del velorio; al igual que la décima, que se recita para transformar un poco la tónica de la música y también para permitir el descanso de los músicos.

Como la mejor enseñanza es el ejemplo, vamos a colocar aquí una muestra de algunas de ellas:

Ya que mis saludos di  
al público con cariño,  
voy a tomar el camino  
que me condujo hasta aquí,

mientras viva tendré en mí  
recuerdos halagadores  
porque tuve admiradores  
sin ser yo de este lugar  
y ahora para terminar  
saludo a todos, señores.

Es un verso con el cual podía despedirse un decimista que debía partir. Otra podía ser para hablar de la efímera belleza física, que con los años se convierte en su contrario, y recita:

Goza mujer, tú eres bella,  
tu edad está floreciente  
mientras mañana tu frente  
no brillará como estrella  
no escucharás más querellas,  
tu ilusión terminará,  
ningún hombre te verá,  
no habrá quien te diga nada  
y esa cabellera ondeada  
mañana blanca será.

Igualmente podían versar sobre la pasión de Cristo, la desconfianza para con los compradores del producto del trabajo en el conuco, el agradecimiento a los santos por los favores recibidos, las hazañas de Simón Bolívar, o cualquier otro pasaje de la Independencia. Los decimistas se colocaban frente al altar y cuando paraba el toque recitaban sus poesías, que podían ser improvisadas o aprendidas para cualquier caso. En estos eventos era usual la controversia entre dos o varios decimistas, así como entre los cantantes que se intercalaban y solían discutir en versos por variados motivos: porque el contrario no tuviera buena pronunciación, porque estaba desafinado o porque al

expresar un punto de vista en la décima o el canto, según su contendor, había errado.

Los tamboreros, el cuatrista y el que tocaba el plato de peltre se colocaban en forma de arco frente al altar, y los cantadores a su lado, pasándose en algunos casos una flor para turnarse el canto de la copla.

El viernes esta actividad continuaba indetenible hasta bien entrado el sábado. Unos podían partir por la mañana, pero otros se quedaban cantando, bebiendo y declamando décimas, hasta que la dueña de la casa o cualquier allegado solicitaba un reposo para recobrar las fuerzas, comer, dormir un poco y comenzar nuevamente en la noche del sábado hasta la tarde del día domingo.

En el ínterin, en los alrededores se protagonizaban todo tipo de situaciones, las cuales iban desde hombres borrachos dormidos en la calle hasta pleitos por celos sobre circunstancias acaecidas en medio del Velorio de Cruz, pero que por respeto a la celebración debían ventilarse fuera. Jamás faltó una botella quebrada, una amenaza altanera y hasta unas cuantas trompadas. Hay que decirlo, siempre hubo alcohol, pero nunca frente al altar, porque ahí no se podía beber ni decir malas palabras. Las diferencias suscitadas en medio de la controversia de las coplas de la fulía o los versos de las décimas se resolvían fuera de la casa.

Terminando mayo y comenzando junio se anunciaban las fiestas de San Juan, porque ya el ambiente estaba preparado para seguir en el ánimo festivo. San Juan es un santo parrandero que adora la cañandonga, el baile y la algarabía en general. En el barrio esta celebración, aunque es común en todas las poblaciones de ascendencia africana en Venezuela, se asume a la manera barloventeña.

Hoy en día se han creado sociedades que preparan cada año la celebración, pero en aquel entonces eran la señora Santiago

y el señor Juan Chiquito quienes hacían todas las diligencias para que esta actividad fuera a la altura. Antes en el barrio no se hacía como en los pueblos de San José y Curiepe, que sacaban al santo en procesión a golpes de tambor, y como hacen ahora los jóvenes que han asumido la guardia y custodia de la continuidad. No, para esta fiesta se contentaban entonces con sacar a la calle los tambores culo ‘e puya, el mina y la curbata, desplegarse en rueda alrededor de los cantadores y tocadores y hacer gala del don que tienen los negros y las negras para mover sus cuerpos al frenético compás del “tiquiquitaqui sobre la mina”.

La mina o el mina es un tambor construido sobre el tronco de un árbol de guayaba que puede medir más de dos metros y es quemado por dentro para que su corteza pueda ser excavada con mayor facilidad. Sobre uno de sus bordes se coloca el cuero por donde se ha de percutir, al igual que en el cuerpo mismo del tronco. Para sostenerlo a la altura del tocador se coloca sobre una horqueta, especie de bípode que, conjuntamente con la parte no forrada del tambor, descansará sobre la superficie para permitir su estabilidad al tocarlo. Al lado del mina, también del mismo material, estará la curbata, más pequeña y con la estabilidad para permanecer vertical al ser tocada con un ritmo regular, mientras que el mina va adornando, jugando, dibujando y varios músicos acompañan con los laures (especies de baquetas de madera) tocando en el cuerpo del tronco.

Los bailadores se disponen en grupos de tres o cuatro, sostenidos en líneas pasando los brazos por encima del hombro del compañero, sin importar mucho la disposición en la que se ubiquen.

Luego la celebración en desarrollo demanda cambiar el mina por los tambores redondos o culo ‘e puya, que son tres tambores tubulares de un diámetro variable entre 15 y 18 centímetros, de una altura de un metro, un metro veinte centímetros aproximadamente, contruidos en una madera llamada lano, muy liviana,

forrados con cuero por ambos extremos para percutirse solo por uno de los parches. En el toque, canto y baile del culo ‘e puya hay una evocación directa a los ancestros africanos. La belleza de esta manifestación así como la polirritmia y su manera de bailar-se nos hacen pensar en ritmos que quizás sean primos-hermanos congéneres del “vacunar” en Cuba y la “ombligada” de Brasil, que han pervivido en nuestros países como legados de aquellos hombres y mujeres cuya sangre, aun hoy, bate en nuestros corazones mestizos.

Nos quedaron la admiración, el gusto y la estima por estos elementos culturales que contribuyeron a nuestra formación, reivindicados más tarde por un puñado de jóvenes que se constituyeron en una vanguardia de la negritud en Venezuela y América. El Grupo Madera.

## **Un poco de provincia en la ciudad**

Desde las profundidades de Venezuela llegaron a la ciudad de Caracas, como a cualquier capital de país en el mundo entero, personas encandiladas porque de oídas se decía que en Caracas con cualquier cosa podías enriquecerte con toda facilidad y obtener casa, trabajo, dinero y felicidad.

Por eso muchos señores de Miranda, Carabobo, Yaracuy, Aragua, Anzoátegui, Monagas y Sucre, así como de los Andes, se vinieron a probar suerte a Caracas. Llegaban por el Terminal del Nuevo Circo, a escasos minutos a pie de San Agustín, y cualquier primo, amigo o conocido de un primo u otro amigo, que ya vivía aquí, les daba un espacio para pasar unos días en su ranchito y luego... y luego, bueno, ya a la semana estaban construyendo su ranchito también, comprándose sus pollos para tener gallinas y también su casal de chanchos para criar sus cochinitos.

De manera que las costumbres de las provincias más cercanas a la capital se fueron haciendo comunes y amalgamándose las unas con las otras. Se mataba cochino los sábados y era un gran acontecimiento y un buen entretenimiento para los más pequeños ver las faenas de darle “el palo cochinerero” al animal y desangrarles para después quitarle la piel e ir cortando las diferentes partes para la venta a los vecinos. Otra de las etapas que aglomeraba al público era la preparación del chicharrón y la espera para comprarlo y comérselo caliente.

De allí nos viene ese célebre juego entre los más pequeños de preguntarle al compañero:

—¿En tu casa mataron cochino?

—Sí.

—¿Tú le tuviste miedo?

—No.

Y acto seguido el primer niño u otro acompañante batía una fuerte palma y se le quedaba mirando al segundo niño a los ojos, este no debía espabilar, pues demostraba que sí le tenía miedo a mirar matar el cochino o a algún otro hecho que pudiera demandar su valentía.

Un recuerdo que no se escapa es el barrio en la madrugada. Cuando ya intentaba despuntar en el este el astro rey y un gallo madrugador emprendía contento el inicio de la jornada, de inmediato uno cercano le ripostaba; y a este, otro; y a ese otro más y de golpe era un estrépito de cantar de gallos. Imagen y sonido dignos de recordar, pues cada vez es más difícil escuchar un gallo cantando en plena ciudad.

Igualmente, algunos sábados y domingos por la mañana había peleas de gallo. Barriguilla, Pedro Lugo, Culi, Balbino Tovar y Carlos, el de la bodega, eran los conocidos pues vivían en la misma cuadra y traían a sus animales preparados para combatir.

La acción se escenificaba en un terreno baldío donde tam-

bién jugábamos metras. Estos combates atraían a la muchachada a pesar de lo cruel y lo cruento de lo que transcurría.

Les afilaban las espuelas a los gallos y a algunos hasta les amarraban espuelas de metal para que fuera más letal la estocada. Se peleaba a pico y espuela. Había un evidente interés económico debido a que el dueño del gallo ganador obtenía una parte importante de las apuestas que se realizaban.

Para enardecer a los gallos se les soplaban aguardiente en la cabeza, los zarandeaban y luego se soltaban para enfrentarlos a otro gallo que había sido tratado de igual forma.

Algunas veces la pelea se detenía porque uno de los gallos huía, lo que causaba risas entre los presentes, otras veces no era tan feliz el resultado, pues uno de los gallos resultaba mal herido y hasta podía morir en la pelea.

Quienes llegaron con una platica o la fueron obteniendo en el transcurso de su vida en el barrio lograron montar lo que llamaban bodegas, que eran una especie de supermercado pero en el corazón del barrio, en lo más alto, donde se podía obtener de todo o casi todo, desde pescado salado, pasando por frutas y legumbres, ollas, cazuelas, sartenes, kerosén para las cocinas (no había cocinas a gas ni eléctricas), carbón para los que no tenían cocinas a kerosén y cocinaban en anafres o primos que marchaban a gasolina, caraotas, frijoles, plátanos, papa, yuca, batata, cebollas blancas y moradas, Diablitos Under Wood, mortadela, sardinas y atún en lata, refrescos Bidu, A-1, Golden y Dumbo y Kool-aid (que fue prohibido en el primer mundo por contener elementos cancerígenos). Los que tenían licencia de licores vendían desde ponche crema, aguardiente de caña San Tomé de litro y 1/4 de litro, también llamada carterita, anís Garlín, vino Castel Gandolfo, la Sagrada Familia y Sansón, cervezas 1/2 jarra, tabacos El Sol, cigarrillos detallados y por cajas, Lido, Lucky Stray, Viceroy, Alas, con o sin filtro para los que fumaban “con la candela pa’ dentro” y chimó. Incluso se podían

encontrar cuadernos de una o dos líneas, cuadriculados, blocs para cartas y de dibujo, bolígrafos, lápices, compases y juegos de geometría, libros *Mantilla* y *Abajo cadenas* para las primeras lecciones de la escuela, se vendían cirios o velones, velas, para los santos y para aquellas ocasiones en que llovía muy fuerte y se iba la luz o para cuando no alcanzaba el salario para pagarla a tiempo y era irremediamente cortada.

También se vendían bombillos de cualquier vatiaje, metras, trompos, barajas o cartas, pabilos, hilos, y cualquier otra clase de cordeles, alpargatas y chinelas, toallas sanitarias cuya marca más comercializada terminó por atribuirle el nombre genérico de *modess* a todas las demás, y debido a la moral reinante se pedían con el eufemismo de “una caja de galletas”. Así mismo en todas las bodegas podían encontrarse algunas medicinas, como mentol Vick Vaporub, alcanfor, alcohol isopropílico, agua oxigenada, sal de fruta Eno, Alka Seltzer, Optalidon, aspirina Báyer, aceite de hígado de bacalao o Emulsión de Scott, aceite de palo, tártago, ricino y sal de higuera. Habían artículos para la estética como Brylcreem, Moroline, bay-run, polvos faciales Sonrisa, pinturas de uña, acetona, jabones de tocador, medias de nylon, crema fría, desodorantes Pond’s, entre tantos otros.

Estos establecimientos abundaban a lo largo y ancho de la parroquia, pero los más famosos de Marín eran: el abasto La Palma, que alcanzó su esplendor bajo la administración de los canarios comandados por Dionisio; la bodega del Cañón; la de Negro Primero, que pasó por varios propietarios<sup>5</sup>; la de La Ford; la de la señora Facha; la de Modesto; la de Ramón Peña; la del señor Prim; El Nido en La Quinta calle; la del señor

---

5 Creemos que aquí se iniciaron los canarios, después pasaron la bodega La Palma en La Cuarta calle de Marín. Pero en esta de Negro Primero, al último propietario que recordamos es Timoteo Tovar, antes fue de Marcial, que tenía a varios dependientes, al parecer familiares, entre ellos recordamos a Elvides y Oscar Rojas, entre otros.

Ángel, también llamada El Cují; la del señor Carlos en Negro Primero arriba, y en la Fila de Marín estaba la de Eustasio.

La Juventud, atendida por dos hermanos morochos (uno blanco y otro negro, pero idénticos), era lugar de encuentro de los músicos, y aún funciona. Durante un tiempo estuvo a cargo de Víctor Sequera, el popular “Gamelote”, líder de diversos movimientos acaecidos en Marín.

Las bodegas eran definitivamente un centro alrededor del cual giraba la vida en el barrio, no solo porque abastecía de todo lo que hemos enumerado y de lo que se nos olvida, sino porque era el lugar para comentar los acontecimientos del barrio, “la última pelea de Teófila con su marido en la que se destrozaron encima las ollas y los platos y al parecer, no me crean, pero como que se fue con una prima de ella para Cohecito”. Así era el bodeguero, conocía o tenía los elementos para concluir en qué casa la cosa no andaba bien, porque cuando no le sacaban “el fiado”, se comía mortadela y huevos o sardinas, que era lo más barato, o si no, la doña o el señor de la casa le iban a solicitar un préstamo para una urgencia médica o el reclamo, urgente también, de una deuda anterior impostergable.

Un flagelo del cual no pudieron librarse jamás las bodegas ni sus dueños fue el “fiado”, puesto que invariablemente la relación de amistad y la proximidad con los clientes establecía cierta complicidad que iba más allá del tan en boga dicho, “negocio es negocio”. Para conjurar la eterna demanda del fiado, los dueños y dependientes colocaban sendos carteles, bastante visibles con leyendas alusivas. Entre otras recordamos las siguientes: “El que fía no está”; “Aquí murió el fiar”, “Hoy no fío, mañana sí”. Y una, más pomposa y cómica, toda una copla, toda una poesía:

Si fío, pierdo lo mío;  
si doy, a la ruina voy;  
si presto, al cobrar molesto;

y para evitar todo esto  
ni fío ni doy ni presto.

Había también un cuadro alusivo, donde se mostraban dos señores, uno gordo y rozagante, con una vestimenta impecable y bien presentada, luciendo una amplia y envidiable sonrisa, debajo la inscripción que rezaba: “Yo vendí al contado”. A su lado un señor delgadísimo, por no decir hambriento, vestido con harapos, triste, compungido, preocupado. Debajo la inscripción: “Yo vendí a crédito”.

Quizás los más timoratos, los menos arrojados, se detenían ante tales avisos, pero los que de verdad necesitaban llevar algo de alimento al hogar, sin tener el dinero, lograban una promesa de “pronto pago” y se llevaban el fruto de su regateo, para dar de comer a sus críos que en casa esperaban hambrientos la aparición del padre, la madre o el hermano mayor con las sardinas, el azúcar, el pan, el café, el arroz, la sal y el kerosén para la cocina.

En la bodega se conversaba de todo. Igual de política, deporte y cultura, como de sexo, eso sí “sin que hubiera menores”. La bodega constituía el mentidero fundamental de la calle y a veces hasta de todo el barrio. En más de una oportunidad, en alguna de ellas se comenzó a formar el núcleo del partido Acción Democrática o Unión Republicana Democrática (nadie se confesaba de Copey, pues era el partido de los ricos), quizás, no se sabe, había algún pulpero (así también se llamaba al bodeguero) comprometido con la guerrilla del Frente Antonio José de Sucre o José Leonardo Chirinos o con los jóvenes del barrio que se habían ido a las montañas de El Bachiller.

El incremento de la delincuencia fue el principal factor para el declive de este elemento tan fascinante de la vida en el barrio. Ya eran muy peligrosas las compras al mayor que el bodeguero debía realizar para surtir el negocio, aquellas que antes fueron la fiesta para los chicos que ayudaban a acarrear la mercancía desde la avenida hasta el cerro y que semejaban una película de la selva, pues

subían en columnas con la mercancía en hombros, cual Jim de la selva remontando el cerro con todos sus *aminobuana* pigmeos detrás y delante con racimos de cambur, patillas gigantes, sacos de verdura, cebolla, guacales de tomate, ciruelas, mamones, guayaba, entre otros. Los muchachos se ganaban unas cuantas lochas subiendo las cosas más livianas, pues las de mayor peso estaban destinadas a “Juan Tomás, un fornido señor que se quedó siempre niño en su mente y al que todos temían por los berrinches que armaba cuando probaba alcohol, porque sus fuerzas en tales circunstancias asumían el poder destructivo de un temporal.

## Vendedores ambulantes

Algunos negociantes que no tenían un local de expendio recorrían nuestro barrio para ofrecer sus artículos casa por casa, remontando la cuesta y visitando varias veces por semana a sus clientes en potencia. Los recordamos por su mercancía y su efusividad al pregonarlas.

### EL AMOLADOR

Recorría nuestro barrio con una piedra de amolar circular a la que le daba vueltas con un dispositivo con pedalera, como una bicicleta, que dejaba ambas manos libres para manipular cuchillos, tijeras y navajas que los vecinos traían para sacarle filo. Su particular silbato de diversos tonos lo identificaba y nos prevenía para ir preparando los utensilios romos para ser afilados. Nunca supe el precio que podía costar este trabajo, pero hoy imaginamos que era ínfimo.

---

6 Cruz Blanca, nos ha recordado Carlos “Nené” Quintero el nombre de la fábrica de helados.

## HELADOS Y BARQUILLAS

Visitaban nuestra barriada unos cuantos heladeros. Sus productos eran artesanales<sup>6</sup>, por lo que el envoltorio era muy sencillo. Los llevaban en una caja de madera revestida por dentro de metal y con hielo seco para conservar el frío y evitar que se derritieran. La caja colgada en el hombro pendiendo de una correa de cuero, otras veces en la espalda pero con la correa sostenida en la frente. Vendían muchos sabores y muchos colores. Tenían una campanita que podíamos escuchar aun estando bastante lejos, pero en muchos casos también por la cantidad de perros ladrando, porque algunos les seguían y anunciaban su trayecto.

Nos visitaba también con su mercancía el vendedor de barquillas. No tenía tanta variedad, pues a lo sumo podía cargar tres sabores en esas mismas cajas de madera y metal. Casi siempre eran de guanábana, parchita y mantecado. En pocas ocasiones coco, mandarina y limón. Los barquilleros fueron reemplazados por las grandes compañías que ejercieron el monopolio y quebraron a los helados artesanales. Con ello desaparecieron de nuestro cerro los heladeros sin carrito y de a pie.

## EL TROYERO

Troya era un chocolate soluble que se tomaba con leche, dulces y mermeladas de membrillo, guayaba y mango. Recordamos que primero el troyero era un señor de unos 50 años, venía al barrio repleto de mercancías, pero después le sustituyó en el recorrido, quizás por muerte o enfermedad, alguien más joven, su hijo o sobrino, quien heredó la difícil tarea.

Igualmente, con toda suerte de artefactos de uso doméstico como ollas, sartenes cacerolas, pocillos, platos de peltre, rayos, juegos de ludo y bingó, transitaba nuestras calles el quincallero; quien además de ir de casa en casa, vendía algunas veces para pagar por partes. Imagínese usted, vender por cuotas productos de Bs 10.

Subía de vez en cuando un vendedor de ropa interior para damas, el cual en los días de escasa venta se enfurecía y comenzaba a insultar a “estas mujeres del carajo” que, según él, no usaban pantaletas ni sostenes y arrojaba al piso toda su mercancía, para después recogerla y continuar su recorrido resignado.

#### EL PONCHERO

Era un señor que traía una bebida que a nuestra abuela Rosa no le gustaba, pues ella decía que parecía saliva. Hemos averiguado que es una fermentación de harina de trigo con azúcar y algunas especies, de allí su textura y gusto acidulce entre guarapo de piña y cerveza. La servía en unos conos de cartón suave, su precio era de una locha (12,5 céntimos de bolívar), al alcance de todos, y era sorprendente ver la fuerza con la que salía el líquido espumoso al abrirse el grifo debido a la presión producida por la fermentación.

#### EL PANADERO

Con una gran cesta de mimbre cada mañana nos traía pan sobado, pancitos dulces, acemitas y uno que aún recuerdan nuestras papilas gustativas para mojar en el guarapo, pan Venezuela<sup>7</sup>.

#### EL ESCOBERO

Vendía araganes, cepillos, escobillones y por supuesto las escobas, tan populares en nuestros hogares. Doña Zoila contaba que su hijo Chu (Jesús Alfredo Quintero) de niño jugaba, pues le llamaba la atención este vendedor, a ser el escobero y, con

---

7 Nota de José Carlos García: el pan Venezuela, sabroso y económico, era de peso liviano y los caracteres de la bolsa eran rojos y amarillos; era de forma alargada y de corte longitudinal greñado. Cuando estaba fresco, al removerlo con la mano se deshilachaba. Su color era dorado claro, pero la miga era totalmente blanca.

imaginarias escobas, cepillos y escobillones, salía a la calle gritando: “¡Escobero, escobero!”.

#### EL PESCADERO

Pasaba todos los jueves, y los gatos del barrio eran los primeros interesados en que ese día llegara. Traía mero, pargo, carite y tajalí. El bagre era más barato, pero casi nadie compraba por su maltrecha reputación.

#### EL JOJOTERO

Ya era otro eslabón entre los vendedores ambulantes, pues venía con un camión repleto de mazorcas de maíz tierno y se colocaba estratégicamente en El Cañón, con un altavoz. No era necesario ir de casa en casa, el barrio entero se abalanzaba hacia el camión para comprar, con el fin de preparar las sabrosas cachapas de hoja y budare, cuando escuchaba a nuestro vendedor pregonar “¡jojoto!”.

Guardado también en la memoria está Villalobos, un vendedor de lejía que una vez terminada la labor, remontaba el cerro y con un vozarrón atronador, estimulado además por una carterita de ron, su eterna acompañante, interpretaba con afinación, melodía y ritmo, algunas veces a capela y otras servido por la percusión del cajón donde cargaba su mercancía, las guarachas y los boleros de otro tiempo.

Ya los camiones que venían a vender los refrescos, Golden Cup, Dumbo y Grapette y las cervezas, Zulia, Polar y Caracas, desde La Tercera, El Cañón o desde La Fila, no lo hacían con la actitud despreocupada de antaño, puesto que muchas veces debieron entregar el fruto de la venta a manos de quienes se apostaban a preparar la emboscada artera. Incluso, últimamente debieron contratar los servicios de algún personal armado para su protección.

Después, jamás volvieron a subir, y ahora para estos menesteres, lo más cerca que se atreven a llegar es hasta la avenida Ruiz Pineda.

Las antiguas bodegas dieron paso a pequeños *sucuchitos*, rateras donde hay cigarrillos de una sola marca, cervezas (vendidas sin licencia) y una que otra chuchería para los más chicos.

Debemos recordar además que durante un tiempo el servicio de aseo urbano era casa por casa y estos trabajadores eran respetados y queridos por todos los parroquianos. Llevaban un uniforme gris y una mochila verde de lona bien resistente, donde acarreaban los desperdicios de cada uno de los hogares de nuestro espacio. En reconocimiento a ese importante trabajo cada familia a fin de año les entregaba un aguinaldo que oscilaba entre Bs 5 y 30.

Alguna vez imaginamos como proyecto retomar la recolección de basura casa por casa, para hacerlo rentable a través del reciclaje y convertirlo en una actividad comunal que permitiera una entrada a sus trabajadores y dinero para financiar iniciativas comunitarias.

## **Joropo tuyero en el corazón del barrio**

El río Tuy recorre una extensión bastante importante de los estados Miranda y Aragua, y en sus orillas existen espacios de una gran fertilidad propia para el cultivo. Allí, en ese valle, desde los tiempos de la Colonia se instalaron grandes plantaciones y se erigieron numerosas fincas. Los colonos españoles al levantar sus fortunas en las márgenes del Tuy y emplear en sus trabajos de recolección y cría de ganado a aborígenes y africanos, auspiciaron sus cruces. Es más, ellos mismos se fueron mezclando por la gracia de su concupiscencia. Dieron pie a una amalgama, no solo racial, sino también cultural, sin parangón.

No sabemos a estas alturas del partido de dónde un arpa clásica pudo haberse convertido en un arpa con las cuerdas metálicas y tener un sonido parecido a una kora de Malí. Nos

preguntamos cómo el canto en tres por cuatro, de origen africano y en dialecto, en su tiempo, devino a ser en español y acompañarse solo con un simple y sencillo par de maracas de indígena procedencia. No nos imaginamos por obra de qué concepto este ritmo llamado joropo se baila en pareja, como un vals vienés, solo que con el acento desplazado. Y aún no intuimos por qué cuando sonaba un arpa tuyera en lo alto de Marín, todos eran mágicamente convidados a hacerse presentes para zapatear al ritmo del “arpa, maraca y buche”.

Los viernes y sábados subían al barrio los conjuntos que habrían de amenizar estas fiestas de joropo, que preferentemente se realizaban en espacios donde el piso era de tierra, es decir sin pavimentar, sin friso. Por eso, las parejas al bailar levantaban unas polvaredas de envergadura, y todo el mundo podía identificar quiénes venían del baile de joropo; porque toda su humanidad estaba revestida de ese polvo fino que lograba subir hasta sus cabellos y todas sus prendas, no digamos su calzado.

Bailar joropo tuyero era cuestión de los mayores; no obstante, fue haciéndose frecuente conseguir cada vez a más y más jóvenes seducidos por ese contagioso producto del mestizaje.

Bailar joropo tuyero era identificarse sin saberlo con ese origen común en el cual confluimos y que dejaba de lado las diferencias raciales para encontrarse en el medio del camino “de lo tuyo y lo mío”, donde “tú me das y aceptas lo que yo te ofrezco”, donde se afirma a voz en cuello: ¡Qué viva lo impuro!

## **Teatro Alameda**

Domingo, 21 de abril de 1963. Son las 2:45 pm. Faltan 15 minutos para que comience la película *Santo contra las momias aztecas*. De los confines del cerro bajan los jóvenes y niños con

sus ropas de domingo y sus mejores zapatos a toda carrera para instalarse en la cola de la taquilla para comprar la entrada de Bs 0,75, que es el precio de “matinée”, de tres a cinco. Los más pequeños de la mano de sus padres o hermanos mayores asistían a este evento, como cuando Aureliano Buendía al lado su padre descubrió el hielo en la tienda de Melquíades. Frente a unas 500 butacas había un gigantesco y rectangular espacio en blanco, que al oscurecerse el recinto cobraba luz y aparecían diferentes personajes. Estos personajes de la pantalla quedaban para siempre en las fantasías y los sueños de la muchachada.

La magia del Cine Alameda no será jamás olvidada por quienes descubrieron allí cómo el celuloide se apoderaba por un par de horas de las vidas de los asistentes. Quienes descubrieron a Johnny Weissmüller comandando un ejército de feroces elefantes contra los que profanaban el cementerio de sus antepasados en busca de marfil; los que con Maciste asistieron a la lucha contra la esclavitud de los decadentes emperadores romanos; los que con Django recorrieron el oeste indómito de los Estados Unidos imponiendo la ley de su colt o los que lloraron de la risa ante los desplantes de Cantinflas, Tintán, Resortes, Viruta y Capulina, célebres maestros mexicanos del humor hispano parlante, son los mismos que sienten una gran nostalgia al pasar por el frente del Cine Alameda, hoy convertido en depósito de filmes que las compañías, al ser centralizadas y comprar todos los cines de Caracas, decidieron cerrar a las proyecciones.

La historia del Alameda no es solamente importante por los filmes, sino también porque antes funcionó como teatro y permitió ver allí rutilantes estrellas de la música caribeña. El gran Benny Moré “el Bárbaro del Ritmo” interpretó para deleite de sus espectadores las canciones que le harían popular, que lo convertirían en leyenda.



Teatro Alameda de San Agustín.  
Foto de Luis Bobadilla / Cortesía Ciudad CCS.

En virtud de importantes cambios que se suceden en la conciencia colectiva, un grupo de activistas de la cultura en la parroquia decidió hacerle frente a un rumor que corría, el cual decía que sectores de la oposición al actual gobierno revolucionario querían invadir el Teatro Alameda para convertirlo en centro de acciones desestabilizadoras. Por esta razón lo tomaron para convertirlo en la casa de la cultura de la parroquia, con el visto bueno de las autoridades revolucionarias y el aval de todos los cultores del país. Ojalá este paso nos permita retomar un camino de unidad e identidad, para que confluyan distintos proyectos que a la larga no se nieguen entre sí y nos recuerde cómo en antaño podían convivir en la misma calle rock, salsa, gaita, grupos de teatro, una coral y gente comprometida. Sin negarse ni excluirse. ¡Vamos pa'lante, mi raza!



Auditorio del Centro Cultural Teatro Alameda.  
Foto: Albert Cañas / Cortesía *Ciudad CCS*.



Actividades musicales en el Centro Cultural Teatro Alameda.  
Foto: Albert Cañas / Cortesía *Ciudad CCS*.



Desde la azotea del Teatro Alameda de izquierda a derecha: Yuber Ramírez, Martín Mata, Yván Mendoza, Orlando Martínez y Jesús Guzmán "Paicosa" el día 15 de agosto de 2020.

## La lucha contra el desalojo y el Centro Simón Bolívar

A finales de la década del 60 algunos jóvenes de la parroquia lograron inscribirse para estudiar en el Liceo Andrés Bello y en otros liceos aledaños. Se codearon con otros jóvenes de la ciudad con muchas ideas románticas, que hablaban de la desigualdad imperante en el país, de la necesidad de luchar por nuestros derechos de continuar el ejemplo del "Che" Guevara y del deber irrenunciable de hacer la revolución y cambiar a Venezuela.

Paralelamente, el Centro Simón Bolívar (CSB), institución cuya principal misión consistía en desarrollar urbanísticamente Caracas, tenía proyectado construir en San Agustín un paraíso de cemento, bloques y cabillas para, en vez de ranchos en las faldas del cerro, tener titanes de concreto donde albergar a las

familias que así lo desearan y sobre todo que tuvieran la capacidad económica para pagar su precio.

Los jóvenes libertarios por un lado y “el desarrollo sostenido a cualquier costo” por el otro debieron librar una batalla de la que aún no sabemos cómo habrían de beneficiarse los habitantes de San Agustín. Como quien no quiere la cosa, comenzaron a llegar jóvenes promotores del CSB para proponerles a los inquietos muchachos de la parroquia, en especial en Marín, constituir toda clase de iniciativas a fin de canalizar sus inquietudes a favor del proyecto en ciernes. El axioma era correcto, ganada la juventud para la causa del CSB, lo demás vendría como corolario; es decir, una juventud entregada a los planes de renovación urbana era igual a prueba superada para el CSB. Fue así como se organizó la Coral Popular San Agustín con sede en Marín, y se comenzó a editar un periódico llamado *La Realidad*, se hicieron retiros espirituales y diferentes dinámicas de grupo a expensas del CSB, para calibrar hasta dónde se podía llegar y qué respuestas eran capaces de poner en práctica estos jóvenes de San Agustín.

No obstante, no contaban con que la parroquia se estaba politizando cada vez más por el contacto de su gente con elementos que quedaban del movimiento guerrillero en el país, por la experiencia y tenacidad de viejos organizadores curtidos en la lucha promejeoras y lo que fue más importante, por la propia rabia y energía de esos muchachos que no querían prestarse para una manipulación urdida en las alturas del poder, que nunca les había considerado y ahora solo lo hacía por la simple necesidad de utilizarles.

Una antigua bodega abandonada, La Palma, fue tomada por los jóvenes. La limpiaron, construyeron bancos de madera, la pintaron, colocaron unos cuantos afiches del “Che” Guevara, Simón Bolívar y Ho Chí Minh, y esta fue la sede oficial del Club Wilfredo Carrillo, que más tarde habría de llamarse Comité Contra el Desalojo. De la misma manera se fueron acercando compañeros de aula de los estudiantes del barrio en los liceos. Fue así como

Juan Pulido “Chipilo”, Tomás Páez, los hermanos Chamorro, los hermanos Vera, Michel, Armando Guerra, Jorge, Víctor, Ignacio, Ricardo y algunos otros comenzaron a frecuentar Marín.

Y entre basquetbol, canciones de Víctor Jara, fiestas de vez en cuando y círculos de estudio de Marta Harnecker y el *Libro Rojo* de Mao Tse-Tung, se fue organizando un movimiento que lograría detener la maquinaria del CSB. Se visitó cada calle no solo de Marín, sino de toda la parroquia, con diapositivas, foros, explicaciones claras de los objetivos y alcances de los planes de reubicación, con obras de teatro se conectó con otros movimientos similares existentes en La Vega y La Pastora, de manera que había repercusión en toda Caracas.

De ese periodo data el descubrimiento de un gran actor del barrio: Antonio Machuca. Con un monólogo escrito por él mismo en el que relataba diversas circunstancias por las que atravesaba un estudiante comprometido con su pueblo. La obra finalizaba con canciones alegóricas.

Toda la población de la parroquia se enteró de las actividades de estos muchachos que obtenían sus recursos a través de rifas, dupletas, solicitudes de colaboración por bonos y de martillar con perolitas o en el peor de los casos “echar el carro”<sup>8</sup>, por una resma de papel o cuatro o cinco atomizadores de pintura.

Un líder nato de este movimiento lo constituyó Argimiro Gil, del cual hablaremos más adelante.

El movimiento comenzó a hacerse reconocido y fuerte. Vinieron las tomas de posición con respecto a elementos que iban más allá de los alcances de la reivindicación inmediata, si se estaba luchando solo contra el desalojo o por la toma el poder político en el país, si la revolución era armada o por las elecciones, si Stalin, Mao o Trotsky, si Ruptura, el MIR o el MAS.

---

8 Es cuando una o varias personas solicitan un determinado artículo en cualquier comercio y se marchan sin pagar.

El CSB se detuvo, pero también los jóvenes que estaban unidos en pos de impedir una medida concreta y objetiva se diluyeron en discusiones que finalmente no venían al caso, o quizás sí, pero lo bonito de toda esa fuerza pujante plena de ganas y romanticismo, perdió el centro y se diseminó.

Por ese entonces, Salvador Allende se alzó con el triunfo en Chile de la Unidad Popular, y un líder muy importante del Comité Contra el Desalojo se fue a Santiago y se puso a la orden del proceso, nos referimos a “Chipilo” Juan Pulido. Ricardo Chamorro, viajó a Reino Unido a realizar estudios de cine. Los Vera constituyeron una compañía de sonido. Luego uno de ellos partió a Nicaragua, donde cooperó con el movimiento Sandinista. Todos o casi todos se comprometieron con organizaciones, movimientos y partidos continuando fieles con sus ideas, desde la trinchera que cada cual consideró la más digna y apropiada.

Mientras tanto, el Club Wilfredo Carrillo devino en la Casa Regional de Ruptura, y desde allí se continuó aupando la lucha por las mejoras del barrio y la parroquia.



A la izquierda el complejo urbanístico Parque Central, a la derecha, San Agustín del Sur.  
Foto: Nazareth Balbás



El 20 de enero de 2010 se inauguró el sistema MetroCable con el objetivo de mejorar el servicio de transporte a los habitantes de San Agustín del Sur, al fondo se observa Parque Central. Foto: Nazareth Balbás.

## **Salimos en la cinta, *El afinque de Marín***

Jacobo Penzo llegó a Marín con la intención de realizar un cortometraje sobre la vida de los músicos en Caracas. Alguien le había dicho que en este barrio podría encontrar uno que otro músico y hacer las entrevistas de rigor para avanzar en su proyecto de película. Su sorpresa al encontrarse una veta tan voluminosa y rica fue tal que el concepto del documental cambió por completo. Conoció a los jóvenes y a los viejos músicos del barrio, esos que llevaban años dedicados a deleitar a varias generaciones con su arte.

Felipe “Mandingo” ejerce de anfitrión explicando por qué la música es aliciente y sostén contra la violencia cotidiana, contra

la represión y la injusticia, cómo a través de la música podía afirmarse esa comunidad y ser un oasis de comprensión en medio de las condiciones adversas.

“Chú” Quintero expone su proceso a través de las perolitas de leche Klim y Reina del Campo utilizadas como tambores, para aprender a tocar.

Jesús “El Pure” Blanco invita a los muchachos a tocar un guaguancó para que las cámaras capten “cómo es que afinca el barrio”, dándole así nombre al trabajo de Jacobo.

Toca el Grupo Madera sus canciones “Compañeros” y “Canción con todos” y, en medio de convulsiones, Alejandrina Ramos nos hace evocar una imagen grabada en la mente de quienes la vimos convertirse muchas veces en “La Negra Lorenza” y recitar el corrido del mismo nombre escrito por Miguel Otero Silva.

### **Corrido del Negro Lorenzo**

¡Yo soy el Negro Lorenzo!  
Negro del Tuy, negro, negro.  
Noche con alma. Tambor  
dormido bajo mi pecho.

Dormido bajo mi pecho  
tengo un dolor de candelas,  
corazón rojo por dentro,  
corazón negro por fuera.

Corazón negro por fuera,  
corazón sombra del blanco,  
si tengo rebelde el pelo  
tengo rebeldes las manos.

Tengo rebeldes las manos,  
manos trenzadas al viento  
mientras lanzo al viento el grito:  
¡Yo soy el Negro Lorenzo!  
Yo soy el Negro Lorenzo,  
nieto y biznieto de esclavos,  
cruzado de cicatrices  
como negro tronco de árbol.

Como negro tronco de árbol  
de pie atisbo la sabana  
que invita a correr por ella  
con banderas coloradas.

Con banderas coloradas  
y palpar de tambor  
al frente de gritos negros  
fundidos en una voz.

Fundidos en una voz  
oigo los lamentos negros  
de las negras cicatrices.  
¡Yo soy el Negro Lorenzo!

¡Yo soy el Negro Lorenzo!  
Negra noche, negra el alma,  
negro de pecho desnudo,  
negro cortador de caña.

Negro cortador de caña  
como mi abuelo y mi padre,  
esclavo negro de todos,  
esclavo no soy de nadie.

Esclavo no soy de nadie  
porque soy lo que no soy,  
tengo un dolor de candelas  
y un palpar de tambor.

Y un palpar de tambor  
bajará por los barrancos  
como la voz de los muertos,  
los negros muertos esclavos.

Los negros muertos esclavos,  
mi abuelo y mi bisabuelo.  
Negra y rebelde es mi mano.  
¡Yo soy el Negro Lorenzo!

En el filme, Alejandrina arranca a bailar, posesa, frenéticamente el tambor culo 'e puya. En otra secuencia será ella quien conduzca una sesión de danza con las niñas que se convertirían llegado el momento en el Grupo Maderita y después en su relevo como Grupo Madera. "Madera de apamate, pino, roble, nogal, madera de noble material".

Necesario es decir que en este corto hay una figura de suma importancia, quien se convirtió en nuestro maestro, se trata de Pedrito "Guapachá", un conguero excepcional oriundo de Cuba, que en una gira de Kid Gavilán decidió quedarse a vivir en Venezuela, y en Marín encontró cobijo, protección y respeto, además una cantera de alumnos para aprender de sus artes con los tambores. Es preciso hacer justicia y decir que su enseñanza aún prevalece y sigue siendo un referente, su aporte dio a Marín luces para ser lo que hoy es en la música.

"Nené" Quintero hace gala de su histrionismo con toda su tropa echando el mismo cuento. La historia es una. Los Na-

videños, Los Gaitétricos, Los Caminantes de Marín, Frank y su Tribu, Los Cinco de la Gaita, El Coloso de Rodas, “Mon” Carrillo y su Sexteto, Los Hijos de Zoila, El Grupo Tres, Los Dementes, El Grupo Pan, Churunmerú, Madera, Los Súper Crema, Son N. K., Cimarrón, Kimbiza, Son Marín.

Felipe Rengifo “Mandingo” habla del quitiplás y lo toca al igual que el mina y la curbata, así mismo comienza con José Alberto Francia, “Totoño” Blanco y Juan Ramón Castro a tocar una rumba.

Aparece Orlando José Castillo “Watussi” —ese que se iría a Nueva York a las mismas “entrañas del monstruo”, como dijera Martí, y repitiera Palombo en “Imágenes Latinas”<sup>9</sup> para demostrar que el norte no es ninguna quimera— cantando con “Mon” Carrillo. Por cierto que en la propia Nueva York, Watussi se anotó no pocos aciertos al grabar con el Conjunto Libre, girar con Eddie Palmieri, grabar dos sendos LP donde Las Calaveras fue un éxito en toda América Latina y rebasó la talanquera en Colombia.

Hay una escena digna de recordar en una de esas tantas escaleras del barrio, un tropel de niños que baja corriendo haciendo gala de sus hermosas sonrisas, esas que jamás se deberían perder, inundando con su alegría la pantalla y los corazones de quienes los miran.

Este es el preámbulo de lo que va a ocurrir frente a la casa de Jesús Blanco. Una descarga se prepara. Una bella jovencita colabora limpiando la calle. Más arriba una niña baila sola. De pronto irrumpe en la pantalla toda una constelación de estrellas y “El Pure” Blanco coordina los coros, todos los músicos están

---

9 “Imágenes latinas” es una canción de Bernardo Palombo, un argentino nacido en Mendoza, radicado en Nueva York. Fue escrita para una emisión de televisión de Nueva Jersey con ese nombre, que después grabarían el Conjunto Libre y El Trabuco Venezolano, entre otros. (Del blog *Por la vereda tropical* de Quintus Gaetulius).

allí. Luisito Quintero con apenas 12 años de edad, golpea sin compasión con un par de baquetas la indefensa humanidad del timbal.

Después de haber visto la película en un pequeño comité, se tomó la decisión de mostrarla a todo el barrio. El Grupo Madera asumió la organización de una proyección para todos, querían mostrar a la gente sus fortalezas, hacerles sentir orgullosos de lo que representaban, de lo que eran y de lo que el futuro debía depararles como comunidad en tanto ente organizado.

Todo el grupo se puso en movimiento y contagiaron con su efervescencia a los vecinos. También cooperaron los malandros, quienes se incorporaron a la Comisión de Orden, Seguridad y Disciplina<sup>10</sup>.

La proyección dejó entonces el gran gusto de “ese es nuestro barrio”, somos capaces por encima de cualquier cosa de identificarnos con el porvenir, podemos dar una imagen de un barrio distinta a la droga, la violencia y el desorden.

*El afínque de Marín* devino en movimiento, y la película como tal —unida a otros dos cortos *Mayami nuestro* de Carlos Oteyza y *Yo hablo a Caracas* de Carlos Azpúrua— se convirtió en un éxito en todas las salas del país<sup>11</sup>. Una vez más la comunidad de Marín asumió notoriedad de la mano de sus artistas.

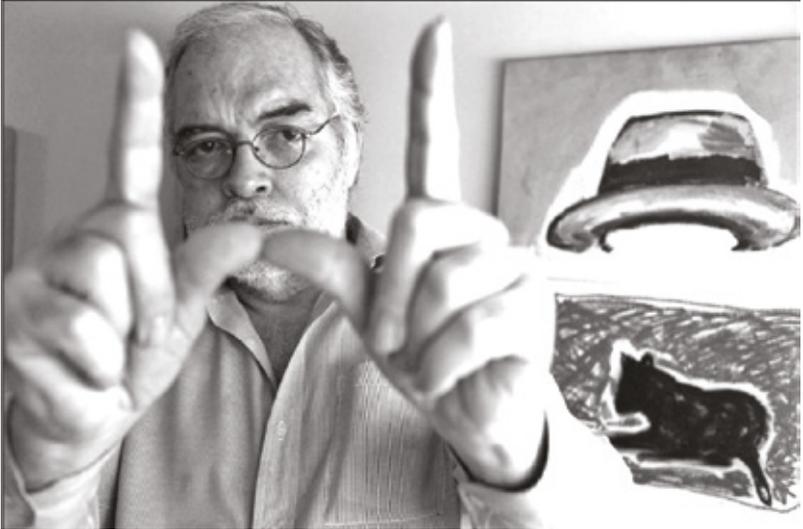
Toda nuestra comunidad agradecerá eternamente a Jacobo Penzo por haber puesto su talento para acentuar con tilde de

---

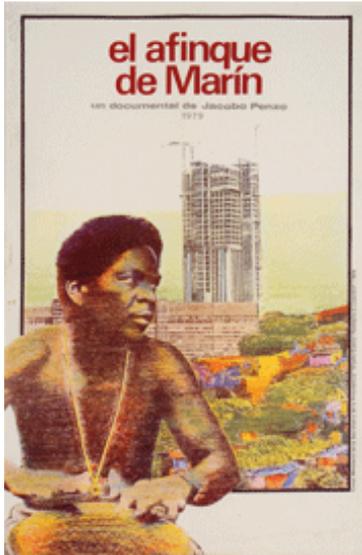
10 Es de hacer notar que en nuestra barriada, por lo general el malandro ha sido muy respetuoso con los ciudadanos. Cuando algunos se salían fuera de esos cánones, sus mismos compinches los hacían “entrar por el carril”. Por otro lado, estamos hablando de finales de los años 70 e inicios de los 80 del siglo pasado. La policía de la Cuarta República solo venía a nuestro barrio por operativos especiales (las famosas redadas, o enredadas, como decía algún habitante) y se llevaban a prisión preventiva a todo el que se encontraba con esa forma de represión a su paso.

11 Los tres cortos se estrenaron el 10 de junio de 1981 bajo un solo título: *La propia gente*.

gloria la palabra Marín para la cultura, al retratar en su documental los principales aspectos de nuestro acervo. Gracias infinitas, Jacobo.



Jacobo Penzo, director de *El afinque de Marín*.



Afiche del documental.

## EL AFINQUE DE MARÍN

1980, documental. Dirección, guión y jefe de producción: Jacobo Penzo. Producción: Livio Quiroz, Zoila Castillo. Fotografía: Hernán Vera. Cámara: Carlos Azpuru. Montaje: José Alcalde Garayoa. Música: Grupo Madera. Sonido: Héctor Moreno, Stefano Gramitto. Script: Solveig Hoogesteijn. Intérpretes: Jesús “Chus” Quintero, Felipe “Mandingo” Rengifo, Alejandrina Ramos Tovar, César “Chivo Negro” Orta, Ricardo Orta, Jesús Blanco, Carlos “Nené” Quintero, Pedrito “Gua-pachá” García. Duración: 25 min. Formato: 16 mm. Premios: Premio Municipal de Cine 1980 al Mejor Documental; Premio Nacional de Cortometraje Manuel Trujillo Durán, Maracaibo, 1981.

Copia de la ficha técnica original de *El afinque de Marín*. Cortesía: Cinemateca Nacional.

### **El afinque de Jacobo está sembrado en Marín**

Ahora que reescribo nuevamente este libro, me entero de que Jacobo ha fallecido. Quisiera decir algo en su siembra.

Jacobo no se ha ido porque su huella imperecedera se hizo inmortal y su paso por nuestro barrio dando a conocer “la ma-

dera” de la que estaba hecho, le dio un elemento más para quedar por siempre en la memoria de cada vecino y vecina de Marín. Cuando nos tocó plantarnos firmes para sobrellevar la partida de los once integrantes del Madera, Jacobo estaba ahí con su sonrisa, con su inteligencia, con su solidaridad y su ternura de camarada y amigo. En más de una oportunidad, a petición de las comunidades, cine-clubes, centros de estudiantes y asociaciones de vecinos del Distrito Federal y el estado Miranda, nos tocó hacer cine-foros con *El afínque de Marín*, para hablar del Madera y su legado.

Ahí estaba Jacobo, puntual, solícito, cordial, eficiente, y con una humildad que sorprendía en este tan talentoso hombre de las artes. Nos habíamos comunicado recientemente y me había obsequiado una copia del documental al que nos referimos y que es un aparte fundamental de este manuscrito. Toda su obra sobrevivirá y con ella el recuerdo de este noble, humilde, brillante y ejemplar artista venezolano.

# Música, música y más música

Solo el tiempo y los recuerdos pueden ser el hilo conductor de este capítulo porque no creo que exista registro alguno que pueda ayudarnos a presentar de una manera menos informal toda la cantidad de conjuntos, grupos, cantantes, bailarines, instrumentistas, poetas y toda esa cantera que ha sido nuestro barrio. Nos adelantamos en las disculpas y solicitamos la máxima comprensión.

Reseñar aquí a los más emblemáticos, a los más queridos, a los más geniales, sabiendo que toda clasificación es subjetiva y cercana más al corazón que a las matemáticas y la física, será nuestra tarea.

## **Carlos Enrique Orta**

Nuestra memoria recuerda que había en televisión un programa de concurso de baile llamado *Ritmo y Juventud*, donde se escogían cada domingo las tres mejores parejas, y podíamos asegurar que cuando Carlos Enrique Orta participaba era galardonado con el primer lugar.

Carlos Enrique Orta, por supuesto, era vecino de Marín y dirigió una compañía de danza que recorrió los escenarios del mundo entero, Coreoarte. Así mismo fue parte de la célebre compañía de José Limón residienciada en Nueva York, con la cual dictó cátedra en los confines del planeta.

Para nosotros, Carlos Enrique fue artista en toda la extensión de la palabra. Su concepción de la libertad y el espacio le permitieron trascender las fronteras de la danza, con sus propuestas innovadoras, vanguardistas. Coreoarte, su escuela integral de danza, es un ejemplo vivo de ello.

## **Carmen Rico**

Una morena alta y atlética con una gran disposición a ejercer el rol de madre, se echó encima a comienzos de los 60 la tamaña responsabilidad de constituir un conjunto de aguinaldos. La mayoría de sus integrantes no alcanzaba los 18 años y Carmen, con su infatigable disposición, llegaba de su trabajo en una fábrica de vestidos a buscar casa por casa a las señoritas, solicitando a los padres el respectivo permiso para llevarlas a ensayar, y después de concluido el ensayo las acompañaba de vuelta a sus casas.

Dos o tres cuatros, una conga o tumba, una tambora, un furrucó, un par de maracas y una charrasca eran generalmente los instrumentos del conjunto de aguinaldos. En estos conjuntos la percusión por lo general era ejecutada por muchachos, y el cuatro podía ser tocado por hembra o varón, las niñas que tenían mejor afinación y bonita voz hacían de solistas. Como los aguinaldos se interpretan en Navidad, ya desde septiembre y octubre comenzaban los trajines de Carmen Rico, apurada en seleccionar a las muchachas que ese año formarían parte de Los Navideños. Las actuaciones se realizaban en plazas públicas, donde la Jefatura Civil de la parroquia organizaba concursos, en la iglesia de Fátima o en el Colegio Fe y Alegría Don Pedro en ocasión de las misas de aguinaldos. Jamás se devengó un centavo, todo ello se hacía por el mero gusto de alegrar las navidades.

Otro tanto hacía Zenaida Resplandor por La Palomera con el conjunto de aguinaldos Los Caminantes. Zenaida, aunque vivía en La Palomera, debía recurrir a los músicos que en su mayo-

ría vivían en Marín. Ella dirigía el conjunto, escogía el repertorio, fungía de relacionista pública y sacaba los respectivos permisos con los representantes de los pequeños artistas cuando había que desplazarse por la ciudad en horas de la noche. Algunos padres y madres que se autocalificaban como “patas calientes” entre ellos Zoila y Vicente Quintero, la acompañaban para darle un toque de oficialidad a las actividades de estos púberes musicantes.

El conjunto de aguinaldo contaba con integrantes de edades comprendidas entre los 10 y 15 años, nuestros niños y adolescentes se iban haciendo mayores. También tenían el problema de solicitud de permiso y de llevar y traer a las jovencitas, circunstancia donde se requería un representante, principalmente una dama.

Entonces, como la gaita zuliana se iba haciendo más y más popular en todo el territorio nacional, algunos jóvenes del barrio decidieron constituir un conjunto de gaitas, cuyo núcleo fundamental estaba en Negro Primero.

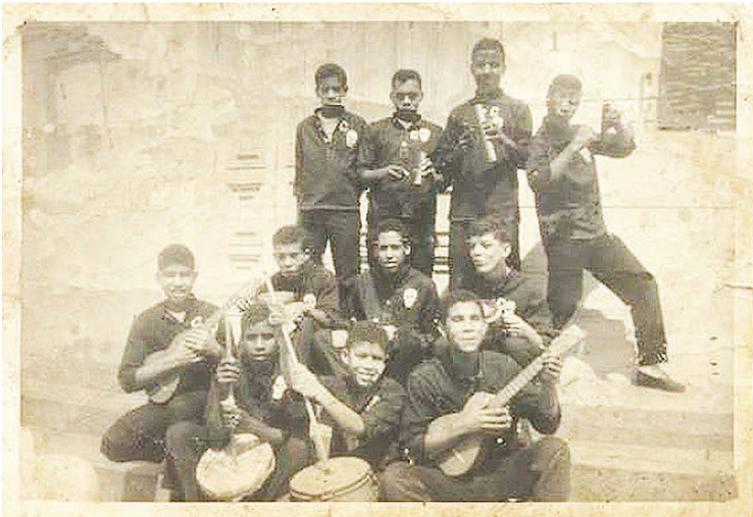
## **Los Gaitétricos**

Los hermanos Quintero (Luis, Carlos “Nené”, Ricardo “Rico”, Jesús “Chu”), Oscar Ruiz, Luis Ramón y Enrique Mijares, y Sarabia. Los otros integrantes: Alexis Ramírez, Juan Ramón Castro, Tomás Eduardo Gil (hermano de Argimiro y Ramón), también de Marín, vivían en La Cuarta, La Quinta y La Ford, respectivamente, excepto Hugo Herrera que vivía en El Manguito y la única dama del equipo Miriam “La Gaitétrica”, a la que todos mimaban y querían por sus excelentes dotes como cantante, su carácter y la decisión de ser la única mujer entre tantos varones.

Este fue un paso importante en la historia de la música en el barrio, la parroquia, la ciudad y el país, puesto que Los Gaitétricos llegó a constituirse como ganador consuetudinario de todos los concursos organizados en la ciudad para promover a la juventud en el periodo decembrino, tanto así que un año obtuvieron todos

los premios, incluso uno organizado por el canal de televisión nacional Venevisión. En esa oportunidad todos los televisores del barrio estaban encendidos, y al momento de darse el fallo que los acreditaba en el primer lugar, hubo una algarabía y tal estrépito que se escuchó en toda la parroquia. En la calle Negro Primero estuvieron esperando al conjunto para recibirlos en hombros como héroes nacionales. Era normal que así fuera, casi todos componían, y comenzaron a influenciar la música folclórica navideña con acordes y notas provenientes del rock, el *blues* y la salsa. Cada año estrenaban gaitas escritas por ellos mismos, cada año el número de actuaciones superaba las 200 en un periodo que abarcaba dos meses y medio, lo cual implicaba a veces, dos y tres actuaciones por día. Cada año el prestigio y la admiración por este conjunto crecían y Los Gaitétricos se convirtieron en una tradición.

Los Gaitétricos permitieron la incorporación de algunos jóvenes que comenzaron a destacar en la música, entre ellos podemos citar a Felipe Rengifo “Mandingo”, Felipe Blanco, Iván Fagúndez y una excepcional adquisición: Nancy Rangel.



Los Gaitétricos.



En la imagen: “Nené” Quintero, Hugo Herrera, Ricardo y Luis Quintero.

## “El Pure” Blanco

Figura fundamental y prioritaria dentro de este recuento. El Pure, como se le llamaba por cariño, siempre tuvo inquietud por la música. En el cortometraje *El afinque de Marín* es precisamente quien da el nombre a la película. Constituyó varios grupos, entre los que podemos señalar uno de aguinaldos y otro de salsa, Son Marín, con el cual llegó a realizar dos LP, pasando por las famosas descargas que se hacían frente a su casa en la transversal entre La Primera, La Tercera y La Cuarta, por la facilidad de acceso, por el equipo de sonido y por tener los instrumentos a mano. Su hogar era el lugar por descontado de reencuentro de músicos de la parroquia, la ciudad e incluso del

exterior, allí se ensayaba y se hablaba de todo, música, deportes, mujeres y de “los últimos sucesos de la poesía”.

Jesús Blanco conocía de todo, era mecánico, electricista, herrero, lutier, plomero, cantante, percusionista, siempre con un chiste a flor de labios para alegrar los momentos previos al ensayo o en cualquier circunstancia, dispuesto a ayudar y aconsejar cuando fuese necesario. No obstante, tenía un carácter enrevesado y una obstinación obcecada, el Pure era de esos que dicen “si digo que el gato es negro no le busquen pelos grises”. Poseía una voz ronca, propia y única para el son, con un *swing* que ya muchos jóvenes quisieran poseer. Su voz quedó para siempre en el primer LP de Son Marín en el tema *La caña*.



“El Pure” Jesús Blanco.

La parroquia, y en particular Marín, le estará eternamente agradecida por los servicios prestados a la causa de la latinidad y la música en general. Cantando sus amigos lo acompañaron al campo santo. Aunque mucho dolió su partida, a un rumbero como Jesús Blanco había que despedirlo con fuego en el alma, con los tambores repicando.

¡¡¡Honor y gloria, “Pure” Blanco!!!

### **Cuestión de familias**

Parece que el genio de la música se posesionó de este pedacito de Caracas, de esta ñinguita de territorio pues —sin que nadie se lo planteara como ahora, que los sociólogos y trabajadores sociales realizan labores de promoción cultural—, sin que mediara ninguna acción consciente, unas 16 familias de Marín parieron para la vida el fermento de tal arrebato: Álvarez, Blanco, Rengifo, Ramírez, Orta, Martínez, Ramos, Padilla, Palacios, Ruiz, Castro, Rangel, Rodríguez, Mendoza, Castillo, Colón y Quintero.

### **Las hermanas Ramos**

Alejandrina, Nelly, Nilda y Tibusay vivían en La Tercera calle de Marín. Sus padres, de una estirpe de barloventeños recios, eran Paula y Pedro. A quien más recordamos antes del Madera es a Alejandrina, puesto que estudiaba en Los Rosales, en el Liceo Gran Colombia y hay un retrato en la memoria con su uniforme vinotinto y blanco.

Un grupo de alumnos y alumnas de esa institución realizaron un trabajo en el barrio y allí estaba ella, aplicando una encuesta sobre las condiciones sociales, el nivel de instrucción, el ingreso, la expectativa de vida. Trabajo Social fue la carrera que cursó en la universidad.

Paralelamente a Madera participaba en el Grupo de Danza José Leonardo Chirinos, que dirigía en ese entonces Sonia Va-amonde. Integraba también el Frente Nacional de la Cultura Popular y era una infatigable recopiladora e investigadora de nuestra herencia cultural, podríamos decir el lado femenino de la dirección del grupo.

Venían de Barlovento, Sotillo, estado Miranda, no lejos de Higuerote y cercano al Curiepe rebelde, de tradiciones bien enraizadas y vivas aún.

En la tarea de dar continuidad al Grupo Madera después del trágico suceso del 15 de agosto de 1980, pudimos entrar en contacto directo con Nelly. Mujer de una gran inteligencia, excelente bailarina y linda voz. Nelly también compuso canciones para esa etapa en la que nos propusimos impedir que la voz del Madera se apagara en el Orinoco.

Con Nilda y Tibisay interactuamos menos, pero en el recuerdo de ambas está absolutamente viva la belleza de sus rostros y figuras. Nilda de una gran elasticidad como bailarina y Tibisay con su voz límpida y sublime.

Alejandrina y Chu eran pareja y ella albergaba en su vientre dos promesas, que sucumbieron con ellos en el río. No obstante, nos regaló dos hermosas canciones que la han inmortalizado y que cuando las escuchamos sentimos volar esas dos promesas que siguen vivas con ellos. “Mi cantar” y “Canción con todos” siempre nos harán respirar emocionados, sintiendo más fuerte los latidos del corazón.

## **Los Ramírez de La Cuarta calle**

Carlos José Ramírez con su pareja Olga Luisa Mijares tuvieron tres hijos varones. Alexis el mayor, Carlos el segundo, el tercero es Yuber y el bordón Boris Rafael que no es hijo de Carlos José, pero sí de Olga y lo consideramos un Ramírez.

Quizá la influencia para las artes que poseían sus críos le venía a Olga y Carlos de la hermana de Olga (Carmen) que participó en la década de los 50 en El retablo de las maravillas<sup>12</sup>, para lo que se necesitaba poseer cualidades en danza, canto y teatro.

Alexis comenzó cantando las canciones de los Beatles al lado de Juan Ramón Castro y participando con Los Gaitétricos, así como en el grupo de rock Las Tuerkas de Goma. Toca batería, timbal, tambora de gaita, cuatro y canta con gran soltura y buena dicción. Interesado en la composición, Alexis se dedicó a escribir canciones, de las cuales algunas fueron grabadas por Los Gaitétricos y el Grupo Madera.

Carlos Ramírez, Carlitos, poeta y violonchelista, profesor de música en Tacusan<sup>13</sup>, cuya muerte prematura nos produjo una gran tristeza y dejó un gran vacío en el barrio y en nuestro corazón.

Yuber, de la mano de otros muchachos como Totoño, Luisito Quintero, Sandro y Abel Castillo, Carlos Ramírez, Wilfredo Istúriz, Miguel Fagúndez, Carlos Peña, Iván Mendoza, decide en la casa del “Pure” Blanco constituir un grupo de salsa que se llamaría La Nueva Generación.

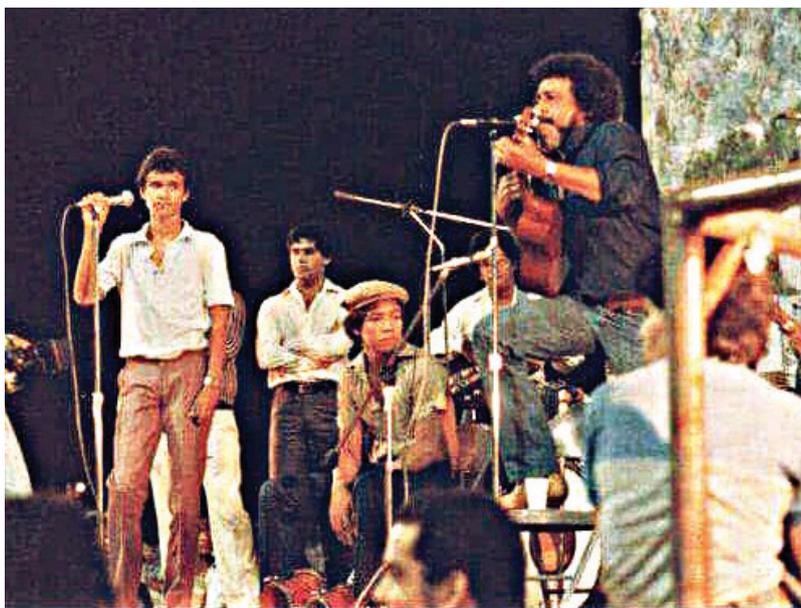
---

12 El Retablo de las maravillas es una iniciativa interdisciplinaria del Dr. Manuel Rodríguez Cárdenas con trabajadores, obreros y familiares, donde se inicia como artista la gran bailarina venezolana Yolanda Moreno.

13 (N. de Orlando Martínez) El Taller Cultural San Agustín comenzó a funcionar a mediados de 1982 bajo la responsabilidad de sus fundadores Jesús “Totoño” Blanco y José Agapito Hernández, a quienes se les unieron Carlos Ramírez y Abel Castillo, con el apoyo de René Álvarez. Luego se gestionó ante Fundarte lo concerniente al pago de los instructores y el mantenimiento del local, incluyendo el arrendamiento. Es en este momento que se asignó el promotor cultural, Agapito también era promotor; luego completaría el staff de instructores Faride Mijares. Más adelante Nelly Ramos fue asignada como promotora responsable. Tacusan se convirtió en el Centro de Formación para las Artes de la parroquia, sus funciones como Tacusan cesaron al final del gobierno de Lusinchi, aunque los profesores seguían dictando clases en el espacio. A principios de los 90 Fundarte finiquitó su compromiso con el local. En 1995 la coordinadora La Calle es de los Niños gestionó ante el CSB la adjudicación del local y desde entonces es su responsabilidad. Aun los que los conocieron le siguen llamando Tacusan.

A Yuber lo estimularon las eternas tertulias en su casa, de tanto músico del barrio que la frecuentaba para tomar café y escuchar a The Rolling Stones o al Sexteto de Joe Cuba, Frank Zappa o La Onda Nueva de Aldemaro. Aprendió teoría y solfeo influido por su hermano Carlos. Después de ahí la historia es conocida. Ha dictado cátedra de percusión y viajado por más de 18 países, ha tocado con múltiples grupos como la Orquesta Selección, Grupo Ahora, Alí Primera, Hildemaro, Marianela, Noche Caliente, Cuerdas de Antaño, Mauricio Silva, Sabor Latino, entre otros.

Boris también ha seguido de alguna manera parte de esta tradición en la Coral San Agustín bajo la batuta de William Blanco.



Yúber Ramírez con Alí Primera

## **Edwin Sanz del Maderita para el mundo**

Era la mascota del Maderita, siempre llamaba la atención por la destreza de sus movimientos. Lo conocimos de seis años de edad, una tarde de agosto cuando lo trajeron a inscribirse en los cursos de danza del Centro de Formación del Grupo Madera, donde su tío Reinaldo Mijares era profesor. De inmediato se ganó a todo el mundo con su inocencia y su candor. Era la atracción de todas las presentaciones. A medida que fue creciendo se fue ampliando su radio de influencia y los tambores se convirtieron en otro de sus ejes de interés.

Un día dio el salto que le condujo a Europa y decidió quedarse a probar suerte, con tanta fortuna que se convirtió, por ese mismo talento que poseía para el baile, en uno de los percusionistas más queridos, admirados y solicitados en toda Europa. Ha girado por los más recónditos lugares del planeta exponiendo su arte. Ha grabado dos discos que han sido celebrados por músicos y melómanos del mundo entero. Trabaja con la agrupación Mercado Negro y graba con cuanta producción necesite su concurso y maestría; en esto contamos a Steve Winwood, Adalberto Santiago, El Canario, Malia, Rodrigo y Gabriela, Raúl Huerta, David Brito, Wilber Calver, Alex Wilson, Tony Martínez, Los Reyes, Batambo, entre otros. Se desempeña actualmente como profesor en el Conservatorio de Música de Ginebra. Su humildad, sencillez y sabiduría lo colocan en la categoría más importante de los músicos embajadores culturales de nuestro gentilicio en el orbe.

## **Zoila Encarnación Dejesús**

Doña Zoila es un ejemplo particular de lo que venimos afirmando. En su casa había un piano, su madre doña Rosa de Dejesús interpretaba la guitarra y cantaba en las ocasiones que

se reunía la familia. Su hermano Augusto Dejesús tocaba con gran soltura el violín, y su padre el capitán Diogracia Dejesús, hijo de inmigrantes trinitarios, poseía una vasta cultura y era a la vez un melómano empedernido, de manera que en el tinte de la piel de Diogracia heredada por Zoila, también se coló una adoración total por la música y la capacidad para interpretarla.



Zoila y Vicente Quintero.

Vicente Armando Quintero consiguió en Zoila una excelente pareja para bailar tango, chachachá, sones, guarachas y para formar una familia. Vicente tenía un oído muy agudo y al menor asomo de desafinación de instrumento o cantante, hacía un ademán que con los años todos sus hijos, nietos y bisnietos imitarían ante tales circunstancias.

Cinco varones y una hembra todos de rayo tocados:

Luis, el primogénito, fue quien dio inicio en el conocimiento por cuenta propia del cuatro, y lo aprendido lo transmitió a sus otros hermanos. Fue uno de los primeros cuatristas de

los conjuntos de aguinaldos. Más tarde, entusiasmado por la batería y los timbales, continuó su labor de tutor instruyendo a su hijo Luis Ernesto Quintero Vegas, nacido de su unión con María Vegas, la más hermosa voz solista del conjunto de aguinaldos Los Caminantes.

Luis Quintero Júnior, o como se le conoce en el ambiente, Luisito, habría de convertirse en un monstruo de la percusión: tumbadora, bongó, timbal, batería y percusiones de diverso origen. Hijo putativo de Oscar D'León, fue uno de los músicos que más tiempo se mantuvo trabajando en su orquesta. Formó parte del Trabuco Venezolano. Ha grabado con Gonzalo Rubalcaba, Grupo Niche, La Combinación Perfecta, Isidro Infante y La Élite, Celia Cruz, Tito Puente, Isaac Delgado, así como fue director de la orquesta de La India, George Benson, Richard Bona, Eddie Palmieri, Chick Corea, entre otros.

Luis Quintero padre es el precursor de una dinastía que hoy abarca tres generaciones de percusionistas.

Berenice, su segunda hija, se interesó más por multiplicar a la familia que por la música. De manera que, ha producido cuatro hermosos ejemplares femeninos que sí tienen una predisposición musical pasmosa. Zikiu, Yobernis, Mayueli y Caiberli.

Guy, como se le llama en familia, daba rienda suelta a su capacidad manual e imaginación de adolescente en el taller de Vicente su padre, cuando al lado de Oscar Ruiz (tamborero y compositor de Los Gaitétricos) construía semblanzas de guitarras eléctricas que nunca tuvieron ni sonido ni electricidad.

Luis ha formado parte de diversas agrupaciones, desde aquellas de antaño donde hacía parte de los muchachos aguinalderos Los Navideños, Los Caminantes, para después hacerlo más seriamente con Los Gaitétricos y pasar a una agrupación donde ha tocado toda la vida al lado de su amigo de siempre Ramón Carrillo, "Mon" Carrillo y su Sexteto, el Grupo Tres, La Sonora de Barlovento, lo hizo con sus hermanos en Los Hijos

de Zoila con su propia agrupación de salsa y parranda y más recientemente con Son del Barrio, Los Abuelitos del Son.

Es un abuelo célebre en Venezuela, puesto que su nieto Anderson Quintero, de 16 años, fue por todos conocido como el timbalero de un renombrado grupo infantil llamado Salserín, “con mucho *swing*”.

En 2011 fue invitado al Festival de Dax, Toros y Salsa por la agrupación francesa Diablosón, donde participó al lado de Luisito, su sobrino Roberto y su hermano Rafael. Fue esta la primera vez que hicieron música juntos en una escena internacional.

Carlos “Nené” es el segundo hijo de Zoila, reconocido y querido como percusionista de fama internacional con una gran versatilidad que lo lleva no solo a hacer percusión, sino también a cantar, componer y arreglar.

Desde las gaitas y los aguinaldos con Los Gaitétricos y Los Navideños, bajo la enseñanza de Pedrito “Guapachá”, Nené se hizo un experto con las congas y de allí paso a dominar la batería y toda suerte de tambores, pitos, cornetas y utensilios que permitan al sonar, crear una atmósfera como la requerida en cada ocasión que demande su talento.

En muchos conciertos de grandes figuras nacionales o internacionales la siguiente escena resulta familiar: La estrella de turno va presentando a los músicos y cada uno va ganándose los aplausos de los presentes... Mas, cuando toca el turno del percusionista Carlos “Nené” Quintero, la ovación es mayor. Nené no es el tamborero que más duro le pega a los cueros o el más rápido de Venezuela, pero músicos y público coinciden en un punto: es el percusionista número uno del país<sup>14</sup>.

Constituyó un pilar como fundador de Los Dementes (y se vino sin medias), a mediados de la década del 60, al lado

---

14 Montiel Cupello, Gregorio. “El maestro de la percusión venezolana, ‘Nené’ Quintero”. Suplemento Todo en Domingo en *El Nacional*. 6 de noviembre de 2005.

de Alfredo Padilla, un timbalero de excepción. Creó el Grupo Pan, donde tocaba la guitarra y cantaba, además de hacer los arreglos a sus propias composiciones. “Comunicate”, “El señor vendrá” y “Escándalo” fueron tres éxitos compuestos por Nené y que colocó al Grupo Pan en un sitio de honor en el país.

Sería largo enumerar con quiénes ha trabajado Nené; no obstante, para hacer una pequeña selección que no depende del gusto sino del reconocimiento del público pueden señalarse:

Los Dementes, Eumir Deodato, Willie Colón, Dave Valentín, Guaco, Jerry Rivera, Barry White, Mark Egan, Soledad Bravo, La Lupe, Jeff Berlin, Frank Quintero, Ilan Chester, Ricardo Montaner, Yordano, Thomas Chapin, Raphael, Celia Cruz, José Luis Rodríguez, Lucio Dala, Jovanotti, Eros Ramazzotti, Amadeo Bianchi, Franco de Vita, Filarmónica de Venezuela, Sinfónica de Venezuela, Grupo de Percusión Sinfónica Simón Bolívar, Miguel Bosé, Luz Casal, Paloma San Basilio, Armando Manzanero, Marco Antonio Muñoz y Simón Díaz, Trabuco Venezolano, Gino Vannelli, La Sección Rítmica de Caracas, Sergio Pérez y tantos otros que se escapan.

Sus hijos, con su novia y esposa eterna Daysi Gerdel de Quintero, han resultado en tres músicos ingenieros o tres ingenieros músicos. Jonathan es pianista e ingeniero en Geoquímica, Oliver, el segundo, es guitarrista e ingeniero de sonido. Kizzy, la única hembra y tercera en nacer de los Quintero Gerdel es ingeniera civil y toca el violonchelo.

Nené es un maestro que enseña sin que nadie se percate. Tal es su humildad y su sentido del respeto por el otro, siempre al alcance de quien lo solicite, tranquilo, paciente, sereno.

La tercera producción del fecundo vientre musical de Zoila, Ricardo Quintero, resultó ser un excelente cuatrista, guitarrista, tresero, bajista, cantante y compositor.

Rico, así le llamaban sus hermanos, amigos y allegados, fue quien compuso el tema “Vamos a reír un poco”, que inicial-

mente dio a su hermano Nené para que lo interpretaran Los Dementes, cantado por Perucho Torcat, luego este último lo grabaría en Nueva York, donde lo escucharon Héctor Lavoe y Willie Colón, quienes lo inmortalizaron en el segundo LP *De ti depende*, popularizándolo en toda la “América Salsera”.

Compuso alrededor de 400 temas, muchos de los cuales estaban hechos en tiempo de gaita zuliana. Antes de escribir las gaitas no había visitado el Zulia, región venezolana de donde este género es oriundo, pero sus letras hablaban de sus paisajes, costumbres y tradiciones e incluso de las problemáticas de la región.

Nos decía en una de sus muchas gaitas:

Bello lago, tibio sol,  
verde llanura,  
majestuosa construcción  
de la natura,  
clima tropical  
de armonioso cantar,  
gente sin igual  
que te invita a gaitear  
sin reparar  
el sol te pintó  
con sus más preciosas pinceladas  
la luna sorprendida se ocultó ruborizada  
y en la oscuridad  
por momento resaltaba  
un brillo fugaz porque allí relampagueaba...

Su lirismo se puso de manifiesto en los temas que le grabara el Trabuco Venezolano y que él con su excelente voz le diera ese toque peculiar, ese dejo característico que siempre habrá de identificarle.

Concibió con Eglee Correa cuatro hermosas criaturas: Celdid, Pebbles, Benalis y Roberto. Y fue Roberto quien continuó con el gusanillo que Zoila inocula de la musicalidad. Iniciado en la percusión por los Luises, tanto el padre como el hijo, y así mismo orientado sabiamente por su tío Nené, es hoy por hoy un excelente percusionista (conga, timbal, bongó, percusión afrovenezolana) a la altura de los grandes que en Nueva York hacen su vida, grabando en superproducciones. Formó parte de Timbalaye, la banda de Ralph Irizarry, reconocida por el público como una gran banda de jazz latino. Tocó con Ray Barretto e Israel Cachao. Ha hecho trabajos Tony Vega, Gonzalito Rubalcaba y Danilo Pérez, Aretha Franklin, Celine, Group Chicago, Celia Cruz, Patti Smith, Spanish Harlem Orchestra, Arturo O’Farrill, Domingo Quiñones; Isaac Delgado, Diane Schuur, Dave Valentín, Steve Khan, Ralph Irizarry, Bobby Watson, Roy Haynes, Roy Hargrove, David Sancious, Steve Grossman, Xavier Cugat Orchestra, Dave Weckl, Jack DeJohnette, Chick Corea, Antonio Sánchez, John Patitucci, Luis Perdomo, Richard Bona, Angélique Kidjo, “Gato” Barbieri, Ray Barretto, Juan García-Herreros “The Snow Owl”.

Benalis últimamente se ha decidido a cantar y nos envía pedacitos de estrofas en mensajes de voz por Whatsapp, quizás la ha motivado que se siente de todas maneras portadora de la musicalidad, puesto que su nieta Benalis Daniela Martínez Monrroy, así como su hijo Daniel Alejandro Monrroy Quintero, ingresaron al Sistema de Orquesta Infantil desde muy temprana edad, en el Núcleo de la Ceiba, y ahora han sido seleccionados para pertenecer a la Orquesta de Cámara José Ángel Lamas. Daniel Alejandro también se desenvuelve muy bien en los timbales.

Con Pebbles ha ocurrido algo parecido, aunque ella no nos envía canciones en nota de voz, pero en su ADN lleva esos

genes, sus dos hijos cultivaron también la capacidad para interpretar la música: Marcos Antonio Muria Quintero, tan inteligente como su madre, técnico medio en Electricidad, estuvo cinco años en la Orquesta Sinfónica de Nueva Esparta. Toca guitarra, trombón y como buen Quintero la percusión. Madelein Anyeli Quintero Correa, con plenas capacidades para el canto y la percusión, estudiante de Ingeniería Civil, igualmente estuvo cinco años en la Orquesta Sinfónica de Nueva Esparta.

Celidet no ha desarrollado la música por ahora, quizás Benalís algún día la contagie y la ponga a cantar.

Jesús “Chu” Quintero, cuarto exponente en primera generación de la dinastía que doña Zoila creó, poseía la capacidad de síntesis necesaria para que se opinara de él que era un músico completo. Ejecuta cuatro, tres, guitarra, bajo, guitarrón, charango, piano, batería, tumbadora, bongó, timbal, tambores batá, la percusión afrovenezolana y misceláneas, además del canto, de manera notable. Acompañó a Mercedes Sosa, solicitado por ella misma, en varias de las ocasiones que esta vino a Venezuela, pues Jesús Alfredo, además de su vocación musical, poseía un encanto particular que le hacía trabar amistad instantánea con todos los seres que lo conocían. “Chu Zen” le llamaban en el grupo La Ofrenda de Vytas Brenner y en chanza le decían “Monseñor” en el Grupo Madera.

La paz de su espíritu, su tranquilidad, le hacían un tipo digno de confianza. Compuso no pocos temas para rock, son, gaita y otros géneros venezolanos. Fue fundador del Grupo Cultural Propatria, al lado de Dominguín y Daniel.

Otro Jesús Alfredo Quintero nace de la unión de Chu con Omaira Díaz, a quien también le gustaba el canto y la danza. Chuíto heredó el amor por la percusión y comenzó a desempeñarse como ejecutante de los tambores afrovenezolanos y como conguero, timbalero, bongocero y batalero.

Antes de radicarse en La Gran Manzana era muy solicitado en Caracas para realizar grabaciones y acompañar a músicos tanto foráneos como del patio, se ha convertido en un experto de la música ritual del culto yoruba y era el bongosero de planta de la institución musical Las Vibraciones, trabajó con Israel Pino, Grupo Madera, El Pavo Frank, La India y diversos proyectos del barrio.

Rosalía Quintero, la sexta y única hembra de Vicente y Zoila Quintero, estudiante aventajada de música, detuvo el estudio del violonchelo por comenzar a realizar giras con los notables de la música en Venezuela, como “El Puma” José Luis Rodríguez, y prestar su voz a cuanta grabación la requiriera, bien fuera para publicidad, para radio, TV o cine, así como para la producción de acetatos. Es la más joven de Los Hijos de Zoila y este fue su primer grupo, donde a la edad de ocho años, comandada por Nené, interpretaba “El avión”. Posee una voz muy hermosa y una intuición musical asombrosa que le permite encontrar cualquier voz para completar “el acorde que sueña”. Formó parte del Trabuco Venezolano y el Grupo Madera.

Casada con Charles Peñalver, sobrino de Carlos Daniel Palacios. Se conocieron en la segunda etapa del Madera, cuando Charles ingresó para ayudar en la reconstrucción, durante muchos años ha sido percusionista y bongosero de la Orquesta de Oscar D’León. Tocó con Kimbiza en su etapa alemana y algunos otros proyectos de índole local. Trabaja en grabación de *jingles* de publicidad.

Tienen dos hijos, Denisse y Amaru. Amaru ha preferido dedicarse a los deportes, básquet, beisbol y voleibol, cuestión que se facilita por sus dos metros de estatura. Denisse logró reivindicar a su madre culminando sus estudios de música, tocando con la Orquesta Sinfónica Juvenil y es profesora del Iudem.

El quinto Quintero es Rafael, quien canta desde el quinto de sus años, edad a la cual ganó el primer premio en un con-

curso para niños con la canción “Adelante”, aprendida de la interpretación de Marco Antonio Muñiz. Con sus hermanos, acompañado de cuatro o guitarra cantaba para las recepciones, las canciones de moda. Formó parte de Los Hijos de Zoila, El Coloso de Rodas, y los aguinaldos del Colegio Fe y Alegría Don Pedro; a la edad de 14 años renuncia a la música por su interés en la política y las ciencias, para reincorporarse 10 años más tarde, después del accidente del Orinoco. Trabaja en la reconstrucción del Grupo Madera y a partir de ese momento se constituye como uno de los impulsores de la actividad musical y organizativa, como cantante, director y presidente de la Fundación Madera.

Se ha presentado y grabado, entre otros, con los grupos Madera, Zumbadera, Zumbao, República Democrática del Mambo, Diablosón, Salsafon, K’aliche, La Puntualidad y La Espectacular. Algunas de sus canciones son interpretadas en Venezuela, Estados Unidos, Francia, Alemania y Suiza por Argenis Carrullo, el Grupo Madera y La India de Nueva York, Javier Plaza, Edwin Sanz, Jean Paul Tamayo, Melao, Josbel Figurita, Quintero Salsa Project. Trabaja con la Asociación La Puce a L’oreille, en un proyecto de inclusión musical para personas con capacidades diversas. Le gusta escribir y ha compuesto más de 700 canciones, una veintena de cuentos y decenas de artículos diversos sobre política y cultura.

Aurora Alejandra Quintero Peña, cantante y bailarina del Grupo Madera, quien se inició en el Grupo Maderita cuando apenas contaba ocho años, es el fruto de la unión de Rafael con Tháís Aracelis Peña. Aurora ha continuado multiplicando la música, puesto que casada con Gilles Grivolla, un extraordinario saxofonista francés, ha concebido a un portento de niña, con un histrionismo que descoyunta mandíbulas: Kenami Naima. Ella canta, baila, toca guitarra y ya compuso su primera canción dedicada a su abuelito.

Juan Carlos Burguillo no se dedicó a la música pero es un gran melómano. Angélica se inició en el coro de la orquesta infantil y el clarinete, es cantante y bailarina, desde los cuatro años ha aparecido en la televisión venezolana en múltiples oportunidades. Daniela prefirió la danza y en particular el flamenco estimulada por la tropa de los Delerías de Marsella, quienes la recibieron como una gitanita más a su llegada a Francia. Lucía canta casi desde el vientre materno, a los cuatro años ya hacía conciertos y grabó con sus compañeritos del pre-escolar. Angélica, Daniela y Lucía son los frutos del amor, de un amor eterno entre Irma Pérez Moreno y Rafael Quintero.

Zoila recibió tres zarpazos en el alma con la muerte de su esposo Vicente, y luego cuando el Orinoco le arrancó a sus dos hijos Rico y Chu; pero su corazón gigantesco tomó la determinación de asimilar los golpes y caminar. Había una familia creciendo, la necesitaba infatigable y briosa. Así decidió cantar en un evento organizado por Fundarte y el Grupo Madera. Concierto 22. En él dijo que el dolor no la había derrotado, que ya estaba repuesta y que había Zoila Quintero para rato.

Al lado de Luis comenzó a cantar sones y boleros que habrían de granjearle el aplauso y la admiración en Venezuela, Cuba, Colombia, Francia y España.

En las actuaciones de Madera en que Zoila cantaba siempre fue la más aplaudida, y en una oportunidad la casa disquera Copsi de Francia le propuso grabar un CD solo para ella. Varias producciones realizadas en Cuba, Venezuela y Francia contienen surcos donde su voz se escucha diáfana y cristalina y donde se siente toda la fuerza de una gran señora de la música.

Ahora que Compay Segundo e Ibrahim Ferrer se habían convertido en notables del sonido caribeño, Zoila recibía como propios cada piropo en las reseñas de prensa, donde aparecían comentarios de sus hijos, nietos y bisnietos, cuando estaban en

TV, cuando salía un nuevo disco, cuando había entrevistas en la radio, cuando cualquier conocido o desconocido le manifestaba haber visto el programa tal o escuchado el disco cual, en el que había participación de su progenie. Tenía toda la razón. Ella le brindó música a la vida y la música se sirvió de su vida para continuar alegrando los corazones de los mortales.

Zoila Encarnación Dejesús: Soy la encarnación de Jesús. Jesús es entonces música por ella encarnada.

## **El Grupo Madera**

Es un aparte fundamental en este apretado recuento, dado que es a partir de su inmoliación en el Orinoco cuando se comienza a percibir todo el sustrato musical existente en el barrio y la parroquia, que para la comunidad era normal y explicable porque estaban habituados a convivir con el genio, pero cuando el país y el mundo lo descubrieron fue una auténtica revolución; tuvieron que morir 11 de sus integrantes para volver la mirada a este pedacito de patria que estaba produciendo música en proporciones geométricas.

Siempre hemos dicho que el Grupo Madera fue la síntesis de todo lo que hasta ese momento había ocurrido social y musicalmente hablando en la parroquia. Se había tocado desde rock y salsa hasta *jazz* y canciones comprometidas, cueca, bailecito, zamba argentina, aguinaldos, gaitas, joropo, se había bailado zamba, se había hecho música coral, se había protestado en la calle y se había comprendido que había una subestimación por la música de raíz africana, presente y muy fuerte en el sector por la presencia barloventeña. La vinculación de algunos sectores del barrio con la vida política universitaria dio al traste con esta idea.

Hay una música, esencialmente de origen africano, no reconocida en el país con el orgullo debido. ¿Por qué no consti-

tuirnos en reivindicadores de esa riqueza y presentarla a nuestros hermanos para, de una vez por todas, asumir con dignidad nuestro origen y haber conservado nuestra fuerza y el legado cultural a pesar de haber sido sometidos a los más terribles sufrimientos, escarnios y humillaciones?

Con el grupo folclórico y experimental Madera comienza una etapa diferente en la música y la conciencia de la juventud venezolana. Alejandrina Ramos, Chu, Rico y Juan Ramón Castro constituyeron el motor de esta iniciativa.

Quienes los secundaban en la proeza, no menos exentos de responsabilidad y espíritu de entrega, eran Nelly, Nilda y Tibisay Ramos, Marcela González y Cecilia Becerrit por una parte. Además de Carlos Daniel Palacios, José Rivero, Farides Mijares, Héctor “Pichón” Romero, Felipe “Mandingo” Rengifo, Miriam, Ricardo y Luis Orta y Alfredo Sanoja.

Madera reinstituuyó la música comprometida, crearon una escuela para niños gratuita, Maderita. Todas las decisiones importantes eran asumidas en asamblea. Sus principales escenarios eran escuelas, liceos, universidades y actos de solidaridad; no obstante, siempre presentaron un espectáculo de calidad ante un público cada vez mayor.

El son, el guaguancó, los tambores batá de las deidades del panteón yoruba como expresión de la música cubana, la fulía, las parrandas, el culo ‘e puya y el mina, todo esto con su baile respectivo era representado por Madera.

Para el momento en que el Orinoco cobró un impuesto en vidas por su tránsito, el grupo estaba indagando y preparando para su exposición parte del folclor afrocolombiano, mapale, puya loca, cumbia y currulao.

El primer LP de Madera grabado por sus fundadores incluye canciones que son himnos a la solidaridad, al amor y a la lucha, una lucha consciente y ardiente, un llamado al campesino a no abandonar su tierra,

Tu machete y tu dignidad  
bajo el yugo nunca estarán  
si tú luchas por pan trabajo y tierra.

Elementos de la reforma agraria, mil veces reclamada en la Cuarta República y jamás cumplida en aquella Venezuela.

Esa es la línea seguida por el tema “Compañeros”, compuesto por Ricardo Quintero y que fue la canción más escuchada del grupo. Otra melodía fundamental es “Canción con todos”, escrita por Alejandrina Ramos, donde precisamente se pone de manifiesto el significado para el grupo de ser “de ese barrio” Marín.

De ese barrio es que ha surgido  
mi sentir y mi expresar  
que te manifiesto ahora  
con el profundo cantar  
que tú expresarás con versos  
las maracas sonoras  
agarra la tumbadora  
y vamos a descargar  
cantándole a todo el pueblo  
sin importar su color  
si eres blanco, si eres negro  
y sientes ese clamor  
todo has de vibrar ahora  
al compartir tu dolor  
y también tus alegrías  
al fuerte son del tambor.  
Todos los barrios unidos  
vamos a cantar ahora.

No podemos dejar de reseñar la canción de Juan Ramón Castro:

### **Himno Madera**

Felices cantamos a ti pueblo hermano  
y hoy vengo a darte luz y canción con honor,  
himno del amor.

Y somos danza que canta  
que ríe y sonríe cada vez  
que a la gente le canto yo  
canto con fuerza y emoción  
hasta llegar al corazón  
de nuestro pueblo.

Yo soy  
el canto que crece al igual que tu dolor,  
crece por la mala situación,  
crece en canto y vibra de emoción  
mi voz.

Con una y mil armonías  
quiero adornar este lindo canto  
que nace del alma entera  
del sentimiento madera.

El desplazamiento es el eslabón más débil en la cadena que ata a un artista al ejercicio de su labor. El 15 de agosto de 1980 se rompió la cadena para Madera. La Falka Esther, a 15 minutos de haber zarpado en Samariapo, Puerto Ayacucho, en el Amazonas venezolano, zozobró y elevó a la altura de las estrellas a este grupo que sigue tocando sus tambores y

bailando con frenesí los ritmos que sus ancestros los africanos le legaron. No murieron, seguirán indetenibles en su sabroso repiquetear de tambores. Por eso decimos con Alí Primera:

Solo se mojaron  
y en la orilla están  
secándose al sol  
pronto sonarán.

La juventud venezolana supo reconocer en estos músicos de Marín importantes cualidades como artistas y como seres humanos, y hoy recuerda el mensaje por el que ellos murieron. Universidades y liceos, barrios de todo el país se unieron a la hora de homenajear a los muchachos de Marín.

En 1982 los bachilleres del Liceo Urbaneja Achelpohl nombraron epónimo de su promoción al Grupo Madera, para honrar así a aquellos que tomaron una chalana en el Orinoco con destino a la eternidad. Quienes milagrosamente salvaron sus vidas en este accidente, rescatados por los “parientes” o porque no asistieron a esta gira, se dieron a la ardua tarea de reorganizar y volver a poner en marcha el grupo. Ellos son Cecilia Becerrit, Marcela González, Miriam Orta, Nelly Ramos, Felipe Rengifo, Carlos Daniel Palacios, José Rivero y Farides Mijares.

El reconocimiento de la comunidad musical internacional no se hizo esperar, y así Andy Montañez, Tite Curet Alonso, Cheo Feliciano, Orlando Watussi, Willie Colón, Rubén Blades, Irakere, Son 14, Un Solo Pueblo, Anabacoa, León Gieco y Mano Negra fueron, entre otros, quienes hicieron uso de sus instrumentos, talento, de poseer un espacio y una tribuna, para homenajear a los jóvenes de San Agustín.

Una improvisación de Cheo en la canción “Los entierros” de Tite Curet Alonso, dice:

Allá en el barrio Marín  
mi gente de Venezuela  
todavía se oye un cantar  
es el del Grupo Madera  
mira que son de primera.

Aun hoy se eriza la piel y se hace un nudo en la garganta de quienes sintieron en carne propia el mismo dolor con el que cantó Carlos Daniel Palacios (sobreviviente de esta tragedia) la canción que a pocos días después del accidente escribiera Mauricio Silva y grabaran con el grupo Guanabacoa, como un documento prueba del cariño y también de la honda tristeza que embargó a toda la comunidad.

Canto al Madera  
ejemplo de juventud  
siémbtrate un árbol  
para que nazca madera.

En las universidades de Cuba y Puerto Rico, los jóvenes entonaron sus canciones e hicieron sencillos murales en las paredes para honrarles y recordarles. Cuando Adalberto Álvarez con Son 14 grabó “Compañeros”, esta melodía interpretada por un grupo tan insigne, dio aun mayor coraje para continuar en la idea de no dejar morir en el olvido ese arrojo, esa fuerza, ese mensaje.

Trágicamente se fueron el 15 de agosto de 1980, víctimas de la negligencia de la tripulación de la Falka Esther. El Ministerio de La Juventud salvó su responsabilidad, el Consejo Nacional de la Cultura igualmente. El juicio que se siguió para determinar responsabilidades en esta tragedia duerme todavía en el silencio y finalmente el Estado venezolano, esa vez representado por Luis Herrera Campíns, presidente de Venezuela

al momento del accidente, ha sido olímpicamente exculpado y salido exento de toda responsabilidad.

Hoy después de largos años de duros avatares sigue el Madera dando batallas por no perecer. Por una parte lucha contra la indolencia oficial que durante los últimos 15 años<sup>15</sup> en una rebatiña cultural le negaba a muchos grupos, entre ellos Madera, un subsidio justo para operar en condiciones dignas. Y por la otra, contra quienes no aceptan que haya un relevo, donde muchos se han cansado de bogar y se la pasan colocando zancadillas, carcomidos por el odio y la envidia.

Necesario es recalcar que para poder seguir cantando con Alí, “solo se mojaron y en la orilla están”, fue necesario un arduo trabajo de perseverancia, casi un martirologio de personajes anónimos y no tan anónimos que debieron soportar sobre sus hombros, y aún soportan, ataques y señalamientos tales como “enriquecimiento”, “incapacidad musical”, “se la da de mucho” y tantas y tantas tonterías, que solo me hacían pensar en lo que me enseñó David Nieves sobre los que se quiebran ante el interrogatorio y se convierten en torturadores: no pueden soportar que alguien se mantenga, pues son la más viva expresión de su debilidad.

Por ello quiero rendir un homenaje desde el corazón a Nelson Cremer, a Sorangel Ramos y a Noel Márquez. Ellos se mantuvieron firmes ahí donde muchos abandonamos. Entre marchas y contramarchas, aciertos y errores, victorias y derrotas, siguen defendiendo esa cabeza de playa que hace casi cuarenta años heredaron.

Ello se ha traducido en la continuidad del Grupo Madera, la Fundación Madera, el local de su sede y centro de formación, la cooperación con instituciones, grupos y movimientos de la

---

15 Este texto fue escrito en 2001.

parroquia y de la ciudad, la existencia de una gran cantidad de músicos y bailarines que se han formado y de allí han salido a constituir otras agrupaciones e incluso a brillar en el mundo entero, la multitud de conciertos y representaciones locales, nacionales e internacionales, discos, conferencias, coloquios. Son logros invaluable, que aun algunas personas no atisban a asimilar y nos aventuramos a calificar de cierto racismo.

### **Argimiro Gil, ¿héroe o bandido?**

Una vez regresando de un paseo sabatino con nuestro hermano Nené, tendríamos unos cinco años recién cumplidos pues era mediados de noviembre de 1961, nos había llevado a la Zona Rental de Plaza Venezuela. Había una feria, toboganes, muchos niños y música de fin de año.

No volvimos directamente a casa, sino que subimos por La Ceiba. Nos detuvimos donde Martín Pinto. Había allí una encrucijada, lugar ideal para una bodega, y en toda la esquina había una pila (un dispensador público de agua porque en ese periodo no eran usuales las aguas blancas en las viviendas de las barriadas populares, toda la población acostumbraba tomarla de estas “pilas de agua”). Creo que entramos antes a visitar en una casa cercana, donde casualmente vivía una familia en la que no escaseaban las chicas buenas mozas (Miriam, La Flaca, Atenais).

Al salir al lado de la pila, saludamos a un señor de piel muy oscura, dientes blancos y parejitos, con quien empecé a jugar después de que él saludara a Nené. Intentaba golpearlo, pues, si mal no recuerdo, él lanzó el reto para que lo hiciera. En uno de esos intentos logré asestarle con la mano cerrada en la mejilla... Terminó el saludo y el juego y nos marchamos. En el camino nuestro hermano nos increpó porque no debíamos pegarle a las personas. Ese muchacho era nada más y nada menos que Argimiro Gil.

Muchos años después comprendimos porqué. En ese entonces Argimiro era uno de los que despuntaba como uno de los más malos del patio y además haciendo carrera para destronar a los que usurpaban un puesto que en buena lid era suyo.

Los Gil llegaron de Guayana a mediados de la década del 50. Ya Argimiro, que era el mayor de los hijos de Rosa, contaría con unos 12 años para ese entonces. Así, el comienzo de los 60 lo encontró recorriendo el barrio como guapo, armado y dispuesto a no dejarse intimidar por aquellos mayores que ostentaban los nobiliarios títulos con los que el hampa calificaba en Marín a sus más destacados exponentes.

Por un tiempo no supimos más de Argimiro, sino hasta unos 10 años después, que lo vimos en La Cuarta calle de Marín, intentando evitar un pleito, pero con una entereza y una valentía sorprendente. Hoy no recuerdo quién era su contendor, pero este intentaba golpearlo con una botella y con un tubo de metal de aproximadamente metro y medio de largo.

Argimiro estratégicamente colocado detrás de un poste de electricidad, esquivaba los golpes que el otro intentaba asestarle, mientras le decía que se calmara, que él no quería pelear y sonreía. Hasta que logró quitarle el tubo y el otro echó a correr.

Argimiro se sacudió los vidrios que le quedaron sobre la ropa, cuando la botella convertida en proyectil estalló a la altura de su cara pero contra el poste. Entró en la Pulpería Morelia y pidió una cerveza. Venía de pasar algunos años en la cárcel, donde entró en contacto con los presos políticos y adquirió los conocimientos que lo llevarían a incorporarse al Comité Contra el Desalojo (CCD). Aquí se convirtió en un líder con una capacidad de conducción y una asertividad reconocida por aquellos compañeros que con él se activaban y por el grupo político Ruptura del que ya constituía parte.

“Aristóteles decía que el hombre es un ser social por naturaleza, cuando se aleja de la sociedad, o es un Dios o es un loco”,

recuerdo recitaba Argimiro cuando hablaba para animar cualquier acto público donde debiera asumir esta tarea. Desde muy temprano estaba en el local de la antigua bodega La Palma, en La Cuarta calle de Marín cumpliendo con su deber, creando conciencia, organizando una batida, pintando pancartas, discutiendo “acerca de la práctica” o “sobre la contradicción”.

Argimiro creó una escuela en el Club Wilfredo Carrillo, que después le puso el nombre de Ho Chí Minh como homenaje a ese viejo maestro revolucionario, prócer e inspirador de la Revolución vietnamita.

Allí los niños de La Cuarta calle de Marín, los hijos de las morochas y los sobrinos e hijos de Simón Blanco “cabeza e’ gato”, aprendieron a leer con Diamela, Michel, Víctor y el maestro principal que era el propio Argimiro.

Esta es la canción  
de la revolución  
que cantan los niños  
en esta ocasión,  
los niños en la escuela  
estudian y aprenden  
y saben que todos  
nacemos iguales.

El pueblo llora  
y somos niños aun  
pero no importa, un día creceremos  
y cobraremos al déspota su crimen.

Los millones de niños que han muerto por el hambre  
serán vengados,  
sí serán vengados.

Coreaba Pujito, uno de los hijos de las morochas, quien formaba parte de la coral de infantes asistente a la escuela. Varias veces con esta y otras canciones que deberíamos recuperar para incorporarlas al acervo musical e histórico del barrio y de la parroquia, fueron estos niños a dejar escuchar sus voces en los actos a los cuales era invitado el Comité Contra el Desalojo o la Escuela Ho Chí Minh.

Vinieron tiempos de reflujo. La desazón en la izquierda trajo consigo rezagos y cambios de puntos de vista, debilidades, etcétera. Por lo tanto, una baja en la participación política, una crítica abrasiva, dio al traste con el movimiento matando la fe y poniendo en entredicho a los líderes y jefes guerrilleros que se amaban e idolatraban pues estaban en la clandestinidad, pero luego de pacificados y saberse que eran de carne y hueso, con aciertos y errores, preocupados por la necesidad de comer también al día siguiente, que gustaban igual que nosotros del trago y la sexualidad, fue desinflándose el amor mítico que se les profesaba y pasaron a ser la diana de la crítica y culpables del reflujo por haber permitido una reflexión para cuestionar los métodos que hasta ahora se habían avalado.

Al parecer, en este periodo Argimiro se separa del PRV y Ruptura, y vuelve a la esquina como un parroquiano más. Uno de esos días de esquina y borrachera, de juegos pesados, de incomprendiones y malos entendidos, estaba Argimiro cerca de La Estrella de Marín entre los parroquianos de siempre. Una botella de ron hacía la ronda y alguien, por una de esas jodas que en situaciones normales no provocan más que una risotada y un “no seas marico tú”, esta vez indignaron “al negro”.

Argimiro quería un trago, Hernán tenía la botella y por reír se la colocó entre las piernas y le dijo: “Pégate aquí como un chivito”, haciendo un gesto con ambas manos, los pulgares apuntando a su pelvis. O alguna otra frase soez que, esta vez quién sabe por qué, al pana Chimiro no le cayeron del todo

bien. Seguía estando armado, nunca dejó de tener armas. Desfundó un 38 cañón corto y disparó a Hernán, quien aun sangrando no comprendía que había recibido una bala en el lugar donde su hombría de ahora en adelante podría ser una abstracción, un nostálgico recuerdo.

Este fue su punto de desequilibrio. De allí volvió a ser el Argimiro Gil de aquellos años de lumpen, rompió con el futuro y se internó en su pasado para serle fiel a aquella frase galleguiana “todo vuelve al lugar de donde salió”.

Pedro Vicente tampoco comprendió por qué Argimiro había disparado a su amigo Hernán. Eso era una afrenta que había que cobrar. Argimiro debía pagar con su vida. Pipi —así le decían al también hoy difunto Pedro Vicente—, esperó a Argimiro. Y comenzó a increparlo por el acto cometido. Como siempre, o casi siempre, Argimiro le dio la espalda pues no quería discutir, pensaba que era cuestión de tiempo para que se calmara. Pero la decisión estaba tomada. Fueron tres disparos por la espalda, uno de ellos en la columna.

Después de varios meses de rehabilitación y de la solidaridad de sus compañeros de política que jamás lo abandonaron, se instaló en San Agustín del Norte para ejercer otra faceta de su vida que, como si fuese una premonición, una preparación para esta época, había aprendido al lado de la conciencia política en sus años de cárcel.

Nunca supo la admiración que le profesábamos, probablemente lo imaginaba, pero era terrible verle solo y medio borracho cruzando del sur al norte en “San Angustia” rodando en la silla, para regresar a su carpintería que era trabajo y residencia.

Murió Argimiro Gil a finales de 1989, después de mirar esa rebelión del pueblo en que se constituyó el Caracazo, quizás solo eso esperaba, ver un poco lo que soñaba y por lo que luchó.

Una parte importante de este relato es gracias al apoyo del compatriota Antonio Machuca, él mismo nos ha proporcionado de Argimiro el siguiente poema:

Yo vivo en un suburbio de la vida,  
allí habitan conmigo  
vil miseria e ignorancia atroz.  
Qué catacumba es esta,  
cuál es el final  
de esta morada mía.  
En mi barriada  
las calles son sus cloacas  
y la estupefacción lo colma todo.

Ese fue el final de su morada, Argimiro se enfrentó a la vida, al capitalismo, al monstruo de cien mil rostros, no lo derrotó, pero todavía recordamos sus pequeñas victorias y seguimos nutriéndonos de ellas.

### **Maestro del tres, Benito Mata, “El Chichero”**

Tinto como el añil, de anchas espaldas, 1,90 m de estatura, poseía una voz grave y ese dejo particular que aseguraba de inmediato y sin dudas su origen, de la región venezolana del cultivo del cacao: Barlovento.

Benito, cual doctor de bata blanca, se confundaba pulcramente en estos atuendos para preparar la sabrosura que grandes y chicos habrían de pasar a disfrutar por cada mercado en el que se plantaba con su carrito a procurar la delicia de todos. La chicha es una bebida refrescante de origen indígena y que varía en cada región. Es tomada en grandes cantidades en todo el país. La de Benito era hecha con harina de arroz, azúcar, leche, leche condensada y canela; son los ingredientes de la chicha normal o criolla. Luego está

la chicha andina y después la preparada con ajonjolí. Todas estas variedades las tenía el chichero a disposición de su multitudinaria clientela los martes, jueves y sábados, en el Mercado Guaicaipuro; los miércoles, viernes y domingos en el de El Cementerio. Tal era la organización semanal para degustarla.

Para los muchachos el único aliciente de madrugar un domingo o un sábado para acompañar a sus padres a realizar las compras de la comida de la semana al mercado, era poder ser recompensados con una sabrosa chicha, simple, ligada con ajonjolí o ligada con andina, de las que Benito el chichero tenía esperando en el lugar.

Desde La Sexta calle de Marín, todos los días —salvo los lunes— en procesión de 4:30 a 5:00 am, partía Benito a los mercados caraqueños con su comitiva y todos los utensilios y elementos necesarios para la preparación. Después, terminada la faena, a eso de las 2:00 pm se veía subir a todos los componentes de la familia acarreando los trastos cerro arriba hasta la casa, al descanso. Y a punta de chicha la familia de “los chicheros” creció y se multiplicó.

Pero no solo de chicha vivía Benito. De joven un tres cubano fue su compañero de bohemia, por lo que Matamoros, la Orquesta Casino de la Playa e Ignacio Piñeiro no le eran extraños ni ajenos. Su identidad secreta de tresero la conservaba para esas ocasiones en las que un festín, la jarana y la juerga, terminado el trabajo, le reclamaban como el hombre del son montuno y las parrandas barloventeñas. Ponía a gozar a la gente con sus pócimas de mercado, pero también a la hora de la rumba, un solo de tres, unido el acompañamiento exacto “pa’ baña” de la guitarra, el repiquetear de bongó y la tumba, los flejes del ronco y acompañado sonido de la marimba, la voz de los coros y el cantante, convertían al chichero en el eje en torno al cual se armaban los más sabrosos guateques.

Los jóvenes que querían interpretar el tres venían donde “El Chichero” a solicitar consejos y a pedir orientaciones sobre las

formas y la manera de *montunear*, la mejor técnica para atacar los ritmos en clave tres dos, y esos pequeños secretos que no se aprenden en los manuales, por cierto muy pocos en el mercado, y como dice Ketama, para poder interpretar “el guiño que no está en la partitura”. De Benito Mata podemos citar principalmente a tres de sus mejores alumnos Arnaldo Blanco (hijo del “Pure” Jesús Blanco), Simón Blanco y Ricardo Quintero, los tres también de la parroquia y enamorados de esa ancestral música que en manos de un puñado de jóvenes se vio rescatada de la nostálgica remembranza de sus mayores.

Benito fue en vida homenajado por el grupo Son Marín, quienes grabaron un tema en su honor. He aquí la lírica:

### Benito “El Chichero”

Chichero  
dice siempre su pregón  
lo que te traigo es sabor  
caserita venga usted  
a comprar mi rica chicha,  
el producto que te traigo  
es selecto de verdad,  
la de arroz y ajonjolí  
pa’ que pruebes calidad,  
también traigo la andinita  
que ya se me está acabando  
y si quieres ligaíta  
ahoritica te despacho  
lo que traigo es calidad  
si te quieres refrescar  
rica chicha pa’ tomar  
cómprame casera ya.



En la foto: Hilda Fagúndez, Esmelia Gerdel, Simón Blanco, Farides Mijares y "Nano" Grand, durante "un afinque" como se llamaron las fiestas en la plazoleta después de la realización del documental.

## **El pugilato por el número uno en la percusión**

Ya hemos dicho que de la región por excelencia de origen afro en Venezuela, llamada Barlovento, llegó a Marín una cantidad considerable de personas con sus respectivas características, que entre otras implica una marcada capacidad para la música y en especial para la percusión.

También hemos dicho que Pedrito "Guapachá", venido de Cuba, se instaló a dictar cátedra sobre la conga. Y ahora debemos decir que alumnos aventajados de Guapachá siguieron con entusiasmo perfeccionando la técnica y adentrándose en el conocimiento de elementos percusivos que hasta ese momento no habían sido estudiados ni ejecutados en lugar alguno, excepto en las fiestas de la santería. Por eso, jóvenes de Marín se trasladaron a Cuba para aprender de la fuente y dieron con la escuela de Jesús

Pérez en La Habana. Para así interpretar las variables de los tambores batá, con sus respectivos cantos para cada deidad.

Estos mismos jóvenes, movidos por el recuerdo codificado en su ADN, se trasladaron a las regiones del interior del país con ascendencia africana para reaprender lo que ya corría en su torrente sanguíneo. Los tambores de Caraballeda, La Sabana y Chuspa, Curiepe y San José, Turiamo y Patanemo, El Chino y Farriar, El Batey y Bobures. Por ello comenzó el manejo de los tambores pipa, cumacos, chimbángueles, quitiplás, al lado de los casi propios mina, curbata y culo 'e puya, que en el Grupo Pan se combinaron con el rock y dieron como resultado una excelente y rica fusión.

Luego, promovida Venezuela como una de las plazas donde la salsa y los ritmos caribeños en general causaban furor, todo artista medianamente informado que pasaba por Caracas quería visitar Marín y compartir con sus músicos, hacer al menos una descarga, allí frente al "Pure" Blanco o al lado de la casa de Mandingo. Con cada nuevo ilustre visitante que venía al barrio este ascendía más en la escala de las celebridades y no solo eso, allí se aprendían las diferentes técnicas con las que los famosos destacaban en las descargas con cinco y seis congas o tumbadoras.

Aparte de los duros del barrio como Julián Orta, Guaro, Felipe y "Totoño" Blanco, Faride Mijares, Felipe "Mandingo", "Chu" Quintero, Renis Mendoza, Miguel Fagúndez, "Nené" Quintero, Ricardo y Nenis Orta, Luis y Robert Quintero, Juan Ramón Castro, Alexis y Yuber Ramírez, Charles Peñalver y sigue la lista... que se constituyeron en escuela permanente, también nos venían glorias latinas de la percusión, para que los jóvenes de Marín pudieran aprender en vivo y en directo, tales como: "Cachete" Maldonado, "El Niño" Alfonso, Oscar Valdés, Los Papines, Ray Barretto, "Mañenguito" Hidalgo, "Chichí" Peralta, etcétera.

Por eso, cuando más tarde la corriente musical comenzó a des-puntar en otras parroquias e incluso en el mismo San Agustín, pero en otros sectores, se estableció una competencia por tener el

número uno en percusión. En San José se alzaron los hermanos Pacheco, en el 23 de Enero unos cuantos más y en Sarría, Orlando Poleo abrió una escuela que fue la más cercana a obtener el preciado galardón.

Hoy se ha ampliado la oferta y también las corrientes. Hay una cátedra permanente de percusión que nació a instancias de esa tradición percusiva de Marín y que invita a ponentes del mundo entero a hacer gala de su destreza en función del aprendizaje, que como los ríos no debe detenerse.

Existe la Fundación Bigott, que entre otras cátedras posee una de percusión. Otros grupos y fundaciones se han dado a la tarea de continuar en la labor formativa. Pero allá en el corazón del barrio siguen los tambores indetenibles sonando, por eso repetimos como la canción:

### **Arriba en la cima**

Tambores resuenan arriba en la cima  
hay fiesta en el cerro los cueros se afinan  
allá en lo alto hay una flama  
ritmo caliente que nos reclama  
mina tambora o quitiplás  
no importa na'  
conga cumaco o los batá  
igual me da  
lo que me gusta es que se arma una rumba  
con un cumaco igual con una tumba  
voy pa'lla

Coro:

Cada vez que suena un tambor  
en Marín se prende el fogón.

## De Inginio a Mandingo

Toda la gente del barrio lo escuchó. No había escapatoria. Aquellos días que Inginio se sentía contento compartía esa alegría con los habitantes de Marín. Inginio Sanz, natural de Barlovento, de un caserío llamado Las Martínez, nos trasmitía con la fuerza de su equipo de sonido, —el cual funcionaba como una especie de “radio local” o quizás como un “hilo musical” para todo el barrio— sus nuevas y viejas adquisiciones musicales. Loco por la música de la Sonora Matancera, Rafael Cortijo, Olimpo Cárdenas, Julio Jaramillo, Daniel Santos, Los Corraleros del Majagual, Billo’s Caracas Boys y Los Melódicos, Inginio tenía una ubicación estratégica. Su casa estaba casi en la punta del cerro, a escasos metros de la cima y en un punto que permitía audicionar lo que allí colocaba en la absoluta extensión territorial de Marín.

Ser el padre de una familia numerosa no le impedía contagiarse con su alegría a los vecinos. Alegría desbordada en el barrio, a través de su aparato de sonido con esas cornetas cónicas de metal que estuvieron de moda a finales de la década de los 50, alimentadas por una planta RCA Víctor y un tocadiscos de ocasión que le acompañaba en todas sus acciones de comando como la premonición de los DJ del futuro.

Quienes para ese entonces no tenían tocadiscos o *pick-up* sacaban unas sillas a la calle, y a veces hasta la mesa y un dominó, si había ron, bueno; si no la música era digerida embebida en las rubias o morenas cervezas media jarra.

Cuando alguien quería realizar una fiesta respetable le bastaba invitar a Inginio, quien aparecía con todos sus pertrechos festivos, amplificadores, cornetas, tocadiscos y sus acetatos de 33, 45 y 78 revoluciones por minuto, para la dicha de los que habrían de “echar un pie”.

De todas maneras, en casa de Inginio siempre se estaba de fiesta, bastaba el menor motivo. Entonces ordenaba a Taty, su

hijo mayor, que colocara las dos cornetas, una en la ventana y la otra afuera en la calle, apuntando para el otro cerro y ese sonido maravilloso, Cortijo y su Combo, “Mon” Rivera o la Sonora Matancera invadían el ámbito.

Los más jóvenes atraídos por la música se acercaban desde todos los rincones, bien fuera de La Ceiba, La Hong Kong o La Fila para llegar a los alrededores de los Sanz y disfrutar de la esencia que emanaba de su tocadiscos.

Más abajo otros intentaban en oportunidades tener el mismo auditorio de Inginio y a veces se congestionaban las ondas del éter por las transmisiones que se convertían en un horrible barullo donde nada se entendía. Entonces Inginio aumentaba el volumen y los contendores quedaban a la saga de nuestro héroe.

Por esa época, en la cuadra de Inginio vivía Felipe “Mandingo”, quizás de allí le vino esa obsesión de compartir con tirios y troyanos el sonido de su aparato de sonido.

Lo cierto es que, calmado Inginio Sanz años después, con un equipo más potente y moderno, Felipe “Mandingo” llenaría de alegría las noches y los días de los habitantes de Marín.

Entonces ya se había diversificado la oferta y por allí paseaba desde guaracha, *jazz*, *bossa nova*, rock, bomba, candombe y guaguancó, pasando por *funk*, reggae, merengue, joropo, culo ‘e puya y bachata. En plena calle nos encontrábamos a los Beatles y Papo Lucas, Jetro Tull, Eddie Palmieri, Un Solo Pueblo, Luis Perico Ortiz, Mandril y Dizzy Gillespie, Jaco Pastorius y Los Tres Perros Nocturnos de la mano de Celia Cruz, Michael Jackson disfrazado de muerto vivo, Chico Buarque cantándole “Balsiña” a Nina Hagen, El Gran Combo, un *hippie* fugado de Woodstock o la isla de White interpretando “Con una pequeña ayuda de sus amigos”, La Dimensión Latina, Grand Funk y “Pancho” Prim. Un verdadero derroche de música.

Las parrandas de Mandingo se hicieron famosas en todo el

país, y desde los viernes hasta el domingo había un ambiente de feria en su calle que se multiplicaba a todo el barrio. Sus amigos, que iban desde los sectores más acomodados, pasando por los de mediana clase hasta llegar a los vecinos del barrio, se confundían en esas fiestas, y como señala Serrat, bailaban y se daban la mano sin importarles la facha.

De todos los barrios de Caracas, todos los músicos, de todas las edades, venían a Marín a rumbear con Felipe “Mandingo” y Migdalia, su mujer, ofreciendo siempre sonrisas y atenciones a los que con ellos venían a departir.

Para poder dar de beber a ese ejército de cosacos, algunas veces se hacían colectas multitudinarias, que llamaban o llaman “vacas”. “Hacer una vaca” o “bajarse de la mula” era que cada cual debía registrarse el bolsillo o la cartera y sacara unos cuantos bolívares para comprar siete botellas de ron, tres o cuatro cajas de cerveza o cualquier otra bebida, la de moda para ese entonces.

Claro está, algunas veces los vecinos llegaban a quejarse, puesto que no siempre había el mismo ánimo para enfrentar estas parrandas hasta de tres días, como las agarraba Mandingo. Pero hoy después de varios años que ni Mandingo ni Inginio dejan escuchar su música, la gente los extraña y con no poca tristeza dicen que hace falta el ambiente de estos alborotadores que tanta buena onda compartieron con los vecinos de Marín.

## **La hora de la salsa**

Las 12:00 m, hora de comer. A esa hora todas las salsas están preparadas y listas para servir. Y esa fue la hora precisamente que Phidias Danilo Escalona escogió para transmitir un programa dedicado a la música del caribe hispanoparlante que cada vez cobraba mayor vigor en Puerto Rico y Nueva York.

Corría el año 66, y a las 11:45 am corrían también los niños de las escuelas a las casas para escuchar al lado de sus padres

y hermanos mayores que llegaban del trabajo a almorzar, por Radio Difusora Venezuela el programa de Phidias.

Fue un locutor muy querido, tanto que algunos artistas del género llegaron a dedicarle temas en los que se loaba su programa y su espíritu de defensor de la música que, dicen, él bautizó con el nombre de salsa.

Poseía como característica notable, además de unos gruesos mostachos, una voz grave y ronca, que luego algunos jóvenes locutores de salsa intentaron imitar sin jamás lograrlo. Su programa era el decano de los salsómanos. Con él creció la popularidad en el país de Eddie Palmieri e hizo que este amara a Venezuela como su segunda patria. Ismael Rivera, Richie Ray, Larry Harlow, Ray Barretto, Monguito, Joe Cuba y La Lupe fueron escuchados en primer término por el gran público venezolano aquí en *La hora de la salsa*.

Los grupos de salsa venezolanos tuvieron con él un gran apoyo, puesto que llegaban a presentar a este programa sus no-veles grabaciones. Fue así como se darían a conocer Federico y su Combo Latino, Los Dementes, Nelson y sus Estrellas, El Sexteto Juventud, Los Kenya y Los Calvos.

En Marín no había un radiorreceptor que no estuviera encendido a mediodía y que además no tuviera sintonizado este programa, por lo que si cualquiera se desplazaba a través del barrio no perdía un solo acorde, un solo quiebre de quinto, un solo pregón.

La salsa, esa música que ocupaba un lugar marginal en el coloso del Norte, pues era precisamente la expresión de aquellos que habían emigrado en busca de un futuro mejor y guardaban en su corazón el ritmo de sus raíces, le cantaba al barrio, a la esquina, al solar, y por eso estos emergían orgullosos de tener un elemento de identidad común a toda la América Latina.

La salsa sin proponérselo fue expresión de resistencia, de oposición a las pautas dictadas por la industria cultural de los 60 y 70, en tanto que reivindicaba usos y costumbres propios del caribeño sentir y actuar.

Por eso el barrio premió haciendo suyo este programa que religiosamente cada día, con el sol en el cenit, Phidias Danilo Escalona iniciaba con el tema “El mundo de las locas” de Tito Rodríguez. Y fue él precisamente, el inmortal Tito Rodríguez, quien compuso una canción para Phidias y su programa, cuyo coro decía: “Ahí viene Danilo con su tremendo bigotón. ¡Adiós, *arrivederci, au revoir, good bye, sayonara*, nos vidrio!”. Así se despedía *La hora de la salsa* y a Phidias Danilo Escalona le decimos: ¡Hasta siempre!

## Musa para poetas

*De ese barrio es que ha surgido  
mi sentir y mi expresar.*  
ALEJANDRINA RAMOS

Cuando un determinado lugar geográfico posee elementos físicos que permiten su admiración, es claro y justificable que se hagan pinturas, se escriban poesías y se compongan canciones en su honor.

Pero en el caso de Marín, con el debido respeto a quienes estéticamente tienen un concepto diferente, para ser diplomáticos se diría, visualmente hablando, que no es precisamente un paraíso. No obstante, ha servido de elemento de inspiración, no solo a poetas, pintores, cineastas, teóricos, soneros, cuentistas, compositores, coreógrafos y pare usted de contar, que le han visto con la mayor cantidad de atributos que cualquier otro humano nunca antes haya imaginado en barrio marginal alguno.

La Charneca de San Agustín se dio a conocer, pues en el periodo de la resistencia contra Pérez Jiménez, sirvió como concha o escondite para aquellos viejos luchadores de Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV), para salvaguardar en sus empinadas y laberínticas callejuelas de ranchos sembradas, a quienes por obra y gracia de su fragilidad se convertían en favoritos sentimentales de la población contra las totalita-

rias exhibiciones de poder de una dictadura cada vez más y más decadente y en bancarrota.

Vivir y ser de La Charneca era sinónimo de negro, pobre e inculto. De alguna manera era una cruz que llevar al intentar salir de la parroquia y decir que vivías en San Agustín. No se sabe quién fue el que dio a luz esa especie y la puso en boga, si la dictadura o la resistencia. A Pérez Jiménez le interesaba decir que aquellos que en esos lugares se escondían no podían brindarle al país una alternativa diferente que el rancho y la calamidad. A los segundos les importaba desinformar —aunque el enemigo lo supiera—, diciendo que allí no había suficiente capacidad intelectual para entender los cambios que en Venezuela se fraguaban. Así, decir La Charneca era decir San Agustín y viceversa. Toda la parroquia era abarcada por el epíteto descalificador de los habitantes y del sector en general: ¡Charnequero!

Para oponerse a alguien desde el punto de vista político y de gusto, bastaba acusarle de ser “charnequero” y ya el contendor quedaba fuera de combate, no mediaba una palabra más.

Los poetas, compositores, cantantes, dramaturgos, coreógrafos y músicos de Marín con su prosa encendida, con sus ideas luminosas empezaron a reivindicar formar parte de ese entorno, pertenecer a una clase especial en la que el alma cobraba, cobra y cobrará una significación singular.

Con orgullo hoy en el mundo entero se nombra la esquina, la calle, el barrio, la parroquia: ¡charnequero sí, y a mucha honra!

Quiero que un buen bongosero  
me ayude con su bongó  
para cantar con cariño sincero  
tocando los cueros y soltando mi voz.

Mi barrio es el más rumbero  
de los que conozco yo

por eso quiero decir que lo quiero  
sonando los cueros y soltando mi voz.

Marín, Marín, Marín,  
te traigo mi guaguancó.

Con este tema de Los Dementes, compuesto por Ricardo Quintero y cantado magistralmente por “Nano” Grant, también de Marín, comienza a reivindicarse a finales de la década del 60 ser de allí, tener una identidad cultural y además ser auténticos exponentes de todo el sustrato que implica una barriada popular en Latinoamérica.

“Aquí empezó la cosa”, nos comunica Pablo Martínez, un excelente cantautor y compositor del barrio en un tema que compuso para el grupo Son Marín y que su hermano Gonzalo Martínez, interpreta con sobrada calidad.

Aquí empezó la cosa,  
escuela musical,  
de tus entrañas brota el ritmo negroide  
y conservando la tradición  
hoy con el alma te cantaré  
para siempre de corazón  
y expresando que orgulloso estoy  
de haber nacido en ti,  
barrio que se negó a morir,  
San Agustín, cuna de soneros  
aquí está la clave, aquí están los cueros  
y bravos rumberos,  
¿dónde están?  
En san Agustín Marín.  
Aquí empezó la cosa.

## Trabuco Venezolano o trabuco de Marín

Para 1977 un proyecto en miéses era la idea de crear una agrupación de música latina en la que convergieran los más destacados instrumentistas de esta tendencia en Venezuela. Así que la All Star de la patria de Bolívar tenía como mentor y guía a Alberto Naranjo. A su lado, directores y presidentes de casas disqueras, el sindicato del músico venezolano, así como destacadas figuras del mundo de las letras y las artes en general, estaban pendientes de la materialización de este sueño, del nacimiento de este gigante de la música caribeña.

Alberto, quien es un organizador conspicuo, comenzó a arañar las paredes en pos de hacer coincidir a estos talentosos señores en espacios y tiempos comunes. Los ensayos fueron posibles en la sede de la asociación musical. Los arreglos de Alberto sonaban, el Trabuco prometía desde que la primera nota se dejó escuchar.

Pero algo a lo cual los eruditos no han prestado suficiente atención o quizás han dejado pasar por conveniencia, es al hecho de que una proporción bastante importante, por no decir notoria de los integrantes de esta All Star, provenían de Marín. Nombrémosles: Carlín Rodríguez, Carlos Daniel Palacios y Ricardo Quintero, cantantes; Felipe Rengifo, Mandingo y Carlos “Nené” Quintero, congas; Jesús “Chu” Quintero y Luisito Quintero, bongó; y Rosalía Quintero, coros.

Con gracia e ironía hemos titulado este aparte, que no es sino un sano y merecido orgullo por poder reivindicar una vez más nuestro pequeño entorno, lo cual agradecemos a la providencia.

Queremos subrayar además, el respeto y la admiración con los que todo el barrio y la parroquia colman a este señor de los arreglos y la dirección: Alberto Naranjo.

A instancias del maestro Naranjo, Ricardo y “Chu” Quintero pudieron grabar en el tercer álbum del Trabuco Venezolano, aun después de su desaparición física en el triste y célebre accidente del 15 de agosto de 1980.

Ricardo Quintero no pudo conocer Cuba al regreso de la gira por el Amazonas venezolano. El Trabuco se reencontraría con Irakere en su patio, para hacer juntos un recorrido por la patria de Maceo y Martí pudiendo reeditar así las escenas de sabrosura que ambas agrupaciones llevaron a efecto en las actuaciones en Caracas.

No obstante, sus “compañeros de cantos y labores”, Carlos Daniel Palacios y Felipe “Mandingo” hicieron con su evocación en los momentos sublimes de los conciertos en La Habana, que Ricardo cantara y estuviera allí, a través de las manos y la voz de estos fieles amigos suyos.

Carlín Rodríguez, personaje muy querido y admirado en el mundo de la música latina, uno de los cuartos bates del trabuco, nos ha dejado físicamente, pero nos ha legado un arsenal de canciones, una organización como El Afinque de Marín que lideró por un buen tiempo. Cuando cantaba con Federico y su Combo Latino, cuando fue requerido en otras tierras para exponer su canto, cuando Alberto Naranjo lo invitó a ser parte del Trabuco, desempeñó con sobrado talento cada misión. En el Teatro Teresa Carreño, el 4 y 5 de abril de 2006, tuvimos el privilegio de verle entonar “El señor gallo”, uno de los éxitos más sonados de Federico y su Combo. Estas líneas pretenden rendirle tributo a este grande de la salsa que seguirá con nosotros por siempre.

## **Embajadores del sabor**

Podemos distinguir dos categorías de embajadores que nuestro barrio ha tenido. Por un lado están aquellos que en el ejercicio de sus funciones en una determinada agrupación musical portan el estandarte de la sabrosura en cada rincón del planeta por donde les toca girar, regresando siempre al patio, al lugar de origen.

Pero, por otro lado están los que han debido cambiar el barrio por un país extranjero, buscando una sustancial transformación a realidades, no la más saludable en la mayoría de los casos.

Como consecuencia del deterioro cada vez mayor de las condiciones de vida en el país a partir de 1982, algunos venezolanos van a buscar por el camino de la inmigración, la solución al problema de la caída de su poder adquisitivo y por tal al desmejoramiento de su existencia física.

Si bien en este periodo se vio un pequeño resquicio por el cual respiraron algunos cantautores del patio con sus respectivas bandas, como Yordano, Ilan Chester, Franco De Vita y Sergio Pérez, este pequeño oasis no alcanzó al común denominador de los músicos del país.

El barrio Marín no estaba ajeno a esta realidad tan perentoria y lamentable en la que Venezuela se encontraba. Por lo que, aprovechando algunos contactos realizados en giras a Estados Unidos y Europa, algunos músicos del barrio lograron quedarse, instalando luego sus redes para continuar desde estos países realizando su música y convirtiéndose en embajadores del sabor del barrio, llevando un poquito de sol a aquellos quienes lograron disfrutar de su arte.

En el año 1986, en una gira a Europa de Coreoarte, tres de los integrantes de la sección percusiva van a quedarse en Alemania, en la ciudad de Köln, constituyendo de inmediato el grupo de música latina Kimbiza.

El núcleo fundamental de este experimento estaba constituido por Felipe Rengifo “Mandingo”, Renis Mendoza y Charles Peñalver, quienes nuclearon a su alrededor a una pléyade de músicos alemanes cautivados por sus excelentes dotes.

Allá en Caracas, en el corazón de la ciudad, la noticia causó confusión y desazón. Varias agrupaciones que contaban con estos jóvenes entre sus filas quedaron con heridas mortales, las cuales costaron gran esfuerzo asimilar.

No obstante, la razón había de imponerse, cada día era más difícil un contrato para animar un baile, una grabación o una aparición en TV pagada, y las pocas posibilidades de trabajar que se presentaban,

en metálico no cubrían las necesidades multiplicadas por el peso de la crisis económica. De manera que salir de Venezuela era casi una condición indudable si resistir siendo músico era la consigna.

Después de establecida la cabeza de puente en Alemania para la gente de Marín, otros músicos y bailarines fueron llegando para asentarse y ayudar en el funcionamiento del mundo de las artes con ascendencia latina. Entre ellos están Ima América Martínez, notable violonchelista sinfónica, dedicada ahora al canto de la salsa, parte fundamental de la Conexión Latina.



Hugo Salinas, Randal Monasterio, Jesús Guzmán, Pablo Martínez, Gonzalo Martínez, Josué Silva, Hugo Olivero, Jorge Rondón, Sorangel Ramos, Arnaldo Blanco, Yanin Fariñas, Yimmy Fariñas y Fidelidad Martínez.

## Serenatas y parrandas

La música es un denominador común en el recuento del barrio. Nuestra manera de recordar episodios importantes en la existencia de Marín no puede estar para nada desligada de este elemento.

Una guitarra, un cuatro, una conga o un tambor no faltaban en cualquier velada u ocasión de reunión de los jóvenes y viejos del barrio. En casa, cada cumpleaños, cada visita de algún amigo de la familia, concluía en canción, allí era donde cantaba Nené acompañado del cuatro o bien podían ser Ricardo o Luis.

De allí recuerdo que también era invitado a mis pocos años —cinco, seis siete— a cantar para agradar a la visita. De allí me viene el gusto por cantar y mi aprecio por el aplauso.

Con el tiempo Jesús “Chu” se convirtió en un excelente instrumentista, y con el cuatro o la guitarra animábamos las excursiones y los paseos del Colegio Fe y Alegría Don Pedro. Sin embargo, esta práctica, que era familiar, también se realizaba en otras casas del barrio, como por ejemplo en la de la familia Blanco y la familia Ruiz y Palacios.

Con el tiempo se convirtió en tradición que a las fiestas del barrio a las que asistían los aprendices de músicos, luego músicos consagrados, terminaran cantando boleros al principio, y después una que otra guaracha o improvisación para volver nuevamente al bolero, invitado especial en esos momentos.

Esta era la práctica a finales de los 60. De allí fue estableciéndose también una tradición de serenatas con las que se agasajaba a las novias de los músicos o a las novias de los amigos de los músicos. Los padres podían dejar pasar a los serenateros al salón principal y ofrecerles café o algún licor para agradecer la gentileza de su arte a la familia.

Creció así el repertorio de boleros, y los jóvenes que veían este ejemplo fueron aprendiendo e incorporándose también a la gesta musical del barrio y a la tradición de las serenatas. Pero había otra parte de la música que se trasladaba, que caminaba, que impactó de manera crucial en el barrio.

Los jóvenes del conjunto Los Gaitétricos asumieron como una tradición, luego de realizar la última función pública el 30 de diciembre de cada año, visitar las casas de cada uno de los in-

tegrantes y otros amigos para cantar en ellas. Una modalidad que venía de los pueblos de Barlovento, estado Miranda, y de algunos otros poblados de los estados Aragua, Carabobo, Sucre y Bolívar.

La parranda es un género musical que se caracteriza por el desenfado en sus letras, que pueden versar de lo divino o lo humano y cuyos solistas suelen improvisar para burlarse o exaltar a cualquiera de los presentes o ausentes. De casa en casa, comiendo y bebiendo, algunos podían aportar dinero a los parranderos para que compraran “más combustible”.

Algunas veces esta tromba de músicos y coleados podían continuar todo el 31 de diciembre durante el día y parte de la noche, justo hasta antes de irse a casa a cambiarse para recibir el año con sus familiares. Aquí no había director, no había un guion específico, no había repertorio, por lo que la espontaneidad y la iniciativa colectiva eran quienes asumían la línea a seguir.

Las parrandas y las serenatas van de la mano en Marín puesto que después se asumieron así, y en cualquier circunstancia podía echarse mano a los instrumentos y, según el ambiente de esa tarde, uno u otro, a veces ambos eran parte de la música de la noche.

Recuerdo que a inicios de los 70, la oferta comenzó expandirse y a abarcar las canciones del Sur: Violeta Parra, Víctor Jara, Mercedes Sosa, Inti-illimani, Daniel Viglietti. Más tarde se incorporaron los cubanos de la Nueva Trova, sobre todo Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. Las fiestas en el barrio seguían concluyendo con una guitarra y múltiples cantantes.

Después del fatídico 15 de agosto de 1980, habida cuenta del fenómeno cultural y musical que ocurría en Marín y con él en la parroquia entera, un despertar de la conciencia se instaló. Citando esa conseja popular que dice que “nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde”, los habitantes de la parroquia se volcaron en una pasión sublime a emular a los 11 inmortales del Orinoco.

Apoyando a los sobrevivientes, un nuevo plantel de artistas se acercó a intentar con ellos rehacer Madera y también constituir

aparte otras organizaciones musicales y culturales. Con ellos el pulso cultural del barrio y de toda la parroquia cobró una extraordinaria fuerza.

Solo en la transversal que une La Cuarta con La Tercera, La Primera de Marín y La Primera de La Ceiba, a mediados de 1981 habían noches en las que cuatro grupos se reunían a ensayar o discutir: Son Marín, Los Sancocheros, La Compañía Cultural Marín y Madera.

En este ámbito nuevamente las parrandas y las serenatas toman la calle y se solidifican. Había ocasiones en las que jóvenes integrantes de distintos grupos, por un impulso espontáneo, se congregaban donde José Maíz en La Tercera calle de Marín, después de un par de rondas de “cerbatanas bien helodias”, guitarra en mano hacían la travesía de todo el barrio, cantándole a las señoras mayores y a algunas no tan mayores.

Algunas veces a mí mismo me tocó recorrer Caracas con estos músicos, cantando boleros de San Agustín a Cotiza, de Catia, Propatria y el 23 de Enero a El Cafetal. Más de una vez nos le aparecimos a la propia Lil Rodríguez en su programa de noctámbula en YVKE por las madrugadas *El club de los trasnochados*. Tantas otras nos vio la carretera del oriente del país partir rumbo a Cumaná a darles serenatas a las amigas de esa región que habían atrapado el corazón de más de uno.

Igual con las parrandas nos vieron los pueblos de Panaquire, Tacarigua de Mamporal y San José, allá en el estado Miranda, al lado de Roberto Cabio y Petrota, los hermanos y hermanas Frías y El Negro Antonio, Modesto y Simón, barloventeños en quienes admirábamos esta pasión por la parranda, en ocasiones buscando ese mismo sabor, ese mismo sentimiento, Marín arriba, casa de los nativos de Barlovento, tambora y cuatro en mano y el infaltable combustible de “caballito freno” o “El Indio”, gozando nuestras tradiciones.

## El barrio, aspecto lúdico y gregario

¿Jugar para estar juntos o estar juntos para jugar? Como en la suma o la multiplicación, no importa el orden, el resultado siempre es compartir. Esa es una de las grandes escuelas de la parroquia. Desde temprana edad había una espontánea predisposición a la asociación.

Niños, jóvenes y adultos, todos sin excepción, en sus ratos de ocio buscaban la compañía de sus iguales para simplemente jugar. Cada sábado o domingo por la tarde, cuando bajaba un poco el sol y se habían terminado los oficios en los hogares, las señoras sacaban el Bingo en pleno Negro Primero o en La Quinta calle de Marín, para divertirse un poco. Justo hasta antes de entrar a casa de nuevo para preparar la cena.

De igual forma otros escogían una casa donde, apostando rondas de cerveza, se jugaba Dominó o cartas con barajas españolas: Carga la Burra, Roba Pilon, Ajiley, Truco, 31, bolas criollas eran también de los juegos preferidos de aquellos tiempos de relativa paz y tranquilidad.

Los niños podían estar en la calle protegidos y vigilados por el vecino. No había el temor de que un malandro persiguiendo arma en mano a otro fuera a errar la diana y matar impunemente a un crío, como ahora es habitual.

Sería extraordinario hacer una sistematización y síntesis de cada uno de los juegos que en aquel tiempo de la niñez se prac-

ticaron; no obstante, habremos solo de enumerarlos y contentarnos con recordarlos juntos.

Quién no jugó La Ere en sus múltiples variantes, El Escondido, 40 Matas, el Escondite Inglés, Coco pela'ò, quién te peló, que las orejas na' más te dejó, Policía y Ladrón, La Seguidilla, Con Tuy (por decir "todo y") Muncierra, Vuelta el Cacho al Perolito, La Cinta, Cero Contra Pulcero, En la Montaña Hay un Nido, La Cebollita, Matarilerilerón, El Gato y el Ratón, La Prenda, Tonga, Paralizado, Stop, Fusilado, Tomatera-tomatera, La Señorita, La Fruta.

En La Fruta había que adivinar el nombre de esta, mientras uno de los participantes, que hacía de "la casa" la iba describiendo y sostenía una correa que todos los jugadores también tenían agarrada. En el transcurso de la descripción si alguno la adivinaba, por ejemplo, guayaba, "la casa" dirigiéndose a este debía decir: "A guayabazos con ellos". Entonces todos corrían y el que había acertado tomaba la correa y golpeaba con ella a quienes lograba alcanzar. Así por algunos minutos hasta que "la casa" gritaba: "Guataco por las orejas". Y luego todos los jugadores venían a prender por las orejas al que les había estado golpeando con la correa. Pero la casa podía decir de nuevo, "guarapo" y volvía el de la correa a perseguir para golpear a los jugadores. Hasta que finalmente en uno de esos gritos de "guataco por las orejas" lo traían hasta "la casa", que preguntaba cómo se llamaba la fruta a quien la había adivinado y si no se acordaba y decía una que no era, lo seguían paseando prendido por las orejas, hasta que se acordaba.

Los juegos en espacios de tierra, terrenos baldíos, como las metras (canicas), en sus diversas acepciones: Rayo, Hoyito, La Reina o La Niña, Pepa y Palmo, Uñita. Los trompos, con los que se jugaba La Troya. Si el trompo que era paseado e introducido de nuevo en la troya se quedaba pegado en la punta del otro que lo castigaba, iba al sacrificio mayor de soltarle una roca de relativo peso para intentar partirlo en dos.

Igual cautivaba a chicos y grandes elevar desde una picúa, que es una cometa rudimentaria y elemental, hasta un papagayo o trompo, construido con varadas o caña amarga y forrado con papeles de colores. Había aquí ya la competencia de una calle contra la otra, pues se le colocaban los llamados cruceros, contruidos con hojas de afeitar, amarradas sobre la cola, que al pasarlas en pleno vuelo por el cordel del contendor, lo cortaba y entonces el papagayo quedaba “a la hilá” (“a bolina” en Cuba), o se diría aislado, sin comando y salía esa tromba de muchachos a capturar el trompo que volaba sin gobierno.

En los meses de marzo y abril, el cielo en el barrio se poblaba de papagayos de todos los colores, con sus colas hechas de telas provenientes de ropas raídas y en desuso, las cuales se rasgaban en cintas y se iban amarrando hasta alcanzar hasta 10 metros de largo.

También se combinaba para estos meses, dependiendo del periodo en que caía la Semana Santa, otro juego deleite de todos, como era el Echar Cocos. Las personas que por el miedo salir en la Semana Mayor por las estadísticas de accidentes en la carretera, o porque simplemente no poseían la solvencia económica para emprender una semana de vacaciones y se quedaban en “Punto Fijo Playa Seca” combinaban la visita a las iglesias con este popular entretenimiento.

Los cocos maduros, pelados hasta la cáscara dura que esconde la nuez, se colocaban en el piso para formar una gran pila donde cada jugador escogía el que a su criterio era el más resistente. El juego consistía en romper a golpes con la fruta la del contrincante. Unas veces golpeando, otras siendo golpeado. Quien recibía debía con ambas manos proteger los lugares más vulnerables, estableciendo así el punto del coco donde debía ser golpeado. Dar y recibir era el juego y quien lograba romper el coco del contendor ganaba, quedándose con este como premio. En oportunidades se podía apostar dinero o cervezas, siendo esto último lo más usual. El agua

del coco roto podía ofrecerse a los niños que observaban el desarrollo de la acción o a cualquier dama que estuviera cerca como una expresión de la cortesía y caballerosidad del ganador. Con los cocos capturados, el vencedor mandaba a preparar en casa arroz con coco, majarete o conserva de coco para deleite de grandes y chicos.

También para el final de la Semana Santa había dos ritos con los que se aprovechaba para pasarla bien. El Aleluya, la noche del Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección, día de la quema de Judas.

El sábado por la noche la muchachada amarraba cuanta cosa pudiera arrastrarse e hiciera ruido al ser llevado, cargando con ella por las estrechas callecitas de Marín, con el objeto de anunciar que Cristo había resucitado. Seguro que muchos de los chiquilines que arrastraban ollas, peroles, calderos y sartenes desvencijados jamás supieron esto porque lo más importante para ellos era hacer el horrible ruido que en tropel producían arrastrando sus fardos.

Para representar a aquel que entregó a Cristo traicionando una amistad y su creencia por un puñado de monedas, con ropas en desuso que se recolectaban en el vecindario y maderas, se construía un muñeco de trapo similar a un adulto promedio en tamaño. Dentro podían introducirse petardos y diversos artificios de pólvora, como silbadores, bengalas y saltapericos el día Sábado de Gloria. Con él se paseaba por todo el barrio y muchos sectores construían su propio Judas. Así que había una competencia velada por realizar el Judas más vistoso y hacer la mejor quema. Esta se realizaba el Domingo de Resurrección, no sin antes leer el testamento: una sátira donde Judas se burlaba de muchos habitantes de la calle o del país dejando de herencia hipotéticas pertenencias que servían solo para provocar la risa de los presentes. Culminada la lectura del manuscrito se procedía a prenderle fuego a la figura de trapo y madera protagonista de la animación del día santo.

Otras modalidades como La Vieja, Damas, Yaquis, Perrito, El Zorro y la Gallina, La Pájara Pinta, que eran la expresión de los juegos tranquilos de uso cotidiano, se podían improvisar con maderas, cartones, botones y tapas de refrescos o chapas.

Asimismo se podía, tanto con botones como con chapas, hacer los llamados gurrufíos. Consisten en un botón o una chapa aplastada, con un par de pequeñas aberturas por donde se pasa un cordel o pabilo de unos 25 cm y se amarra; se coloca el botón o la chapa aplastada en el centro e introduciendo un dedo de cada mano por las dos extremidades del cordel amarrado y haciéndolo girar, para después estirar por ambos extremos el hilo, obteniendo así el movimiento circular del gurrufío y su particular ronquido al enrollarse y desenrollarse.

El yoyo es de uso universal y las perinolas corrientes en todo el país. Con pabilo o cordel amarrado a ambos extremos sosteniéndolo con cada dedo prendiendo en distintos puntos del mismo, también se podía jugar a hacer figuras diferentes: La pata de gallina, la malla 3, la maya 6, juegos de encerrar y hacer salir el antebrazo de cualquiera con quien se jugara, la torre y tantas otras.

El béisbol, que necesitaba un espacio característico y unos instrumentos como bates, guantes, petos, caretas, y pelotas de Spalding, cuyo costo era muy elevado para el alcance de la muchachada del barrio, el genio popular lo simplificó y abarató para convertirlo en Pelotica de Goma y Chapitas.

El primero consiste, dependiendo del espacio, en dos equipos, no importa el número de jugadores, para cubrir el terreno demarcado como área de juego mientras los otros bateaban. Todo o casi todo era igual al béisbol verdadero, solo que aquí se utilizaba una bola de goma completamente elástica, no había pítcher y el ampáyer era el colectivo de ambos equipos. Por lo que se armaban unas periqueras increíbles, cuando no era tan evidente un *out* o cuando una regla poco conocida del béisbol quería ponerse en práctica de manera intempestiva.

Podían haber reglas adecuadas al terreno escogido para el juego, como solo batear *rolling* y líneas. Los *flays* se incorporaban al juego en espacios más amplios donde no había el peligro de que al batear un *foul* se fuera a perder la pelota al caer en el techo de una casa a la cual no se podía acceder. Recuérdese que la mayoría de las casas tenían techos de zinc y encaramarse sin tener cuidado era peligroso, tanto por el osado que se atrevía como por los goterones que vendrían cuando llegaran las lluvias.

Para la modalidad de “toquecito”, que se hacía en espacios más pequeños y jugaban hasta tres elementos por equipo. Sí había pítcher, además un cácher y un primera base. Consistía en embasarse colocando la pelota al batear en un espacio incapturable para el pítcher y el cácher y así llegar a la primera base. Era sumamente importante la rapidez de la carrera del bateador para alcanzar su cometido.

Las chapitas eran también la simplificación del béisbol, puesto que solo había un bate, que se sacaba del palo de una escoba o de un haragán viejo, y una bolsa de tapas de refresco o cervezas de botella.

Con ese bate, relativamente delgado si lo comparamos con un bate normal, había que darle a las chapas, que de una en una eran pichadas por el contendor. Si eran bateadas, el equipo contrario debía capturarlas antes de que se detuvieran o pescarlas en el aire para hacer el *out*. Si no, era un hombre en base, y con cuatro hombres en base una carrera.

Estos juegos se convirtieron en una verdadera institución cuando la gente del barrio tomó conciencia del ingenio puesto en práctica en la síntesis del béisbol. Se organizaron torneos intersectores y se disputaron importantes encuentros para hacer de la Pelotica de Goma y el juego de Chapitas parte de la cultura de Marín.

Jugar es jugar y jugando se podía apostar, surge entonces la posibilidad de hablar de las rifas... La rifa constituía una al-

ternativa, para ganarse unos “churupitos”, reales, dinerito. Hay historias de familias que fueron levantadas a punta de rifa.

La persona que hacía la rifa compraba un talonario de cien números y vendía desde el 00 al 99. En la época a la que viaja mi mente, la década del 60 del siglo pasado, se vendía cada número a un bolívar. El sorteo de la Lotería de Caracas o del Táchira o Zulia se hacía por radio y quien resultara beneficiado con el primer premio ganaba Bs 50. Pura Torres hacía una o dos veces por semana; El Catire de La Fila, todos los días; Nelson el de Vallita, el Gordo de La Cuarta, y tantos otros que obtuvieron con estas rifas una manera de sobrellevar el infortunio.



Foto: Nazareth Balbás.

## Hampones benignos y malignos

En los barrios siempre ha habido una dicotomía a la hora de valorar lo que implica estar al margen de la ley. De una manera intuitiva sus habitantes se solidarizan con aquellos que tienen

un modo de vida poco ortodoxo, mientras no atenten de manera deliberada contra la cotidianidad establecida ni contra sus actores más destacados y respetados. Podríamos decir que una complicidad tácita se establece en contra de la autoridad del Estado, y mientras no sobrepase la raya, se coexiste sin violencia.

Hace unos años las cosas no pintaban como ahora, ese fue quizás el inicio de una disparatada carrera hacia la violencia, que quién sabe cómo ha de detenerse, si es que alguna vez se detendrá.

Ni el bazuco ni la piedra habían hecho aún su incursión en el ámbito del barrio y todavía eran lugares a los cuales el Estado accedía a través de diversas instituciones, como el Aseo Urbano, el Instituto Nacional de Obras Sanitarias (INOS), policías de punto, patrullaje periférico, etcétera. Los barrios eran considerados parte del país para atender.

Al final de la Cuarta República familias enteras se dedicaban a la venta de drogas. Padres y madres de familia sucumbieron y se entregaron a la multiplicación de la miseria, no veían otra alternativa. Era amargo el resultado de una reflexión que comúnmente hacían: “Si mi hijo debe estudiar 16 años para alcanzar un título universitario con el que va a estar escasamente pagado, sobre unos trescientos mil bolívares al mes, prefiero que comience a producir de una vez, ayudándome en la venta que en la semana está tres veces por encima de lo que se ganaría honradamente en una empresa X”.

La misma reflexión de ese momento histórico: “Ayer la escuela era infaltable para cualquier niño, hoy es una pérdida de tiempo y dinero si lo que le enseñan allí lo puede aprender en casa, sin tener que comprar libros, uniformes ni estar obligado a levantarse temprano”.

Cada día había un tiroteo donde moría gente inocente que nada tenía que ver con las *vendetta* por el reparto de la zona de

venta de la droga, por ser amigo de los que mataron a “Cabeza ‘e rodilla” o al “King Kong”.

Niños y adultos que tenían solo en común con los hampones estar marcados por el triste sino de la pobreza y compartir su hábitat, esperan vivir otro día y que no les toque la lotería de una bala disparada con su nombre y apellido.

Había un toque de queda cada tarde a partir de las 7:00 pm hasta salir el sol del día siguiente, nadie bajaba, nadie subía, y quien se atrevía debía atenerse a su suerte y rezar. Triste realidad que el país enfrentaba con la pérdida de los que eran los principios morales, de unidad por la patria, por el bien común, por la solidaridad entre hermanos, la justicia y la libertad... ¡Pura paja de la Cuarta y sus defensores!

La política de la hipocresía campeaba desde Miraflores y desde las casas nacionales de los grandes partidos de derecha. Se dictaba la cátedra del sálvese quien pueda y “mientras más robe, mejor habré de vivir”. No obstante, no es del alcance de este recuento ni se está en capacidad de detenerse en estas cuestiones.

Se cree aún en las reservas éticas que, como país de libertadores, se tienen sembradas en el yo más profundo, de manera que aún se sueña, como dice Yordano Di Marzo, que “algo bueno tiene que pasar”.

Para bien o para mal no hay historias de barrios que no tengan un ingrediente picante o ácido. En el caso de Marín este ingrediente está salpicado de tragicomicidad, puesto que se deben relatar historias de malandros ilustrados o pandillas que se hicieron célebres por diversas circunstancias.

Se nombran varios de los más legendarios, algunos de sus rasgos y anécdotas más celebradas o conocidas, puesto que han sido tantos que habría que hacer una publicación especial solo para ellos.

Nicolasito Marrero era una especie de caballero, trigueño, vestido impecablemente y peinado con Brylcreem o gomina,

algunas veces usaba sombrero de paja con una pluma. Siempre armado, pistola y navaja “pico e loro”. Probablemente su fama de intrépido y valiente le hacía un espacio en los corazones solitarios de alguna de las jóvenes del barrio, pues se comentaba que tenía tantos hijos que no podían contarse con los dedos de las dos manos. En Negro Primero vivían dos de ellos, “Cola-cho” y “Toyoyo”; ambos con grandes habilidades para el canto y la percusión.

Varias historias podrían contarse de este personaje. Asaltos a bancos y robos menores, así como heridas y asesinatos forman parte de su bitácora y paso por la vida de Marín.

Guillén era otro de los hampones notables, de tez blanca, lentes de oro, camisa blanca con mangas de bombacha, corbata de vivos colores, resaltada por un chaleco a veces oscuro y otras no tanto, pantalones hechos a la medida con pinzas, para rematar una leontina, zapatos y medias en armoniosa combinación con el atuendo ya descrito.

Aparecía con sus amigos a media mañana o por la tarde, en La Hong Kong (La Sexta calle de Marín), bien afeitado y peinado, para departir entre Whisky Buchanans y cigarrillos Viceroy. Cuentan los muchachos de la época que después de haber asaltado cualquier objetivo, se venían al barrio y echaban al aire las monedas porque les encantaba ver cómo alegres los chiquillos se apresuraban a recogerlas.

Nos cuenta “Morocho”, el hijo de Pura Torres, quien vivía cerca del lugar donde estos se reunían, que mientras los delincuentes se congregaban a contar los billetes de los atracos, él y sus amigos jugaban con las barajitas de los peloteros de Grandes Ligas por siempre famosos, como Babe Ruth, Stan Musial, Mickey Mantle, Ted Williams, Willie Mays, Hank Aaron, Roberto Clemente, y hoy en día una de aquellas barajitas tiene un mayor precio que todo el dinero que pudieron robar en un banco aquellos ladrones.

Un día Guillén cayó preso, como se dice en el argot, y estuvo en el bote unos cuantos años. Cuando salió de prisión con la planificación en mente de un nuevo banco para atracar, no contaba con que los tiempos habían cambiado. Una bala le cegó la vida en el interior de su objetivo.

Mucho antes, mientras Guillén “estaba guardado”, uno de sus compinches, Enrique Monsalvero, lo precedería, caería intentando, por encargo del buró político de Acción Democrática, robarse una urna electoral del centro de votación de Escuela Elías Rodríguez, en la avenida principal de San Agustín del Sur<sup>16</sup>.

Con Guillen y Monsalvero se cerraba un ciclo en la historia de los delincuentes del barrio.

## **La banda de La Ford**

La Ford Motor Company, multinacional fabricante de automóviles, para la publicidad de sus vehículos en el fin de la década del 50, instaló un gran anuncio luminoso en lo alto del barrio. Este es un punto en el cual confluyen Marín y Hornos de Cal. Hay una escalera desde la avenida Ruiz Pineda, justo hasta donde está colocado el anuncio. Además estaba una bodega popularizada con el nombre de la transnacional. Un lugar de tránsito obligado para los que iban de un barrio al otro, para los que iban más arriba, a Negro Primero, La Fila o El Tanque para los que de arriba venían a la avenida Principal y en fin, para la movilidad en el sector.

En La Ford se apostaban los niños, los jóvenes y los no tan jóvenes a seguir con detenimiento los pormenores del juego de béisbol que se desarrollaba en el Estadio Cerveza Caracas del otro lado del río Guaire, en San Agustín del Norte, precisamente

---

16 La historia contada por varios vecinos del barrio nos dice que Monsalvero, al lado de otro delincuente cuyo nombre no precisamos, fueron abatidos por uno de los agentes que custodiaba el centro de votación. Hablamos de las elecciones del 1.º de diciembre de 1968.

donde hoy están construidas las Residencias La Yerbera. La visibilidad desde aquí era perfecta y gratuita, tanto que era el palco preferencial donde el dinero que no se pagaba en entradas era utilizado para hacer apuestas o era gastado en las granjerías que las señoras del barrio aprovechaban para ofrecer a los aficionados. Empanadas, buñuelos, majarettes, tortas burreras, riñonadas, torrejitas, cachapas de hoja y de budare, besitos de coco, alfondoque, suspiros, etcétera, formaban el stock para comercializar en esos días de pelota.

Béisbol sin cerveza es como noche sin estrellas, playa sin arena, desayuno sin café, por eso es que Ramón “Matacochino”, en la bodeguita que tenía a unos pasos de La Ford, se las procuraba bien frías a todos aquellos que así las demandaban.

Se podía decir que a veces había más gente observando el juego desde La Ford que desde el mismo estadio. Este era un mirador muy práctico, porque desde allí había una vista de primera mano de todo lo que acontecía más abajo.

En ese entonces que los muchachos no tenían videojuegos, Ataris, Poquemón, Internet y toda la nueva maquinaria del entretenimiento, que no tenían ni siquiera televisión, —que ya existía pero no era un fenómeno masivo ni mucho menos al alcance de la gente del barrio— estaba La Ford.

Cuando llovía recio y se desbordaba el cauce del Guaire, este penetraba las humildes moradas y arrastraba consigo las pocas pertenencias de sus habitantes. Grandes y chicos ocupaban las gradas en La Ford, para hacer un inventario de cuanto elemento era acarreado por las aguas: planchas de zinc, jergones, bacinillas, tablas, cartones, pipotes, ollas, sartenes, vestidos, pantalones y camisas. No fueron pocas las oportunidades en las que el conteo se realizó con algún ahogado que no pudo escapar a tiempo de la furia del aguacero.

De manera que La Ford era un espacio conocido y además con la reputación necesaria para protagonizar historias. De

aquí surgió el prototipo de los “chamos alumbrados”, los que años después se convertirían, como señalan los noticieros del país, en “azotes de barrio”.

Difícil es en el barrio mantenerse desligado de toda relación con prácticas ilícitas, los juegos de muchachos se van haciendo cada vez más osados, las rivalidades con los de las calles aledañas o más apartadas, aun comenzando por nimiedades se convierten en encarnizadas, el uso de drogas comienza como una sencilla prueba de valentía y después no hay vuelta a atrás.

Una práctica de la que quizás ningún niño se escapó en el barrio, fue a la de ir al amanecer, aún sin la luz matinal, a buscar el pan frío. En las panaderías de las avenidas Ruiz Pineda y Presidente Medina, así como en el sector El Conde, había la costumbre de vender, a un precio muy bajo, la cantidad de pan sobrante del día anterior; de manera que por “tres reales”, podías traerte una bolsa de esas de 20 kg de harina repleta de pan de todo tipo (bizcochos, pan francés, carterita, pan dulce, señoritas, redondo, de avena, de leche, de mantequilla, etcétera). Los muchachos a los que sus padres enviaban a hacer esta compra se despertaban bien temprano y se reunían para ir por el pan. Ya aquí estaba el primer elemento que podía permitir a los más traviesos encaminarse en la realización de pequeños desmanes, como lo era robarse la leche que en las puertas de las casas de “los riquitos” el repartidor había colocado antes de que ellos pasaran.

Era fácil, había impunidad y quedaba en el estricto marco de la pandilla. Así comenzó La Banda de La Ford, sin proponérselo, sin segundas intenciones, pero ocuparon un lugar importante en lo que a historia del barrio se trata.

Un cigarrillo Lido, Alas o Fortuna, una cerveza con Opatidón, una agujita, un cachito de marihuana, una guarapita (aguardiente de caña con Kool-Aid o jugo de naranja y azúcar) con una pequeña ración de fenobarbital, y así se comenzaba el viaje a las estrellas.

Estos jóvenes de La Ford fueron los precursores de un movimiento futbolístico que luego asumió en la parroquia características notables y que dio al fútbol nacional algunos nombres de importancia, como Kimba, Miguel Ángel Díaz “Lacho”, “Kacún” Betancourt, César Maiz “Fallety”, Edgar Gerley (o los hijos del Maracucho, los hijos de Carmen “Cachita”, Vicente Vega padre).

Lamentablemente no se detuvo allí el nexo con las acciones al margen de la ley y el orden. Se pasó del fútbol a deambular por Ciudad Universitaria, sede de la Universidad Central de Venezuela (UCV), donde se entrenaba, intentando sobrevivir, abriendo los carros que dejaban algo “pagando”, solicitándole a los estudiantes unas moneditas para comer, y en los casos que así lo permitieran con un arrebato de cartera o de una cadena de oro.

De todas maneras durante el periodo de clases, el comedor universitario estaba abierto y, aun sin carnet de la UCV, se podía desayunar, almorzar y cenar sin muchos problemas; además quedaba a un paso del Estadio Olímpico, lugar de las prácticas de nuestros amigos futbolistas.

Otros jóvenes del barrio, al igual que las panas de La Ford, también aprovechaban la cercanía de los estadios en las temporadas tanto de béisbol como fútbol para vender papitas fritas, maní, tostones, caramelos, pastillas, cigarrillos, refrescos y cervezas. Pero llegó un momento en que la ingesta de los “elementos nocivos” comenzó a dar resultados poco aceptables en las prácticas. “Arrebatarse” antes de comenzar un entrenamiento o jugar era contraproducente para la percepción de la realidad, y el *score* terminaba siendo en contra, el rendimiento anterior demandaba mejores jugadores y fueron quedándose en el ayer de las prácticas y acercándose a un hoy más delictivo, de mayor adicción a la marihuana y estupefacientes en general, y lo peor, un incierto y tal vez nada alentador mañana.

Estaba creciendo el consumo de la “hierva” en el barrio. Alguien tenía que encargarse del negocio, de la venta, así no tendría que

comprarla, y consumirla en este caso le saldría por una bagatela, una simple organización de su tiempo, seguir parado en la esquina con una buena “caleta” para que cuando viniera la “justicia”, “los tombos”, “los pacos”, no hubiera evidencia de la negociación que se realizaba en plena calle.

Jamás se ha sabido quién es el pez mayor en estos negocios. Lo que siempre se sabe es que la sogá revienta por lo más delgado, de manera que eran constantes las redadas en el barrio para capturar a los vendedores del detal.

En aquel periodo las bandas de diferentes calles se respetaban y había menor cantidad de armas de fuego en su poder, había control de las ventas. De modo que esta licenciosa vida de consumos, ventas, robos, etcétera, no tenía alarmantes implicaciones para los vecinos y los otros jóvenes que no participaban.

Nunca se robaba en el barrio ni a los vecinos y, en ese entonces, cualquier pelea lo más lejos que llegaba era a los puños o, para decirlo en criollo, se resolvía “a coñazo limpio”.

Los mayores comenzaron en una carrera por obtener en el menor tiempo la mayor cantidad de dinero, por la venta de la marihuana y otras “pepas” (químicos) para drogarse. Las incursiones en quintas y apartamentos, negocios como abastos, zapaterías, ferreterías y panaderías, así como el arreatón y el asalto se convirtieron en práctica cotidiana.

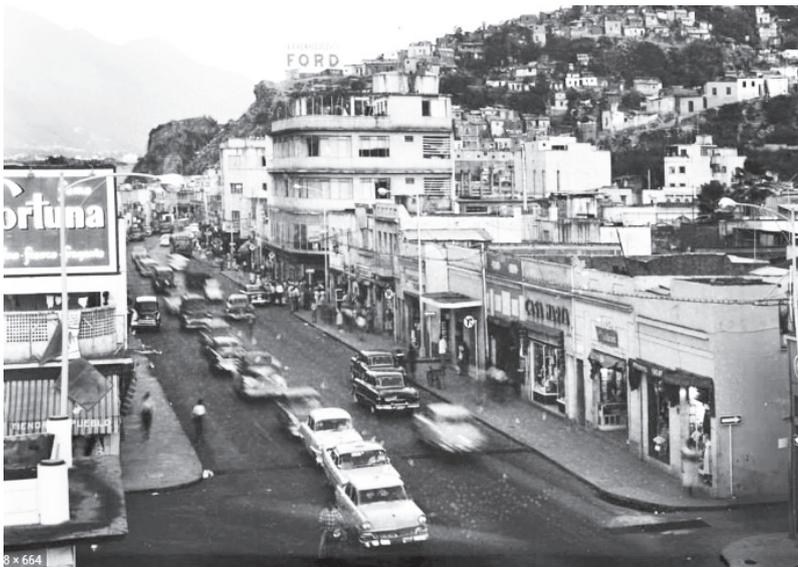
De allí también datan los primeros arrestos por lesiones, homicidio y hurto que mantuvieron a algunos tras las rejas suficiente tiempo para que otros ocuparan sus puestos en las mismas esquinas donde, escuchando a Ismael Rivera y Héctor Lavoe cantar “El Nazareno” y “Calle Luna Calle Sol”, pregonaron ser los duros de la cuadra y que nadie les destronaría jamás.

La gente los recuerda allí en la pata de la escalera que sube para Negro Primero, agachados “jugando Ajiley”, algunos con medias de nailon con un nudo en forma de cachucha o sombrero en la cabeza, para que se les bajara el cabello un tanto rebelde y

les quedara bien marcado el corte francés, con la carrera del lado izquierdo algunas veces hecha con un clavo caliente. Eran las mismas medias transparentes de nailon que, más bajas sobre el rostro, se podían usar para robar en la calle sin ser identificados.

La gente los recuerda pidiendo un pedazo de papel de bolsa común para hacerse el tabaco de marihuana que ellos llamaban “un cacho”. Allí mismo en La Ford. Hoy son solo recuerdos, pues algunos han muerto; los más se han dedicado a otras actividades menos peligrosas, más sedentarias y otros siguen largas condenas con breves periodos de libertad y vuelven a ser capturados, a veces solo por sospechas, otras por seguir haciendo lo único que aprendieron a temprana edad: delinquir.

Ya el aviso luminoso de la multinacional en el cerro quedó rendido. No alumbra. Y las pocas estructuras de acero que continúan en pie parecen ser el esqueleto monumental de un insepulto y viejo animal mitológico.



La Ford desde la Av. Ruiz Pineda.

## Iniciativa, creatividad y rebeldía

Aunque había unos cuantos “cocos secos”, los jóvenes que se reunían en Negro Primero discutían de todo y de nada. Y en esas amenas tertulias de esquina de todos los días surgían interesantes temas que hoy, a pesar de que éramos niños en aquel entonces, aún recordamos, cosas como la oposición a ser pitiyankuis, la disposición a apoyar la lucha guerrillera... programas de una radio imaginaria con imitaciones burlescas de telenovelas escritas por ellos mismos, con nombres como “Evaristo el Justiciero”; “Coporó, el hombre más malo del mundo”, de esta época datan las guitarras eléctricas de Guy (Luis Quintero), que no eran ni guitarras ni eran eléctricas. Los Judas del Domingo de Resurrección con una cachimba a lo Rómulo Betancourt (presidente de Venezuela entre 1959 y 1964).

Es también de ese periodo el recuerdo del allanamiento del ejército casa por casa a todo el barrio Marín en la búsqueda de guerrilleros urbanos, donde jugó un papel fundamental la abuela Rosa.

Uno de los jóvenes de Negro Primero estaba comprometido con el movimiento y le habían dado a guardar dos revólveres, uno calibre 38 y uno 22. Sin saber cómo, al momento del allanamiento estas armas estaban en nuestra casa. Todos los mayores tenían conocimiento de esta circunstancia. La pesquisa se efectuó a las 6:00 am, de manera que privó la sorpresa, aún dormía todo el barrio. Cuando los hermanos mayores se despertaron y vieron a los uniformados entrar violentamente en casa con armas de guerra en mano, ya se imaginaban presos o desaparecidos cuando encontraran las dos armas, que finalmente no sabían cuál era su paradero en la casa. El ejército volteó la casa patas arriba, como diría la misma que solicitó permiso para ir a cumplir con una necesidad al váter.

La abuela Rosa pasó entre los soldados con dirección al baño, duró allí el tiempo necesario para librarse de sus pesares

y regresó a su habitación cuando finalizaban de hurgar en cada resquicio de la casa. Los uniformados se marcharon sin encontrar nada, los primeros sorprendidos fueron Guy y Nené.

Un teniente al mando de la operación creía que la cicatriz en el bajo vientre que tenía Ricardo de una operación de apendicitis, era huella de un disparo mal curado. Zoila y Vicente, se encargaron de aclarar la situación.

Idos los guardias, los hermanos salieron con cara de signo de interrogación a averiguar quiénes de los amigos de la cuadra había agarrado el tres-ochito y el 22. Ninguno las había tomado. Comenzaron a buscar desaforados por toda la casa, pensaban que era un milagro que las armas se hubiesen desaparecido al momento del allanamiento, pero ya era hora de que aparecieran.

—Muchachos— Llamó una voz desde el baño. Todos fueron a ver...

—¿Esto es lo que ustedes andan buscando?— Inquirió sonriente la abuela Rosa, con una bolsita plástica que estaba enjuagando para después abrir y entregárselas a sus nietos. En el descuido de los militares, cuando solicitó ir a cumplir una necesidad, las había dejado deslizarse en la letrina del baño, bien protegidas contra cualquier sólido o líquido que pudiera afectarlas.

## **Ese hombre sí camina**

En los inicios de la campaña de Acción Democrática para la elección de Carlos Andrés Pérez en el año 1973, uno de sus recorridos saltando charcos y subiendo cerros lo llevó a San Agustín del Sur. Desde tempranas horas del día había comenzado su pasaje por la parte de El Helicoide y venía desandando nuestra parroquia en sentido oeste-este. Una comitiva le acompañaba. Al llegar a Marín se presentó un problema. Los aguerridos jóvenes del Comité Contra el Desalojo, así como algunos militantes

del MAS y de Ruptura, se habían organizado para hacer un recorrido detrás del cortejo de CAP y le salieron por detrás cuando comenzaron a subir por El Cañón.

Sencillamente voceaban consignas alusivas al candidato de la derecha que una vez más, en una rebatiña por el poder, reclamaba su turno al bate, como se podría decir en el argot beisbolístico. Ya habían pasado los cinco años de Copei con el mandato de Caldera.

Recorrieron toda La Quinta calle bajando, y al llegar a La Ford subieron por Negro Primero, detrás siempre “los camaradas” con sus consignas, pero llegado un momento, a mitad de camino, las brigadas de choque de AD atacaron a los jóvenes del barrio con armas de fuego y matracas. Los jóvenes, que al parecer fueron sorprendidos, echaron a correr y algunos de ellos se escondieron en casas que les abrieron las puertas para salvaguardarlos, pero de igual manera, en la persecución los adecos se introdujeron en algunas de ellas sin la venia ni permiso de los dueños.

Milagrosamente no hubo heridos graves ni detenidos, solo algunos porrazos y el susto después de haber salvado milagrosamente el pellejo ante un enemigo tan artero como históricamente se conoce a las bandas armadas de Acción Democrática.

## **La Nena Sandunga**

La Nena era una hermosa afrodescendiente, de dos metros de alto, un cuerpo maravilloso, muy bien proporcionado, unos paradisíacos e inmensos ojos y un sonreír de anuncio de crema dental.

Quizás a quienes la conocieron les parezca chocante esta descripción, pero es la imagen de ella que guardamos desde la niñez. Los Sandunga, más conocidos por este apodo-apellido que por su verdadero nombre, familia Sanz, eran una familia venida de la región de Yaracuy, donde otrora plantaciones de café, plátano y cacao permitieron el asentamiento de los afrodescendientes,

donde el tambor es un elemento fundamental en la cultura y por ello siempre en los velorios de Cruz de Mayo y los rituales del 24 de Junio en casa de la señora Santiaga estaban todos los Sandunga, desde la madre, la señora María Jesús Sanz, quien amaba la alegría, la fiesta y el juego. Nuestro carácter afrodescendiente expresando el buen vivir.

En medio de ese ambiente crecieron Domingo, el mayor de ellos, quien en una temporada navideña formó parte de Los Gaitétricos, ganaba su vida con las ventas de cerveza, refrescos, naranjas, pastillas y cigarrillos en los estadios de béisbol y fútbol de la UCV; Sandunga, quien sufría de epilepsia y perdió la vida mientras nadaba en Puerto Cabello en una excursión organizada por la Asociación Cultural y Deportiva Negro Primero; Vidal y Benito excelentes futbolistas y bailarines. Parecían gemelos, aunque no lo eran y La Nena, la única hembra de la progenie de los Sanz.

La Nena supo temprano que dentro de las condiciones en que se había criado no había posibilidad más a la mano para asegurarse una platica, que explotar de la forma más fácil, pero más infeliz su belleza. Así se las arregló para garantizarse los elementos básicos de la supervivencia.

Hablamos de La Nena aquí pues ella era uno de los personajes de la vida cultural de Marín. Cuando escuchaba música salía a bailar no importaba dónde. Y sobre el cómo, había que verla poner en evidencia toda la herencia africana en sus movimientos. En Marín le hacían rueda, porque independientemente de su estado mental, La Nena hacía gala de grandes facultades dancísticas.

La vida en el barrio no era color de rosa y después de parir y amamantar algunos hijos, un cotidiano signado por la calamidad, las peleas, el trago y la incomprensión, nuestra amiga comenzó a despegar de esta presunta realidad en la que “los cuerdos” nos circunscribimos. Su adicción por el alcohol la hizo proclive a la

perdida de la noción de la realidad y era normal verla en estado de ebriedad departiendo con los borrachines de la avenida Ruiz Pineda, siempre en las cercanías de Marín, pues el combustible venía de la estación de servicio más cercana, La Estrella de Marín.

Enfurecida, no se sabe por qué razón, a veces cargaba contra algún transeúnte, quien debía echar a correr para evitar la agresión. Otras veces intentaba sustraerles la bolsa de mercado a las señoras o arrebatarles la cartera.

Pero el recuerdo de La Nena Sandunga es principalmente festivo, puesto que todavía cuando la música suena en Marín, la imaginamos siempre presente bailando, la vemos inventar pasos y llevar magníficamente el compás del ritmo.

# Organización y diversificación de las acciones culturales

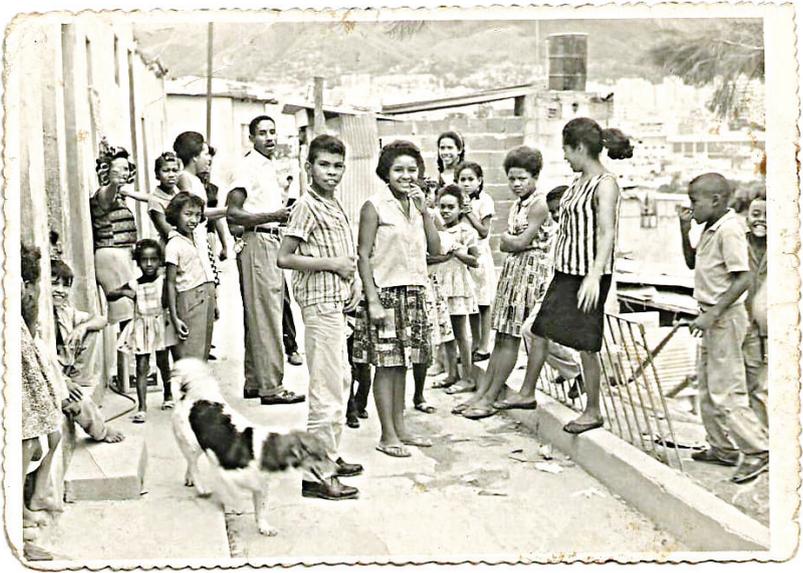
## **Los Sancocheros**

Una de las organizaciones de vecinos que más influyó en la década de los 80 en Marín fue la de Los Sancocheros. “Todo comenzó con la construcción colectiva de la casa de Catano”, nos refiere Félix García, quien fungió como encargado de las finanzas o manejaba la contabilidad en esta agrupación.

Como ya hemos reseñado, la desaparición física del plantel fundamental del Grupo Madera estimuló diversas inclinaciones hacia la música, la poesía, el teatro e incluso la confluencia de varias de estas iniciativas, entre las que se encontraban nuestros amigos que empezaron a reunirse para hacer sus sancochitos y compartir un espacio de chiste, chisme, dominó y un largo etcétera.

La necesidad de compartir los domingos en el barrio después de una fiesta la noche anterior con una borrachera espectacular que incluía una abrasiva resaca o ratón, le proponía al sentido común combatir el malestar con una sopita o una cerveza bien fría, muchas veces ambas posibilidades les permitían a los “enratonados” una nueva excusa para reunirse en La Cuadrita.

El sentido gregario, colectivo, solidario, de unidad, planteaba la necesidad de asumir un espacio que permitiera a todos acceder sin problema alguno, por eso la calle, los terrenos baldíos constituían lo más indicado.



La cuadrita en la década de 1960.

Un fogón improvisado con unas cuantas brasas y sobre este la lata grande de manteca vegetal o la olla inmensa de preparar el mondongo, dio el nombre a esta organización en la que no existía organigrama ni ninguna responsabilidad contraída de forma expresa.

Los Sancocheros se juntaban siempre. Era la amistad el elemento principal que les hacía verse para planificar celebraciones tales como Carnaval, Día de las Madres, San Nicolás y Reyes Magos.

Uno de los méritos fundamentales que se les atribuyen fue generar actividades que más allá del sancocho, permitieron incrementar la autoestima de los habitantes del barrio remodelando, reconstruyendo y transformando la idea hasta ese momento del acto cultural tradicionalmente entendido.

Era “El Flaco” quien llegaba de su trabajo en los mercados de Caracas, El Cementerio o Guaicaipuro, con la verdura necesaria para alimentar la olla sancochera. Lo demás salía de la consabida

“vaca”, donde cada quien “se bajaba de la mula” y aportaba un dinerito para la compra de los elementos y completar el aderezo y acompañante del riquísimo sancocho.

Algunos de sus eventos podrían caracterizarse como teatro de calle o performance donde se incluía música y danza.

La imaginación popular es absolutamente rica y se ponía de manifiesto en las actividades de Los Sancocheros.

Es memorable la representación de *Thriller* de Michael Jackson, donde prepararon cada detalle, desde el maquillaje y el vestuario, hasta el horario adecuado para representarlo y los elementos escenográficos.

Otro de los eventos que guarda Marín como un hito en su memoria es la representación de los tres Reyes Magos, con una elección sorprendente de los personajes para estos papeles, puesto que nadie jamás imagino ver a “El Viejo”, a Félix García y a Orlando Zavala, asumiendo una responsabilidad de ser más actores que la propia representación de su vida.

En el plano reivindicativo, Los Sancocheros se la jugaron al invitar por la vía de “Totoño” Blanco a una integrante del Centro de Reciclaje de Caricuao, Lidia, quien con algunas charlas y talleres motivó a la comunidad para preocuparse por el aspecto de sus calles. Es en ese momento donde surgen las jardineras, que no eran otra cosa que las llantas, cauchos o gomas de los automóviles decoradas con motivos diversos y permitieron a nuestras modestas y humildes calles del barrio verse como grandes bulevares, remozadas y embellecidas. Todo el barrio Marín y parte de La Ceiba se sumó a esta iniciativa.

Otra de las actividades por mejorar el aspecto del barrio fue la limpieza de pantallas de basura e incluso una de ellas, después de limpiarla, la tomaron y comenzaron a sembrar allí diversas plantas, tanto ornamentales como otras que pudieran aprovecharse para incorporar sus frutos al sabroso sancocho.

Sus integrantes, con los vaivenes respectivos de la organiza-

ción popular, eran: las hermanas Torres, Gladys y Crucita; Hilda Fagúndez (motor principal); Morela; Nilda Esperanza Montilla, la popular “Tacita”; María Fagúndez “La Flaca”; María Cubero; William Montilla “Tamacún”; Vicentico Rodríguez; “El Viejo” Madera; Félix García; José Luis Montilla “Moñote” y “Gamelote”, entre otros.

Para ellos representó una gran labor tener su propia tarima, construida por una iniciativa principalmente de las mujeres integrantes de la organización, mucho más cuando después ella pudo recibir a los dignos representantes de la parroquia, como Son Marín, por una cortesía de su director “El Pure” Jesús Blanco.

Pero también apoyaron un deporte marginal como el juego de chapitas y el de béisbol con pelotas hechas con cartones de leche, del cual se realizó un torneo que atrapó la atención de la fanaticada de todo el barrio, que era transmitido en vivo y en directo por un alto parlante a todo el barrio, incluidos los comerciales respectivos de productos inventados por el narrador, que si mal no recuerdo era en ocasiones Felipe “Mandingo”.



Los Sancocheros organizaban muchos eventos, entre ellos la fiesta de los Reyes Magos.

## Orlando Martínez, Bambuco y Cuerdas de Antaño

Hay muchos elementos ligados y cercanos en las historias del barrio. La historia de Cuerdas de Antaño es una de ellas.

Oriundos de Yaracuy, los Martínez se instalan en la frontera entre Marín y La Ceiba. Orlando veía los ensayos de Los Gaitétricos y en el Colegio Fe y Alegría escuchaba la música venezolana que ponían para esperar el timbre de salida. Se interesó por el cuatro y lo aprendió con Dumbi Dumbi. Su oído prodigioso para reproducir las melodías que escuchaba, con ritmo y afinación, permitieron a sus padres no dudar para facilitar su educación musical.

Llegó octubre de 1980 y con él la decisión de constituir un grupo de gaitas a imagen y semejanza de aquellos que desde niños atraparon su ilusión. Fue así que se constituyó Bambuco. Se desató la pluma de su director y su vena creativa parió una cantidad inusitada de composiciones, donde una de las más celebradas fue un homenaje a Ricardo Quintero, el director de Los Gaitétricos, sembrado para siempre en el Amazonas.

Estudia en Tacusan, con Douglas Serrano, Javier Muñoz y El Zurdo, eran parte de los alumnos en la cátedra de guitarra. Con ellos un sábado por la tarde decide trascender de la planta baja de las residencias Hornos de Cal, sede del taller, para dirigirse al bulevar de Sabana Grande con violín, guitarra y cuatro. “Adiós a Ocumare”, “Como llora una estrella”, “Mujer merideña” y “Conticinio”, entre otras, constituyeron el arsenal sonoro con el que aperrechados en la acera más allá de El Gran Café, este trío conquistó a sus escuchas, los cuales para sorpresa de nuestros músicos, les solicitaron mayores referencias para posibles contrataciones.

Más de veinticinco años, bodas de plata ya en este matrimonio con la esencia de nuestras tradiciones musicales, esperando que ni siquiera la muerte pueda apartarles de ese amor. Cuerdas de antaño, aún sin una producción musical, está sembrada como una institución musical en el barrio que asume su legado

y compromiso con el futuro creando su relevo para perdurar. Hoy, con leves excepciones, todos sus músicos ejercen la docencia en las escuelas de la parroquia.

Cabe aquí una reflexión a propósito de ese disco que falta y con el cual se sellaría definitivamente el color de una agrupación: La música cañonera no es comercial, nos afirma Orlando, y hay allí una contradicción enorme, puesto que, si el grupo ha permanecido durante tanto tiempo realizando conciertos y amenizando tantos espacios en la vida del país, ¿cómo puede ser posible que el espectro radioeléctrico venezolano preste oídos sordos a tal circunstancia?

## **También tenemos teatro**

### **Antonio Machuca**

Llegó a Marín desde el oriente del país. Yoco, en el estado Sucre, lo vio nacer, saltó con su familia a Cantaura y después aterrizó en el corazón de Marín, con apenas 15 años. Ya sus monólogos estaban cargados de fuego, de conciencia, de amor.

Nos cuenta:

Yo solo tengo vivencias y las mismas ganas que tuvimos siempre de continuar aportándole a la patria... Aunque podría contarte que un día, en un lugar cualquiera, asistí a un conversatorio donde el ponente era Nené, nuestro hermano. Y terminé llorando en público en la intervención, cuando empecé a revivir el barrio y las cosas que contaba mi héroe de infancia, y el principio de mis valores, como lo fue y es el carajo que caminaba por esas calles dando ejemplo, y reviví aquellos años donde empecé a luchar con apenas 15 años, recién llegado de oriente a internarme en el hogar que me enseñó a conocer la diferencia entre lo humano y lo animal que crea el hacinamiento.

“Chu” Quintero y “Cheo” Peña en oportunidades ayudaban, sus puestas en escena del barrio, con canciones alusivas al sujeto tratado en su obra. Su talento lo fue llevando a otros espacios, la televisión, el cine, el teatro. Pero jamás se alejó del barrio, puesto que ha profundizado ese sentido de pertenencia, de causa común y solidaridad con los que luchan y sienten por donde va la patria.

### Quinto mi quinto Quintero

Quinto mi quinto Quintero.  
Quintéame con tu quinto  
y rómpeme la palabra,  
para pronunciar tu nombre sin que produzca dolor.  
Cómo hago para cantarle  
unas cien y mil canciones  
sin molestar su descanso  
mis compañeros del alma.  
Quinto mi quinto Quintero.

### La Compañía Cultural Marín

Cuando René Álvarez vino nuevamente al barrio, movido por la idea de retomar la acción cultural para emular a los integrantes del Grupo Madera desaparecidos en el Orinoco, lo hizo trayendo una propuesta que se perdía de vista por los alcances y las perspectivas con las que contaba. René tenía la admiración y el reconocimiento del barrio por ser un aventajado músico sinfónico y por provenir además del corazón de Marín.

Era un proyecto multidisciplinario que combinaba el teatro, la danza, la música clásica y popular, lo humano y lo divino, lo nacional y lo internacional, el canto lírico y popular, la coral, etcétera.

En la primera reunión donde fueron convocados todos los habitantes del barrio sin excepción, incluso gente de otras parroquias y distintos sectores de la vida cultural del país, René hizo una exposición vehemente de su proyecto, y con esa misma pasión se incorporaron los jóvenes artistas de Marín a darle forma y recrear la idea expuesta por René Álvarez.

Lo primero que comenzó a tomar forma fue el baile, varias clases de danza contemporánea se comenzaron a realizar a instancias de esta iniciativa. No obstante, otra de las áreas que habría de desarrollarse quizás no con tanta rapidez, pero sí con una fuerza que le permitió alzarse con resultados concretos y claros y una duración de varios años fue el teatro.

Y fue con ese nombre de Compañía Cultural Marín, que desde la pila bautismal asumió el grupo de teatro que se constituyó en el barrio gracias a esta propuesta. Obtuvo los éxitos que bien merecido tenían por su empeño y dedicación, por la mística con la que asumieron tal desafío. Las experiencias en esta disciplina hasta ese momento habían sido empíricas y sin ningún tipo de fundamento. No tenemos conocimiento de la existencia de un grupo de teatro en el barrio o la parroquia que haya traspasado el estrecho umbral de la primera obra montada.

Un grupo de teatro se convierte en una gran tarea, en un trabajo prometeico y el esfuerzo es directamente proporcional al número de sus integrantes. Por ello constituyó un puntal fundamental Marcos Ford, quien venía de Caricuao con un bagaje inusitado y gran energía.

Los amigos y las amigas que ayer constituyeron la Coral Popular San Agustín, el Comité Contra el Desalojo un poquito más maduros, y algunas de las y los jóvenes de la parroquia se sintieron concernidos por el llamado de René Álvarez para sembrar la madera y dieron vida a esta iniciativa que se ganó unos cuantos premios en las artes escénicas del país.

## El de las mujeres

En Negro Primero había un epicentro, una calle tranquila donde los vecinos tenían una relación afectiva y cordial. Desde que tengo uso de razón viví en cada casa de esta calle una relación familiar. Si estaba en cualquier casa podía ser invitado a comer, por lo que a veces debía ir a la mía a solicitar permiso para poderlo hacer donde tocara esa vez, en casa de la señora Matilde o en casa de Laura o la señora Aura o frente a mi casa donde mi amiga de siempre, Tamarita —era como alcanzaba a decirle a mis escasos cuatro años a mi gran amiga Margarita nueve años mayor que yo—.

Las amas de casa de la cuadra eran las garantes de ese espíritu solidario y de hermandad que se vivía en Negro Primero.

Cuando mi madre o mi abuela preparaban un dulce, postre o cualquier platillo fuera del común arroz, caraota y carne mechada o el espagueti sempiterno; entonces tomaban una porción y enviaban a las vecinas más cercanas para que degustaran y opinaran sobre la calidad y el gusto del plato preparado. Ello era también una norma en viceversa.

En nuestra calle teníamos casi todos los elementos para ser una especie de pueblo dentro del barrio; varias bodegas, un barbero, los músicos, venta de periódico y el servicio de aseo urbano pasaba diariamente, mi abuela y mi madre aplicaban inyecciones, mi madre arreglaba ruedos, pegaba botones, cosía vestidos, camisas y pantalones, hacía tortas. Había electricistas y plomeros. De manera que las principales necesidades de alimentación y primeros auxilios estaban cubiertas. Había incluso un rezandero que conocía oraciones para curar “el mal de ojo”, restablecer los huesos fracturados, curar mordidas de culebras o novenarios en caso de deceso de algún vecino.

Es en este marco que quiero hablar del Día de las Mujeres en Negro Primero. En diciembre, desde el inicio de las misas

de aguinaldo, la familia se volcaba a la celebración de esta fiesta mitad religiosa y mitad pagana, de manera que había que tener a los hijos preparados desde las 5:00 am para ir a misa, bien en el Colegio Don Pedro o a la iglesia de Fátima.

Para chicos y grandes constituía un gran momento poder participar en estas misas, puesto que tenían elementos que las hacían atractivas. En primer lugar por la interpretación de esta música con cuatro, tambora y charrasca, cuyos estribillos versaban sobre el acontecimiento de la natividad, los aguinaldos, que Los Navideños o Los Caminantes garantizaban con el típico “Niño lindo” o “La capilla está abierta” o quizás el “Din din din”.

Otra de las fascinaciones que producía la misa de aguinaldo era la patinata luego de los oficios. Grandes y chicos aprovechaban para desempolvar, patines, bicicletas, velocípedos, patinetas y cuanto objeto rodara y pudiera permitirnos el desplazamiento.

Algunas parejas hoy ya con hijos, nietos y bisnietos se dieron “su primera lata”, su primer beso, aun a oscuras, bajo las farolas de la avenida Guaicaipuro en Las Acacias, después de la misa de aguinaldo. Pero las misas terminaban el 25 de diciembre, y ya para esa fecha en casa tenían que haber concluido los preparativos que implicaba la venida del Niño Jesús para los más pequeños, con sus respectivos regalos.

La preparación de los platos para esta fiesta no podía ni debía desdeñarse, porque hallacas y bollos no son platos que requieran de poca atención; al lado de eso, la preparación del pan de jamón, de los dulces de cabello de ángel, martinica y lechosa, la torta negra y la ensalada de gallina. El carato de acupe y la chicha andina constituían también elementos que requerían la presencia y disposición de la madre, de la dueña de la casa.

Este ajeteo de fin de año no paraba en todo el mes de diciembre, pues además de las fiestas del 24 y 25, con las compras de los estrenos e ingredientes para cocinar, venían los invitados,

la familia que vivía en el interior del país y aprovechaba las vacaciones escolares para pasar unos días en Caracas.

Luego, el 31 de diciembre y el 1.º de enero cuidando a los borrachos, preparándoles el caldito a los “enratonados” y dándoles el Alka-seltzer y la sal de fruta ENO respectivas para aliviarlos del “efecto del día siguiente”.

Ah, pero así como cada 11 tiene su 13, llegaba también el 2 de enero y desde temprano en las casas de la señora Aura, de la señora Facha, donde la señora Matilde, en principio con chicha andina, después con alguna guarapita, vino Sansón o La Sagrada Familia, las mujeres de Negro Primero venían por el desquite.

“Todo comenzó a inicios de los 70 del siglo pasado —nos relata Margarita de Ríos—. Estando la señora Aura en su casa, mandó a buscar con sus hijos a las otras damas amigas de la cuadra, aduciendo una enfermedad que la tenía muy mal. Cuando llegaron las compañeras, preocupadas por el malestar de Aura, esta las recibió con la bebida que había sobrado de los días anteriores y las invitó a brindar por las mujeres. Así estuvieron durante toda la jornada hasta que el cuerpo aguantó. Ese día 2 de enero quedó bautizado como el Día de las Mujeres”.

Se trataba de una licencia que se tomaban aquellas damas que, siendo garantes de la unidad familiar, la organización de las labores de cada integrante del grupo y la administración de los bienes, nunca podían apartarse de sus sacrosantas responsabilidades.

Si se quiere, esta fecha constituye una reivindicación importante que surgió producto de la iniciativa de una mujer, pero por estar en el ambiente fue asumida por todas y por todos, la comunidad la hizo suya. Durante un periodo quizá de 15 años consecutivos el Día de la Mujer fue celebrado religiosamente.

Negro Primero era por ello el lugar obligado de visita cada 2 de enero por curiosos de otras calles que querían conocer sobre

esta fecha y por los que también querían unirse al alborozo de las “negroprimereñas” en su día.

## Los Dementes y el Grupo Pan

Aunque no era un grupo de la parroquia, la historia de Los Dementes está ligada a ella porque dos de sus integrantes insignias vivían en Marín: Alfredo Padilla y Carlos “Nené” Quintero.

Ray Pérez y “Perucho” Torcat, al lado de Angelito, se plantearon por allá en 1966 constituir en conjunto de salsa fuera de lo común. Estaba “Nené” Quintero dando sus pininos en el mundo de la música profesional y tocaba en un centro nocturno todas las noches. Aunque le gustaba la batería, las condiciones no estaban dadas para ello, así que con el ilustre Pedro “Guapachá” como maestro aprendió a golpear las congas al estilo cubano.

Nené no solo se incorporó con toda pasión a la idea del grupo, sino que también le presentó a un gran timbalero del barrio a Ray Pérez. Nos cuenta Nené:

Conocí a Ray Pérez, alias Ramón Pérez, en un sitio que quedaba detrás del Teatro Altamira. Era un muy pequeño centro comercial (para esos días no se llamaba así) donde había un negocio nocturno llamado Mon Petit. Allí tocaban jazz y música latina. Yo comenzaba como músico profesional gracias a Frank Hernández, que era directivo de la Asociación Musical para esa época, y me facilitó la entrada al mundo profesional. Pues, tocaba yo en el Play Boy, lugar de conejitas lindas que quedaba en un sótano debajo del Teatro Altamira. Conmigo tocaban allí Jorge “Romerito” Romero, bajista de esos que tocaban cualquier cosa, pero con el *swing* que ameritaba, creador de la Onda Nueva junto a “El Pavo” Frank y Aldemaro Romero. También conocí allí a Luis Lewis, trompetista; Willie Pérez, pianista y a Marcelo Planchart, baterista.

Los Dementes, al igual que Federico y su Combo Latino y El Sexteto Juventud, fueron precursores de la salsa con esencia venezolana. Los primeros *hits* venezolanos en esta música fueron propuestos por ellos y radiados en los programas de corte latino.

Cada lunes estaban Los Dementes en Venezolana de Televisión acompañando el show de *Agárrelo si puede*, programa de concurso decano en su género en la década de los 60. José Hernández era su conductor y estuvo allí por un espacio bastante prolongado, por lo que nos tocaba verles por la caja boba, cada lunes representando los colores del barrio Marín y de la parroquia en general, porque ya Los Dementes eran de San Agustín del Sur.

Esta historia de Los Dementes no podría completarse si no incluimos una semblanza de Alfredo Padilla, y será él mismo quien nos hable: “Yo soy un enfermo de la música. Si no la estoy tocando, estoy dándole vueltas en la cabeza a una idea musical, a un arreglo o a cualquier otra cosa ligada a ella”.

Madera se presentaba en el Teatro Teresa Carreño en abril del 2006, y tuvimos la suerte de coincidir con él y Guido en el camerino en tanto que artistas invitados. Como era normal y necesario, Alfredo sacó media botella de canelita y, riendo, después de comentar algo a propósito nos ofreció. No queríamos perder ni una sola de las palabras que se pronunciaban en ese espacio y mucho menos ninguno de los sabores. Nos habló del Mombino, la arepera de moda cuando Los Dementes estaban en su apogeo, lugar donde hacían el recuento de la noche, los músicos de todas las orquestas que en la época se disputaban los bailes en la Caracas de finales de los 60: Federico y su Combo, El Sexteto Juventud y Los Dementes. Allí aprovechamos para recordarle un bolero donde él había grabado la voz con Los Dementes, peló los ojos y tragó grueso. “Coño, yo sí he buscado ese tema. ¿Cómo lo conseguiste?”, preguntó.

De alguna manera la música lo salvó, pues le brindó una alternativa distinta a la delincuencia que en las barriadas popula-

res constituye el primer atajo para aquellos que no encuentran acomodo en la escuela o el liceo o en un trabajo formal.

Como él mismo lo dijo: un día, mientras tocaba en televisión, se preguntó qué hago yo aquí. No había asimilado aún que era ya un músico profesional, respetado, admirado y querido.

Alfredo y Nené eran inseparables, por esa razón cuando Los Dementes se separaron, ellos se quedaron juntos en un nuevo proyecto, El Grupo Pan.

Ya en esa orquesta de salsa dirigida por Ray Pérez se podían escuchar acordes y ritmos cercanos al soul y al rock. Canciones como “No olvides ponerte tu traje gris los jueves por la tarde” daban fe de la tendencia por la cual se enfilaría a corto plazo.

Gustavo Colón, baterista de Negro Primero, Rubén “Michu” Correa la primera guitarra, Jesús “Chu” Quintero en el bajo. Los metales no siempre eran los mismos, en oportunidades podían tocar Joseíto Rodríguez o Joseíto Romero, como también José Velázquez o Luis Lewis en la trompeta, aunque el titular era Henry Camba; dos trombones, que igualmente podían variar entre David Azuaje, Chispa, Carlos Guerra o César Monje “Albóndiga” y Pepe “El Cubano”. Alguna vez tocó Rolando Briceño en el saxofón. Alfredo Padilla y Nené, el primero en la percusión y el segundo en el canto y la guitarra armónica. En sus inicios, Enrique Mijares fue parte del grupo en las congas. El elemento determinante del Grupo Pan fue haber mezclado los tambores afrovenezolanos y sus ritmos con el rock.

## **Ilustres visitantes**

La importancia de Marín en la música es conocida por aquellos que de una u otra manera tienen que ver con la percusión latina, la salsa, el *jazz*, con el folclor y lo clásico. Se ha conjugado en este pedacito de Caracas toda una serie de elementos que dieron al traste con este fenómeno cultural sin precedentes.

Nos dice Faride Mijares, excelente percusionista de memoria prodigiosa, que eso no es culpa de nadie y que no debemos sentirnos apenados por el descomunal orgullo de haber nacido, crecido y “vivir en Marín”.

Al Teatro Alameda vinieron La Sonora Matancera, Tintán, Marcelo, Viruta y Capulina, La Flaca Vitola, Tongolele, Tony Aguilar, Miguel Aceves Mejías, nos contó Alfredo Padilla. Pero después, el barrio fue anfitrión de otras luminarias de la música internacional como Jorge Millet, el grupo Borincuba, “Cheo” Feliciano, Eddie Palmieri, Giovanni Hidalgo, “Chucho” Valdés y el Irakere. Pit “El Conde” Rodríguez, Santos Colón, Ismael Miranda, Ángel “Cachete” Maldonado, Manu Chao y Mano Negra, Jun Ishibashi, La República Democrática del Mambo, el grupo Zumbao, entre otros.

## A manera de epílogo

Esta es una historia en plena construcción, pues cada día están surgiendo, por el despertar de la conciencia de nuestra fuerza como parroquia y alternativa unitaria y común, diversas iniciativas que multiplican este potencial hasta el infinito.

Pido perdón por los olvidos que he podido cometer. Quiero que este modesto esfuerzo se asuma como un intento de sumar, puesto que unido a futuras iniciativas podrá permitirnos acercarnos a nuestra historia local y dar un mayor impulso a las iniciativas y los proyectos que tienen planteados el barrio y la parroquia.

¡¡¡Unidad, unidad, unidad!!!

# Apéndice

## La negrita Zoila

Del matrimonio del capitán Diogracia Dejesús, afrodescendiente de origen trinitario, y Rosa Rivas, una hermosa india mirandina, nacieron Augusto y Zoila Encarnación. Diogracia, como dirían ahora, era “un negrito emprendedor”, de manera que los recuerdos de la infancia de Zoila incluyen un piano en casa, una guitarra y un violín. Nos referimos a la década de los años 20 del siglo pasado. Estos negritos no tocaban tambor, pero tenían mucho amor por la música.

Zoila estudió hasta tercer grado, pero desde niña amó la poesía y le gustaba recitar. Atesoró con mucha ternura, *Humor y amor* de Alquiles Nazoa y *Repertorio poético* de Luis Edgardo Ramírez. La letra de Zoila letra era preciosa y se sentía muy orgullosa de ella. Le gustaba escribir cartas y ya de adulta hasta las listas de las compras para el abasto que encargaba a Guy, Nené y Rico, era sin mácula ni faltas ortográficas, respetaba cada acento. Se horrorizaba ante un error.

La muerte del capitán Diogracia trajo consigo algunas consecuencias económicas, por lo que Zoila debió salir a ganarse la vida a muy temprana edad. Ya de 14 años estaba trabajando en una fábrica de camisas, la Cedalana, y tanto ella como su hermano Augusto se encargaron de los asuntos financieros de la casa y de doña Rosa, su madre.

Hasta que el amor de Vicente la conquistó para el matrimonio y fundaron una familia. Se conocieron en una rumba y la

rumba continuó después de casados, porque Guy (Luis padre), solo llegó tres años después de las nupcias. Excelentes bailarines ambos, eran los primeros en la lista de invitados de las fiestas de sus amigos. No tenían ninguna intención de imponer la música a sus críos, pero como en todos los hogares humildes de los barrios populares, había un radio de transistor que se encendía temprano en la mañana y pasaba de Continente a Rumbos, a Difusora Venezuela, a Caracas y a Capital. No dejaba de escuchar cada sábado *La historia de una canción*. Le gustaba rememorar algunas palabras del creole o patuá que heredó de su padre, *Ecole qua* especie de *Voilà qua*, para mostrar acuerdo apoyo o conclusión de un acto. *No comprend pas* se le oía decir en ocasiones. Su bondad quedaba al descubierto cuando decía: “La mejor venganza es hacer el bien a aquellos que te maltratan” y “si es para hablar mal de alguien, mejor mantén cerrada la boca”. Enseñó a su progenie la calma y la tranquilidad, decía que cada cosa tenía su momento, “lo mejor es lo que pasa” y aún “mejor es lo que vendrá”.

Buena vecina y amiga. Cada tarde, visitada por una u otra persona en busca de consuelo, consejo o simple compañía, allí estaba Zoila, que aún en la continuidad de las labores propias de su hogar, prestaba oídos a la charla que solicitaban sus visitas. Siguió con la costura de sus años mozos, en principio pegando botones, agarrando ruedos, zurciendo y remendando, pero poco a poco su fama como costurera trascendió su parroquia San Agustín y cada vez era más y más solicitada para hacer maravillas con sus manos. Pantalones, camisas, vestidos.

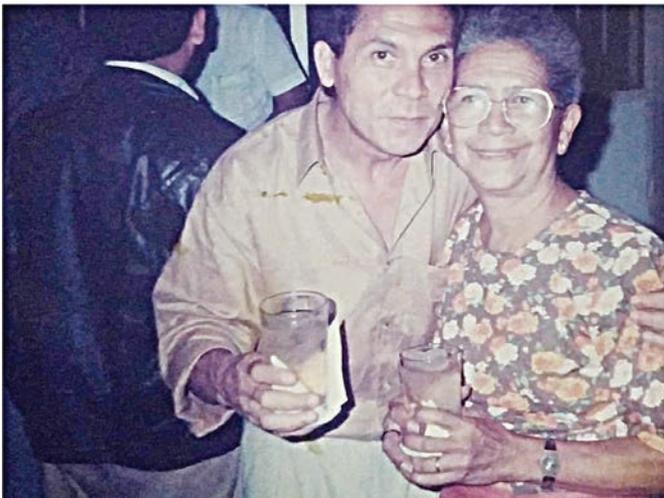
Reivindicaba su origen afro rememorando una anécdota que contaba su padre sobre un parlamentario afrodescendiente la primera vez que llegó a su curul. Otro de los parlamentarios asumió la voz de todos los demás que, sorprendidos, guardaron silencio a su llegada y dijo: “Se ha oscurecido el Parlamento”. Y la respuesta del afrodescendiente fue corta, contundente y tajante: “Pero brilla la inteligencia”.

A Zoila su madre le enseñó la importancia de la solidaridad y la organización comunitaria, pues ambas siempre formaron parte de cuanta iniciativa pro mejoras se proponía en Negro Primero, Marín arriba.

En los cumpleaños, Ricardo o Nené, guitarra en mano, la hacían cantar las guarachas y sones de Níco Saquito, la Orquesta Casino de la Playa o los boleros de Los Panchos, a dos voces con Vicente Quintero, su marido.

Su participación en un concierto público por primera vez fue a finales de los 80, en el Museo del Teclado con el Grupo Madera, al lado de su hijo mayor Luis Rafael Quintero Dejesús, padre de Luisito Quintero. Después de allí continuó cantando con Madera hasta bien avanzados los 90. Fue aplaudida en Venezuela, Colombia, Cuba, España, Francia y El Reino Unido. Participo en varios discos, festivales internacionales, emisiones de televisión y se puede encontrar incluso videos en Youtube de sus participaciones.

Zoila Encarnación Dejesús, la negrita Zoila, seguirá cantando, pues en una canción lo dijo una vez: "El final no llegará".



Rafael Quintero: "Mi madre y 'Pelón' Marrero, el fotógrafo del barrio".

## La Garantía

De niño yo creía que Talarico era un temible asesino, un matón redomado. La frase “a ese también lo mató Talarico” en boca de la señora Gilde y misia Prisca, cada vez que uno de los ya avanzados en edad, buhoneros o cargadores de madera de los aserraderos de la avenida Ruiz Pineda fallecía quién sabe por qué causa, resonaba en mis oídos y me planteaba preguntas que a esa edad, de tan alto vuelo imaginativo, se quedaban sin respuestas.

Talarico poseía una flamante bodega que, como bodega de barrio que se respetara, vendía de todo. Desde banditas para las heridas, hasta productos de tocador, pasando por pescado salado, golosinas para los pequeños y kerosén para cocinas. Yesqueros, anafres, hilos, botones, alpargatas, chinelas, también bebidas refrescantes y espirituosas, quesos, embutidos y pare usted de contar.

Recuerdo que cada vez que pasaba por el negocio de tan mentado matón, abría desmesuradamente los ojos, mirando hacia adentro, intentando descubrir en su rostro los rasgos que lo podían caracterizar como un gran criminal. Además, cómo era posible que siendo *vox populi* que se había cargado a tanta gente, pudiera estar allí tan campante, que ni siquiera lo hubiesen metido por unos días aunque fuera, en la Jefatura Civil de la parroquia, que para esos días estaba en la antigua sede de la Seguridad Nacional, el mayor símbolo del terror perezjime-nista, pocos años antes depuesto. Pero no, nunca fue preso y siempre estaba allí en su negocio, con cara de jamás haber roto un plato.

Cuando crecí un poquito abrigaba todavía la idea de descubrir cuál era la maldad del sujeto. A veces mis padres me enviaban a comprar, entre otras cosas, una carterita de cocuy o de ron. No me quedaba más remedio que enfrentar al monstruo

asesino de señores mayores. Trataba de tenerlo todo preparado, de manera que entrar en ese establecimiento implicara el menor tiempo posible.

Era un gigantón blanco, de facciones un tanto simiescas y un bigotito finito como hecho a creyón delineándole la boca de forma bastante chistosa. Yo tenía el cuidado de no reírme en su cara. Nunca había escuchado que hubiese asesinado a ningún niño, pero con los asesinos uno no sabe, siempre puede haber una primera vez.

Mi mirada expectante lo seguía en cada tranco que daba para atenderme, para que no me tomara por sorpresa. Si había mucha gente comprando, nunca quería quedarme de último, por lo que insistía varias veces, alzando la voz para que los mayores que allí estaban comprando también me cedieran el turno y poder escapar ileso de esta nueva aventura en que la vida me colocaba.

El tipo se movía con agilidad felina detrás del mostrador; iba y venía cuando cualquier ama de casa le hacía las compras del día o de la semana. Tres atunes, una panela de jabón las llaves, un cuarto e' kilo de queso blanco para rallar, un Brylcreem, dos diablitos, tres kilos de harina pan, un papelón, un cuarto de café y una "peisicola" grande.

Siempre me parecía extraño ver gente tan blanca como él en una zona donde la mayoría éramos más bien morenos y aindios, por eso lo calificábamos con el mote de "musiú".

Comprendí años después que no los mataba directamente ni destajándolos ni disparándoles a quemarropa ni tampoco quemándolos, cosa que estuvo de moda en aquellos tiempos de mi infancia por la calle en la que vivía. En un período menor a dos años fueron tres las personas que por motivos pasionales pusieron fin a su existencia por el método de rociarse un líquido inflamable y luego convertirse en pira humana. Éramos una tromba de infantes a quienes nos parecía horripilante esa manera de perder la vida. De allí que los padres aprovechaban para

meternos miedo y hacernos obedecer mansamente, evitando que jugáramos hasta muy tarde. Nos decían que en la oscuridad de la noche se veía a las almas de estas personas iluminando la penumbra, con las mismas llamas que les hicieran perder la vida.

Pero volviendo al mentado asesino, su estilo distaba mucho de ser el que usaban en las películas del oeste o el que investigaban los detectives de los canales de esa época, Televisa, Radio Caracas Televisión y el Canal 13, *77 Sunse Strep*, *Maverick*, *El investigador submarino* y otros. Cómo era posible, si en esas series se descubrían los crímenes más intrincados. Aquí Talarico gozaba de la mayor impunidad. Y no era de ninguna forma que yo estuviera de acuerdo con la policía o con el gobierno, porque para nada nos parecía bueno a los muchachos del barrio, tener que dormir en el piso cuando los adecos y la Sotopol comenzaban a disparar a diestra y siniestra contra nuestras humildes moradas, diseminadas por todos los cerros, y después los allanamientos del ejército, buscando armas y a los jóvenes comunistas, casa por casa. “Disparen primero y averigüen después”, decía Carlos Andrés, el ministro policía del gobierno de AD. Eso era plomo parejo.

La Garantía, el abasto de Juan Talarico, poseía una licencia para la venta de licores y vendía barato. Más vale vender mucho a más bajo precio que con alta ganancia pero poco. Tenía abastecidos a todos los adictos a la caña clara, anís, ron, vino pasita, canelita, y por supuesto miche andino Motatán y cocuy Lara.

El abasto La Garantía era la causa que diezmaba a la población adicta al consumo irrestricto de alcohol. Jamás lo ocultó, pero era la gente que compraba, por propia voluntad, su sabroso veneno. Creció así el número de muertos por la mano de Talarico y mi terror por ese que mató a tantos y tantos en mi barrio.

Los borrachines trabajaban a destajo en los negocios de la avenida Leonardo Ruiz Pineda, con cuya pírrica paga podían

comprar el litro de caña clara. Se trataba de descargar los camiones con la madera del día. De la cantidad de camiones dependían las botellas de “lavagallo” que consumían.

En oportunidades no había madera que acarrear, por lo que había que, o pedir a todo el que pasara una módica colaboración o buscar emplearse en cualquier actividad que permitiera los chécheres para el vicio. Desde hacer las compras a una ama de casa o esperar a las puertas del mercado o abasto a que quienes acababan de adquirir lo necesario para ellos y su familia, solicitaran ayuda para llevar sus productos hasta la casa, donde podrían brindarle algo de comer y beber, además de algún pago en metálico. Otros trabajaban de albañiles en la construcción de la autopista Francisco Fajardo u otras obras que se estaban desarrollando en los alrededores.

Recuerdo con tristeza el espectáculo de hombres y mujeres rendidos al consumo, víctimas de la desidia, chapaleando en la calle entre sus propias miserias. Se formaban clanes o cofradías de tomadores y una extraña solidaridad para compartir el tan apreciado y dañino líquido de la caña de azúcar fermentada y destilada. Después venía no saber nada de sí ni de los otros, hasta que pasara el temporal y regresaran de ese limbo al que los efluvios de Baco los transportaba.

En México, quizá sea en todo el país, pero sé del DF, hay una bebida llamada pulque, muy barata, con efectos abrasivos en virtud del grado alcohólico que posee. Me cuenta Nené, mi hermano, que es una especie de ponche como el que solían a veces vender en Marín. Temprano en la mañana, cada día, en forma ritual, una fila de lugareños esperan organizados en fila, que el expendedor de pulque llegue a proporcionarles la ración que para ese día habrá de satisfacer a todo aquel que quiera y pueda pagar su “bienestar”.

Puede ser quizás una herencia indígena que se enseñorea en nuestra memoria colectiva, recordando esas borracheras deci-

monónicas con maíz fermentado, que los caribes, chibchas y timotocúicas asumían cuando estaban de parranda.

Hay también en el oeste de Caracas un establecimiento que tiene una bien ganada reputación en el expendio, no sé si ya será legal, es alguien aventajado en la química de los licores que prepara delicias de sabores disímiles, que comúnmente denominan guarapita, y que en la Facultad de Ciencias de la UCV, los panas del KR (KopusRon) apelaron “agua loca”. Las hay de piñita, guayaba, fresa, patilla, mango, granadina, canela, guanábana, durazno, etcétera.

No sé qué parentesco tenga este señor del oeste caraqueño con Talarico; no obstante, le llaman “El Médico Asesino”. ¿Por qué será?

Ya de mayor, con casi 43 años, participé en un acto que se estaba realizando en la avenida Ruiz Pineda, y en un receso me fui con Pablo Martínez, cantante, autor y compositor muy conocido en la “parroquia La Garantía”. Allí nos encontramos con los panas de siempre, cervezas iban y venían mientras hablábamos de política y música, de poesía y mujeres. Me tarareó sus últimas canciones y repasamos las que compusimos juntos y nos grabó Son Marín. Alguien de tanto en tanto sacaba la botella de ron, otro que pasaba nos brindaba un coñacito de caña clara o Blanca Rosa Gil. Algunas horas después llegué a casa “vuelto chicha”. Nos tomamos hasta el agua de los floreros. En tertulias como esas jamás sobra una cerveza, y algunos tienen un ritmo temerario para el deporte de empinar el codo, de modo que para ponerte a tono, el esfuerzo debe ser arduo. Mi estado era quizá fácilmente observable para cualquier espectador. Pablo me acompañó hasta cerca de Parque Carabobo; llegué solo hasta las Residencias Río Caribe en La Candelaria donde vivía para ese entonces. Irma, mi esp osa, me encontró fuera de casa, en el pasillo del piso catorce, sentado en las escaleras, sin camisa y dormido, no

tenía llave o sí, pero no pude abrir la puerta. Cierto es que esa noche pude haber sido otra de las víctimas de Talarico y La Garantía.

Talarico batió el récord de los enviados al cielo, al purgatorio y al mismo infierno, así como en la venta del alcohol, pero un dato curioso y además absolutamente importante, es que en su vida jamás probó ninguna bebida alcoholizada, era abstemio, solo tomaba agua.

### **Como recuerdo a Ricardo**

La primera frase que se me viene a la mente es Ricardo Corazón de León. Un guerrero infatigable de carácter indomable, valiente, humilde, solidario, amigo, reactivo, creativo. Solo estudió hasta sexto grado, pero le encantaba la lectura. Por ello se interesó en escribir canciones, y algunas de ellas se han destacado por el lirismo y la bella melodía. “Compañeros”, “Canto al mañana”, “Vamos a reír un poco”, “Tiene saoco”, solo por citar algunas.

Tratando de emularlo, decidí escribir canciones. Más que un hermano, fuimos camaradas. Se incorporó a la política alentado por mi militancia. Tenía dotes para el dibujo, lo cual funcionaba muy bien para la propaganda y cumplía sus tareas con alborozo.

No se envaneció jamás del talento que poseía. Por el contrario, su conocimiento musical, político, cultural, lo compartía sin resquemor ni duda. Compartía sin tapujos con cualquiera que lo requería, en la calle, la casa o el trabajo.

Ricardo era un gaitero y fundó con sus hermanos y amigos del barrio un grupo mítico, Los Gaitétricos, del cual era director y su principal autor compositor. Se rumorea que escribió cerca de 200 gaitas. Y este grupo llegó a ganar durante varios

años el primer lugar como grupo navideño en diversos concursos nacionales y regionales. Decía Ricardo...

Canto para que la gente sepa lo que siento,  
canto para que la vida tenga una razón,  
el canto debe ser arma de usar en la lucha  
porque su canto lo escucha el que va a luchar.

Tuvo participación destacada en El Trabuco Venezolano, especie de Todos Estrellas venezolano, grabando tres de sus canciones y a la vez cantándolas. Señalar cabe también, el arreglo que hiciera nuestro ilustre Alberto Naranjo (director del Trabuco) para una emisión televisiva de su canción para el Grupo Madera, “Compañeros”.

En el Grupo Madera, donde tocaba el tres, cantaba y componía, también se destacó, pues esa canción es una de las más escuchadas e interpretadas en los 40 años que tienen de existencia. Sin detenernos en “Vamos a reir un poco”, que ya es historia conocida.

Cómo recuerdo a mi hermano Ricardo? Como un extraordinario ser humano. Como en la canción escrita por él homenajeando a Ricardo Aguirre, diremos siempre:

*Ricardo, tú serás inolvidable y tu grey se convierte en oración.*

## **Jesús Alfredo Quintero Dejesús**

Hablaba poco, no lo necesitaba, la expresión de su rostro todo lo comunicaba. Mi madre decía que era de tan bellas facciones que sus amigas le aconsejaban llevarlo a hacer los comerciales de las computas y los perfumes para bebés. Hace unos años rodó por allí una foto suya tratada con algún programa para modificación de imágenes (GIMP, Photoshop, ImageMagick, etcétera), representando a Cristo.

Donde llegaba, sin él quererlo ni imaginarlo, las chicas se quedaban perdidamente enamoradas y él ni pendiente. No se percataba. Aún seguimos recogiendo los vidrios.

Artista sin ningún esfuerzo y sin ninguna pretensión. Se inició en el conjunto de gaitas Los Gaitétricos tocando el furruco, con apenas 12 años, pasó a la tambora de gaita, ¡ah!, y no he visto jamás a otro tamborero de gaita tan preciso, tan suelto y con tanto *swing*. Vino el cuatro, después el bajo, luego la guitarra, más tarde el piano. Infatigable, indetenible, guitarrón, charango y especialmente la percusión, tambores venezolanos, aparte de timbal, conga, bongó y los tres tambores batá.

Un don especial para el dibujo, como Ricardo y Nené. Chu se incorpora a la política con Cheo, Chely, los Chamorro, etcétera, cuando el centro Simón Bolívar pretendía desalojar la parte sur de San Agustín. De allí pasa al Grupo Cultural Propatria con Daniel y Dominguín, entre otros.

Paralelamente a esto, trabaja profesionalmente con Los Dementes en su segunda etapa, Porfi Jiménez, Vytas Brenner y La Ofrenda, y múltiples grabaciones de publicidad para radio, cine y televisión.

Por su tranquilidad y paciencia, los echadores de broma del Madera le decían “Monseñor”. Hablando de eso, de vuestra paciencia no debo abusar, aunque podría seguir horas relatando esta admiración y este amor por “Chu Zen”..., así le decía Vytas.

## **Cronología para un eterno comienzo**

Sorangel Ramos realiza la siguiente cronología, la cual le agradezco infinitamente:

- 1981, se inicia Son Marín. Cantantes: Jesús "El Pure" Blanco, Pablo Martínez y Luciano Reyes; metales: Jorge Rondón (flauta), Eliel Rivero (trombón); percusión:

- Renis Mendoza (congas), José Luis Mendoza (bongó), Arnaldo Blanco (tres) y Enrique Palacios (bajo).
- 1983, se incorporan Gonzalo Martínez, Miriam Rodríguez, Jhonny García (Guapachá hijo), Fidel Martínez (bongó), Carlos Carballo (tres) y Luis "Mimi" Moreno (bajo).
  - 1984, se incorporan Simón Blanco (tres) y Gilberto "Sandro" Morales (guitarra).
  - 1985, Jesús "Paicosa" Guzmán (guitarra) y Cocoa (trompeta).
  - 1986, graban su primer disco. Entra Yúber Ramírez.
  - 1989, graban su segundo disco. Se incorporan Carlos Francia (flauta) y Rafael Palacios (trombón).



Roberto, Luisito, Luis y Rafael Quintero.  
Festival Toros y Salsa con la orquesta Diablosón Dax-Francia.  
Septiembre, 2011.

**Marsella, 27 de noviembre de 2001**

*Fe será siempre nuestro ideal  
y alegría en los corazones.*

Quiero saludarles con gran cariño.

Me da un gusto enorme saber que me estoy dirigiendo a todos aquellos que continúan vinculados, de una u otra forma, a ese rincón de nuestra alma de niños que las hermanas Resu (de Resurrección), Joaquina, Jesusa y algunas otras que ahora se escapan de la memoria, forjaron para siempre en cada uno de nosotros.

Ha pasado una cantidad considerable de años desde que por primera vez entré a un aula de clase y desde que dije mis primeras lecciones de “TATARITA” viendo al tipo con la corneta en el afiche que representaba a la T.

Soy uno más de toda la gran cantidad de hombres y mujeres formados en ese ambiente de cariño y comprensión, de solidaridad y cooperación que se institucionalizó en la Fila de Marín cuando llegaron las monjitas, las hermanas Carmelitas de la Caridad. Desde ese entonces hasta hoy las cosas han cambiado bastante.

Los enemigos a vencer en aquellos tiempos eran el alcohol y la ignorancia. Hoy siguen siendo ambos, pero se les han unido algunos otros con los cuales es aún más difícil lidiar, como la piedra y la coca con las secuelas que por añadidura debemos asumir.

En aquel entonces, la escuela era un espacio del cual éramos parte y ella también era parte de nosotros. Recuerdo con orgullo las jornadas de limpieza donde por espacio de varios días consecutivos, todos los alumnos, junto con algunos padres y también las hermanas más fuertes, nos avocábamos a cortar la hierba de los alrededores y a amontonarla con la basura y los escombros.

Llegábamos a casa por la tarde cansados, pero con un orgullo que se nos notaba en el rostro por estar contribuyendo con nues-

tra escuela. Cada año debíamos lijar y pintar nuestro pupitre, y cada uno quería tener el más bonito de los pupitres de la clase.

Había mística en cada hecho de la cotidianidad.

En Fe y Alegría aprendimos a tener amigos, a ser disciplinados y a creer. Nuestra enseñanza cristiana fue la que nos permitió más tarde comprender que había que aspirar a un mundo mejor y a luchar por obtenerlo.

Cada tarde de catecismo implicaba un punto más en la comprensión de la historia. Las narraciones de la hermana Resu nos hicieron amantes de la literatura. Las maestras Edda, Aracelis y Demetria prepararon nuestra mente para el rigor de las ciencias y nos hicieron amar la Química y la Biología.

Más tarde, también estando en la escuela, despertó en nosotros el inevitable gusto por la compañerita y el compañerito. ¿Quién dice que se olvida la primera novia?

Tendríamos que contarnos para poder saber dónde han ido a parar tantos y tantos compañeros del colegio. Desafortunadamente una no desestimable parte de ellos ha regado alguna esquina con su sangre y se han marchado víctimas de la violencia que cada vez es más general en la parroquia, el país y el mundo entero.

No obstante, puedo asegurar que somos más los que hemos sabido continuar incólumes ante tanto aspaviento y hemos seguido un norte. Puedo citar unos cuantos nombres y apellidos de exalumnos que quizás están ahora en esta reunión, como Edita y Mercedes Vernal, Yasmira, Reina, Olivares, Suilma, Adonis Medina, Cristóbal Liendo, Carlos Crespo, Alberto Torres, Carlina y Cucho, Galarraga, Felipe y Casinga Gil, Pablo Pacheco, Daniel y Manuel Miranda, solo por decir algunos.

¿Ustedes recuerdan el uniforme? Pantalón azul, preferiblemente, y la franela blanca con las letras en rojo y azul, los varones. Las niñas ese magnífico vestido de cuadritos verdes y blanco.

Algunos de nosotros jamás logramos de verdad despegarnos de la escuela. Por una u otra razón siempre volvíamos; a jugar

básquet, a realizar cursos de reparación, a reuniones político-sociales, a vender los infaltables boletos de la rifa anual de toda la organización Fe y Alegría y después, por simple y sencilla nostalgia.

En aquel entonces no sabíamos cuán cerca estábamos de la felicidad y cuánto habría de faltarnos después al evocar los panes con mantequilla y azúcar que nos daban las hermanas cuando nos premiaban por alguna buena acción extracátedra.

El olor a tierra mojada cuando llovía y salíamos en tromba a salpicarnos unos a otros con el lodo que se formaba con el “agua de aguacero”. El vaso de leche obligatorio, que es hoy cuando llegamos a comprender que el esmero de las monjas en darnos ese bebedizo con sabor a mala medicina era para combatir un poco nuestra malnutrición y la imposibilidad de tenernos a todos en el comedor.

Aquí comencé con mis hermanos Chu y Rico a cantar y a ser aplaudido por mis compañeros en las misas de aguinaldo, en las excursiones y misas de domingo. De aquí me llené de nostalgias de tantos y tantos años de habitar el recuerdo.

Casi con lágrimas en los ojos, sé finalmente que el Colegio Don Pedro es como una gran madre, y su cordón umbilical nos tiene unidos a ella, aferrados con un lazo que va directo al corazón.

Me gustaría poder estar allí ahora y como las dos últimas oportunidades en que nos reunimos, una vez en el 85 y después en el 95, festejar haber tenido un plantel, unas monjas, unas maestras y unos compañeros de clase como todos y cada uno de ustedes.

Muchas gracias.

Rafael Quintero

# Dos entrevistas

## **ENTREVISTA A MAURICIO SILVA FESTIVAL DE DAX Por Rafael Quintero**

**Conocemos a Mauricio Silva el trombonista, el compositor, el pianista, el cantante. ¿Quién es Mauricio Silva?**

Mauricio Silva es un buscador de, cómo te explicaría... alguien que busca algo en la música y que por treinta años ha estado buscando, buscando, buscando, pero esto es una búsqueda extraordinaria, porque la música no tiene fronteras. Es como el universo, que uno puede llegar a la Luna, a Marte, a Júpiter pero ahí no termina el universo, eso sigue, es infinito, la música es así. Y lo que he hecho durante estos treinta años que llevo en la música me gusta, pero siento que todavía me falta mucho; es así.

**¿Puedes hacernos un pequeño resumen de tu historia musical?**

Cómo no. Sí. Empecé en la música, digo que por tres razones. La primera razón es porque la llevo en la sangre; porque mi abuelo, mi tío, mi papá fueron músicos y lo heredé de ellos. Segundo, porque me gusta, porque hay hijos de esa descendencia que no fueron músicos; o sea, a lo mejor no les gustaba la música, les gustaba otra cosa, pero a mí me gustaba la música. Y tercero, porque no solamente me gustaba sino que me puse

a estudiar música, de hecho estudié con tu hermana, ¿no? Con Rosalía, y soy un estudioso de la música porque la música también es como el universo, infinito. Uno puede aprender, pero siempre hay algo nuevo que hay que aprender, y en estilos, en formas musicales eso está cambiando siempre. Porque esa es la evolución de la música. Y quizás la salsa como se hacía en los años 60, aunque era muy buena, ahora hay otro tipo de salsa, entonces uno siempre va evolucionando en eso y sigues creciendo, no puedes decir que ya sabes todo y sigues creciendo y, bueno, seguimos, seguimos.

### **¿Después de que Milano te dio tu título de músico, qué hiciste?**

Daniel Milano, padre. Nada, seguí estudiando. Después estudié con Alberto Naranjo, con Carlo Franzetti, con Danilo Pérez de Panamá y sigo estudiando. De hecho, ahora tengo un hijo de 16 años que tiene muchas más conexiones como músico que yo; y siento que lo que yo sé es poco al lado de lo que le puedo enseñar; entonces le puedo enseñar lo que sé, pero lo voy a remitir a grandes maestros para que siga creciendo porque el muchacho tiene muchas más conexiones de las que yo he tenido en mi carrera.

### **De La Crítica a Anabacoa, de ahí a Silva y Guerra, después Mauricio Silva. ¿Por qué nunca un proyecto duradero como Ponceña o El Gran Combo?**

Eso depende del sitio donde uno esté. Por ejemplo, yo agradezco mucho a Oscar D'León el hecho de que no quedé como pianista de su orquesta una vez separado de la Dimensión Latina. Pues él me llamó para dirigir La Crítica porque vio en mí algo. Y ahí pude desarrollarme, dar mis primeros pasos como pianista, arreglista y compositor. Esa fue mi escuela, pude componer algunos temas, entre los que se destaca "Se necesita rum-

bero” que grabó el propio Oscar D’León, y ahora, claro, yo oigo esos arreglos y eran arreglos de principiantes, ¿no? Pero, bueno, más o menos estaba aprendiendo. Fue una escuela.

### **¡Menos mal que era principiante!, un tema que le ha dado la vuelta al mundo...**

Sí, y bueno, Anabacoa fue una orquesta que estando yo con La Crítica quise aprender a tocar trombón inspirado por un maestro, para mí es un maestro, el señor William Puchi, con quien, por cierto, ahora estoy tocando en Dimensión Latina. Quise aprender a tocar trombón, aparte del piano que ya tocaba y Anabacoa sirvió para drenar ese deseo. Estando con Anabacoa sucedió algo muy lamentable que fue la tragedia del Grupo Madera, que nos afectó a muchos, y tú eres uno de los afectados por esa tragedia, y compuse el tema “Canto al Madera” que grabó uno de los sobrevivientes, el señor Carlos Daniel, y convirtió en un *hit*.

Después Alberto Naranjo escuchó el trabajo que hicimos con Anabacoa y me llamó para grabar con el Trabuco Venezolano siendo un muchacho de 18 años. Pude grabar tres temas exitosos con el Trabuco. Monté los tres trombones de la sección de vientos y esos temas fueron: “La música”, cantada por Moisés Dabuaterre un tema del Grupo Mango, orquestado por Alberto Naranjo; el otro tema fue “Tres Días” de Irakere, versionado por Alberto Naranjo para el Trabuco, cantado por Carlos Daniel, y el otro tema era como un bolero cantado por Moisés Dabuaterre, llamado “Siempre te vas por las tardes” o “Siempre te vas en las tardes”, algo así. Y a partir de ese momento se me abrieron puertas como arreglista, como pianista y como trombonista, algo que estaba buscando, y gracias a estar en el momento adecuado con el tema adecuado, se me abrieron muchas puertas. En Venezuela hablar de Alberto Naranjo, por ejemplo, en aquel momento era el director del Trabuco Vene-

zolano, una orquesta donde mucha gente quería estar porque era como la Fania All Star pero de Venezuela, y yo pude lograrlo en mi juventud, o sea que también estudié con él armonía, y me dio esa oportunidad y agradezco mucho esas enseñanzas. Fíjate que las he aplicado en mi vida.

Después tuve la oportunidad de conformar una orquesta muy exitosa junto a Manuel Guerra que fue Salsa, Silva y Guerra, que después paso a ser solamente Silva y Guerra con la que pegamos temas como “Te haré feliz”, “Debe ser el amor”, etcétera. Todavía viajo mucho, por ejemplo, a Panamá a cantar esos temas de Silva y Guerra porque pegaron muchísimo, quedaron como éxitos de siempre, como estándar y la gente la canta. Después me separé de Manuel e hice mi orquesta Mauricio Silva y su Orquesta, y sonaron muy bien temas como “¿Por qué es tan cruel el amor?”, “Mía”, “Me faltas tú”, entre otros. Después de un tiempo se agotó el mercado y seguí en lo mío que es la música como productor, arreglista, y actualmente soy trombonista, arreglista y canto también algunos temas con la Dimensión Latina.

### **Algunos por ahí dicen Dimensión Latina o Dimensión Lardilla. ¿Salsa para comer?**

Bueno, lo que pasa es que la Dimensión Latina ha tenido etapas. Todos sabemos que la Dimensión Latina en los años 70 fue un *boom*, un *hit* con Oscar D’León que dejó maravillado al mundo con su forma de *sonear* y de cantar y los temas muy comerciales, los arreglos; luego tuvo la época de Andy Montañez, de Argenis Carruyo, que también siguió siendo exitosa; pero después vino como un bajón. Y el hecho de que yo esté aquí hablando contigo en Francia, en Dax, siendo músico de la Dimensión Latina, honestamente quiere decir que la Dimensión Latina para mí es una orquesta que respeto mucho y a sus integrantes originales como el gordo César Monjes, Jo-

seíto Rodríguez, el mismo Oscar D'León, el difunto “Chuító” Narváez, que en paz descanse, el señor Pacheco en las congas y bueno, el mismo Argenis Carruyo. Lamentablemente, no es una cosa en la cual yo tenga incumbencia, la orquesta ha pasado de unas manos a otras en la dirección en cuanto a la propiedad; yo estoy tocando junto a William Puchi, junto a Alfredo Padilla en una nueva Dimensión Latina y hemos hecho algún trabajo nuevo, he compuesto algunas canciones que ustedes a lo mejor no han escuchado en la nueva etapa de la Dimensión, como por ejemplo “Ayer murió nuestro amor”, “Un son pa'l bailador” y, más recientemente, un tema llamado “Mi realidad”, que si no lo han escuchado, puedo hacértelo llegar por Internet, y han pegado muy bien en Venezuela, en la nueva etapa de la Dimensión Latina. Lo que pasa es que quizás la Dimensión Latina ha tenido problemas entre los miembros originales y el nuevo dueño, pero pasando eso por alto, cosa en la que yo, repito, no tengo incumbencia y tengo mucho respeto por los integrantes originales, seguimos haciendo buena música latina pa'l bailador.

**Yo tuve la oportunidad de ver a la Dimensión Latina allá en Camurí Chico, y eso fue apoteósico, me sentí regocijado al ver el trabajo que hicieron. ¿La dictadura del tirano ha restringido el espacio cultural y musical en Venezuela?**

Me tendrías que explicar quién es el tirano.

**Chávez.**

No, al contrario. Ahora estamos tocando más que antes.

**Explicame eso.**

Sí, porque se ha dado apoyo a la música latina de verdad, tenemos que reconocer eso, sin entrar en política, porque no es la parte donde yo mejor me desenvuelvo puesto que soy músico.

**Ya lo dijiste todo, no te preocupes.**

Sí, pero de verdad se ha dado apoyo a la música venezolana, a la música latina. Y nosotros, digo sinceramente, la Dimensión Latina ahora mismo, sin ser mezquino ni prepotente, es la orquesta que más trabaja en Venezuela.

**Ya me respondiste todo lo que quería saber. Ahora bien, ¿Madera original, Madera actual o los ex buscando un cachito para volver a guisar en un espacio que abandonaron?**

A mí me llamó..., bueno, ellos se hacen llamar el Madera original, está Carlos Daniel, Nelly Ramos, y me pidieron hacer un Teresa Carreño, que es un teatro importante en Venezuela. Y lo hicimos, pude hacer algunos arreglos. Sin embargo, te puedo decir que mi sobrino, a quien amo y quiero mucho, hijo de mi hermano que murió, Josué Silva, él toca con el otro Madera; o sea que...

**¿Cuál Madera es ese?**

Harold Josué toca con el Madera que tiene...

**¿El Madera actual?**

Sí, y no es que toco con el Madera. Cuando puedo voy a un concierto como director general y trombonista, y que les hice algunos arreglos para la presentación. Eso es todo lo que te puedo decir respecto al Madera. Y que siempre fui admirador del Madera que todos conocimos, donde estaba Juan Ramón, donde estaba tu hermano Ricardo, Chu, y te puedo decir con toda la honestidad del mundo que esa muerte yo la lloré con lágrimas y lágrimas porque los que se fueron el 15 de agosto de 1980 fueron mis *brothers*, mis hermanos a quienes yo amaba y quería. Y es un vacío profundo que dejó en el corazón de sus familiares y de la gente que los queríamos. Y pienso que, como yo hice la canción del “Canto al Madera” que grabó Carlos Daniel, se siguió sembrando un árbol para

que siguiera creciendo esa Madera original, que ellos sembraron en los años 70 y 80, esa música, ese estilo, esa semilla.

**¿Tú sabes que a mí no me gusta escuchar esa canción?**

Imagino que te trae recuerdos.

**Me encanta, pero cada vez que la escucho se me pone la piel de gallina.**

Sí, entiendo.

**¿Qué significa el barrio Marín y qué influencia tiene para ti como músico y como persona?**

Mucha. Primero, me crié en San Agustín aunque no soy de Marín, crecí entre La Ceiba y Hornos de Cal, que son dos barrios vecinos de Marín. Recuerdo mucho algunas cosas de la infancia. Algunas veces iba a Marín y estaba ensayando un grupo que se llamaba “Mon” Carrillo y su Sexteto, y yo me asomaba por la ventana porque no los conocía, pero gozaba viendo el ensayo de esa orquesta. Y de ahí nacieron mis ganas de ser músico, quería tocar salsa. Entonces, con las facilidades de que mi papá era músico y que en la casa había un piano, me ponía a tratar de sacar montuno y melodías en el piano, y lo demás es historia...

**¿Eso no lo sabe “Mon” Carillo?**

Creo que no porque no lo vi más nunca, pero todas esas cosas influyeron en mi vida para ser lo que soy hoy, que es vivir de la música.

**¿Qué recuerdos puedes evocar del Grupo Tres?**

El Grupo Tres fue un grupo que grabó mi tío Rafael Silva, que en los años 70 era el trombonista número uno de Venezuela. Él acompañaba a todos los artistas internacionales, hacía la mayoría de las grabaciones. Hizo un grupo de salsa llamado Grupo

Tres, donde entre otros estaba “Chu” Quintero, mi hermano Daniel Silva debutando como bajista; aunque yo nunca toqué con el Grupo Tres, recuerdo un tema que se llamaba “El Tres” y se destacaba un solo de tres. Recuerdo que el tresista de La Guaira se llamaba o se llama William y dice el coro: “Si William puntea el tres, yo bailo mucho mejor”, y ese era el tema promocional del grupo.

### **Luis Quintero también tocaba el timbal.**

Ah, claro, tu hermano Luis era el timbalero de ese grupo, sí, es verdad. Y recuerdo que en aquella época mi tío, cuando el disco estuvo listo y recibió el primero, se fue para la casa de nosotros allá en Los Hornos de Cal para ponerlo en el *pick up*, ¿te acuerdas? Y llegó así como de madrugada a la casa y todos nos levantamos y nos pusimos a escuchar el disco del Grupo Tres. Entonces me gustó mucho el hecho de que mi tío Rafael Silva estaba presentándonos su disco con su propia agrupación, donde se destacaba ese tema promocional “El Tres” y que mi hermano Daniel por primera vez participaba en una grabación profesional. Excelentes recuerdos.

### **¿Qué edad tenía Daniel? ¿12 años?**

No, entre 10 y 16 años.

### **Esta es una entrevista que va para Cali.**

¡Ah, qué bueno!

### **¿Podrías mandarles un saludo a todos los caleños y las caleñas?**

Cali para es especial mí. Te digo por qué. Primero porque la primera vez que viajé al exterior de Venezuela fue a una feria de Cali. Tenía 17 años y fui a una caseta, no se me olvida el nombre la caseta: Toro Sentado. Ahí estaba alternando una orquesta de Nueva York con alguna orquesta colombiana, y yo

fui a tocar con el Sexteto Juventud, pero como pianista, porque ya el Sexteto Juventud tenía trombón y trompeta. Era ya una orquesta.

**Ya no era sexteto.**

Exacto. Y hasta me enamoré en Cali, allá tuve una novia. La orquesta se vino y yo me quedé porque estaba enamorado. Porque las caleñas son como las flores, como decía Piper Pimienta en una canción que pegó hace muchos años. Entonces te digo que Cali es especial. Después mi hermano tocó con el Grupo Niche, que es de Cali, yo grabé allá con ellos un tema de Alberto Barros, que para ese entonces vivía en Cali, llamado “No aparentes lo que no sientes”; es decir, tengo mucha conexión con Cali. Tengo amigos en Cali y amo a Cali, así que un saludo a todos mis amigos caleños de parte de Mauricio Silva, ¡con furia!

**Gracias, Mauricio, un abrazo.**

Gracias a ti.

## ENTREVISTA A RAFAEL QUINTERO

Por Alba Marina González

**¿Si te menciono la palabra rumba, qué es lo primero que te viene a la mente?**

Para mí la palabra está asociada a mí mismo, a mi familia, a mi entorno más cercano desde mis recuerdos más remotos de la infancia, pasando por la juventud hasta esta época de adulto y creo que a futuro. No es una palabra, es un sentimiento, es la vida misma.

**¿Cómo fue tu vivencia rumbera en Caracas? Es decir, ¿en qué tiempo la ubicas, qué cosas recuerdas emblemáticamente, ha sido herencia o simple gusto personal?**

De niño. Los grupos musicales en los cuales mis hermanos participaban. Soy el menor de los varones, de manera que ellos arreaban conmigo a cuanto ensayo o función era posible. Recuerdo grupos de ese entonces, quizás a mis cuatro o cinco años, Perlas Antillanas, el Grupo de Montezuma, Frank y su Tribu, Los Gaitétricos, Los Navideños. Mis padres también eran rumberos. Contaba Zoila que con Vicente eran los que más bailaban en las fiestas y que la gente los separaba para bailar con ellos porque querían disfrutar de su ritmo, tanto ellas como ellos y si continuaban todo el tiempo juntos, pues sencillamente no se podía. Era también un privilegio vivir en un barrio (Negro Primero, Marín, San Agustín del Sur) donde se escuchaba música fuera de casa, en diferentes espacios. El señor Inginio, María la de los perros, en la casa de la Sra. Santiago. Cada mediodía, La hora de la salsa de Phidias, se escuchaba en cada casa de toda la parroquia. Cuando venía de la escuela, la escuchaba casi sin quererlo por la calle.

**¿Cómo se celebraban las fiestas de Carnaval? ¿Desde cuándo se preparaban, cuánto duraba la celebración, cuándo y cómo se elegía la reina de Carnaval, había una ruta específica para**

## **el desfile de la reina y las carrozas, cómo y dónde se desarrollaban los conciertos?**

Desde la finalización de la fiesta de Reyes el 6 y 7 de enero, se empezaba a pensar en el Carnaval en cada calle del barrio. Cada líder de la comunidad asumía como un deber preparar la alegría de tener una reina y comenzaba a verse quienes habrían de ser las candidatas. Lista ya la elección de la reina y recogida la participación económica con una perolita, principalmente para comprar refrescos para la chiquillería, se procedía a declarar oficialmente la apertura de la fiesta en cada calle. Eso era música desde el sábado de Carnaval, incluyendo domingo, lunes y martes. Para luego retomarlo en algunos casos de viernes a domingo, pues el siguiente sábado era la octavita, eran entonces casi ocho días de fiesta.

Hay que diferenciar dos tipos de celebración. Había una fiesta organizada desde la Jefatura Civil de la parroquia y la Gobernación de Caracas por un lado, y por el otro, la que las diferentes entidades espontáneas u organizadas arreglaban para estar a la altura de una fecha como esa. En el espacio que después se llamó El Afinque de Marín había una tradición de celebración desde que tengo uso de razón. Por lo que también allí había presentación de conjuntos de diversos tipos, siendo los más esperados aquellos que expresaban en su ritmo la sabrosura de la música antillana o caribeña. La reina del sector o de la parroquia era elegida en la presentación de todas las candidatas aproximadamente unos 15 o 20 días antes, para que después la elegida pudiera competir en la elección de la reina del Carnaval de toda la ciudad; de manera que desde mucho antes se constituía un comité en cada parroquia que preparaba en detalle cómo habría de realizarse la festividad, y esto dependía en cada parroquia de las autoridades civiles (jefe civil).

El recorrido de las carrozas o cortejo carnestolendo era planificado de manera que cada parroquia viera desfilar a todas las

candidatas. El grito de “aquí e”, era el distintivo típico de que se acercaban la reina de Carnaval y sus damas de honor.

Otra de las cosas de esos carnavales que consta en fotos, es que me gané a la edad de 4 años, y perdóname la distancia, el primer premio en la plaza Diego Ibarra, del disfraz más ingenioso, vestido de campesino, con mi sombrero, mis alpargatas, mi pantalón arremangado, un paltó viejo, una arepa y un machete tres canales de cartón piedra. Las plazas más importantes eran Diego Ibarra, Candelaria, Catia, Andrés Bello, donde siempre había grupos de músicaailable.

Luego, cuando estos carnavales fueron reconocidos y venía gente de distintos puntos de la geografía a celebrar aquí las fiestas, se puso de moda el Hotel Ávila, donde se presentaban los grupos más representativos del gusto popular.

### **¿Hubo alguna relación entre las fiestas de Carnaval y el desarrollo de la salsa en Caracas? ¿Cómo fue la transición de la rumba orquestada a la rumba salsera? Lugares de realización, repercusión en la opinión pública y en los gustos personales...**

No podríamos negar la influencia que este proceso ha podido tener en el gusto de mucha gente en relación con la salsa, pero no podríamos dar tampoco este elemento como fundamental y decisivo.

Es evidente que si hablamos de Billo's o Los Melódicos, de Tito Rodríguez, estos eran los preferidos de la gente a la hora de bailar, pero esta oferta fue diversificándose y permitiendo, con grupos menos numerosos, una mayor movilidad y el abaratamiento de los costos; sin embargo, había una influencia importante, que tenía que ver con la venta de formatos más ágiles y a la vez modernos, que ganaban en versatilidad y rapidez para incorporar al repertorio mayor número de canciones. Muchas veces se completaba la falta de instrumentos, como el caso de Joe Cuba, con voces para introducciones y mambos.

Hoy, a la luz de las reflexiones, podemos decir que los más jóvenes preferíamos los grupos pequeños porque los grandes formatos eran anticuados. Eso era presionado también por nuevas compañías de discos pujando por ocupar el espectro de los otros, las perversidades del mercado. Los grupos del barrio, tenían poco acceso a los metales, pues eran instrumentos caros para una persona debutante y con las lochitas contadas, de manera que era más fácil una guitarrita, un bajo, una conga o un bongó, de allí la preferencia por lo fácil, no había metales.

**¿Cómo eran las fiestas realizadas en salones privados?, ¿qué solían celebrar, cómo se ambientaban musicalmente, el decorado, la convocatoria, horario, financiamiento, tipos de comida y bebidas, vestimenta y efectos del alcohol u otras drogas en los asistentes?**

Las fiestas del barrio tenían que ser en casas cuando era una celebración de un matrimonio o algún cumpleaños, y en la calle cuando era una fiesta patria o alguna fiesta local, como cada 12 de Octubre, que era el Día de Negro Primero, fiesta de la calle. El ritual era la lavada de la casa y luego el encerado con esperma de vela, porque al parecer la cera verdadera era muy cara, las mujeres más fiesteras de la familia y una que otra allegada se daban a la tarea de poner a tono el ranchito, para que los invitados pudieran disfrutar de todas las comodidades. Los muebles se recogían y encerraban en un cuarto de la casa, para tener un salón principal para el baile.

Generalmente las fiestas de los grandes eran los sábados, que dependiendo de la familia podía prolongarse hasta el domingo bien entrada la tarde. Por lo general, a las 6:00 o 7:00 am del domingo, los dueños de casa hacían un consomé, un cruzaíto o se preparaban arepas o ambas cosas para ofrecerle a aquellos que aún estaban en pie y se habían quedado bailando, echando chistes o cantando boleros si había salido a relucir en la madrugada una guitarrita o un cuatro.

Ya a las 10:00 am, se volvía a prender el *pick-up* o a subir el volumen (porque quizás jamás se apagó) y continuaban bailando hasta que la conciencia llamaba a parar de beber e irse a descansar un poco.

Esto es algo que estoy concientizando después de muchos años de sentirlo. El domingo por la tarde es la hora más triste de la semana, porque de niño la rumba se acababa con el ángelus y era un sufrimiento regresar a casa o ver partir a los invitados, primas y primos con los que durante toda la fiesta estuve jugando.

Las fiestas de tres días solían ser en el barrio cuando coincidía la fiesta de Negro Primero con un puente, entonces los comités del barrio aprovechaban para planificar la rumba de manera que viernes, sábado y domingo, o sábado, domingo y lunes la fiesta no parara.

A los 13, 14, 15 años empecé a asistir a fiestas con luz negra. Allí la preparación corría por cuenta de los jóvenes y a veces se pagaba una pequeña colaboración. Había varios cuartos prestos para recibir a los que venían, el ambiente y la música podían variar en ellos. Un cuarto era para los que llegaban y aún no habían “controlado”, de manera que allí la música era más movida y la iluminación mayor que en los otros espacios, que ya eran para los que lo bailaban todo, “bolero arriba y merengue abajo”.

### **¿Sabes desde cuándo y por qué existen los salones de fiestas en edificios?**

Los edificios en San Agustín eran pocos y su data era muy antigua, de manera que para mí constituyeron un fenómeno nuevo. Digamos que es a partir de 1975 aproximadamente que me es familiar este término, cuando entró en contacto con otros entes y se diversificó la oferta rumbera.

Es para ese periodo que me doy cuenta de que se comienzan a alquilar salones de fiesta para “ser más in”, y se contrataban grupos para celebrar los 15 años de la carajita de la familia y darse una bombota con los invitados.

Por El Paraíso para ese entonces era lo más sofisticado y que daba más caché. También era que había aumentado la inseguridad y no era evidente que una fiesta en el barrio concluyera en sana paz si no invitabas a los guapetones del barrio, aunque igual venían; pero si los invitabas igual se armaba la camorra en el bonche. Así que las fiestas bravas se mudaron a estos salones alquilados o se convirtieron en reunioncitas no muy bulliciosas, para que nadie en el barrio se enterara de que había un arrocito.

### **¿Además de los eventos públicos y privados previamente organizados existe otro tipo de rumba improvisada en el espacio público?, ¿cómo y dónde logras identificarla?**

Una esquina cualquiera de Marín, arriba en la punta del cerro o en casa de Jesús Blanco bastaba que alguien sacara una tumbadora, otro le hacía la clave y ya de una vez se arremolinaba la gente, se hacía una vaca y comenzaban a correr el ron o las cervezas, sencillamente se armaba el rumbón.

Los ensayos de los grupos en el barrio eran siempre una fiesta, los que ensayaban y la gente afuera viendo por una ventana o simplemente escuchando el ensayo, se bebía y se bailaba afuera.

Cada 25 de diciembre y 1.º de enero se convirtieron por un tiempo en tradición para improvisar descargas en Marín, primero arriba en Negro Primero, después abajo frente a Jesús Blanco, y venían músicos de toda la ciudad y los foráneos que coincidían para las fechas.

### **¿Qué papel jugó el festejo de los 15 años en el encuentro entre jóvenes atraídos por la rumba?**

Las fiestas de los 15 eran para las muchachas una especie de sueño desde muy temprano. Era el encuentro con la etapa en que ya podían tener novio oficialmente, aunque ya a escondidas se habían dado sus latas con unos cuantos en la escuela y el liceo. También para nosotros era la oportunidad de conocer a las amiguitas que

estaban en ese mismo periodo histórico, en el mismo proceso. De manera que estas fiestas representaban grandes promesas. Bailar era la única manera de franquear los obstáculos que a esa edad representa una endiablada timidez, pero unas ganas increíbles de besar a Marielita.

### **¿Cómo se manifestaba el romance dentro del ambiente festivo? ¿Qué papel jugaban las letras de las canciones y el baile en el imaginario y la recreación amorosa?**

Los textos de las canciones eran susurrados al oído del objeto del deseo y sobre todo si eran canciones como “Tirándote flores” o “Muñeca”, “Me recordarás”, “Contigo en la distancia”, entre otras. Como te decía, sacar a bailar a alguien, la que te gustaba, decirle dos o tres tonterías al oído: “qué bella estás”, “hace rato que quería bailar contigo”, etcétera. Y si terminada la pieza, ella no se iba... pues, listo, había que esperar con ella a que vinieran los boleros para apretarse duro y comenzaran a pulirse las hebillas, para luego salir a tomar aire y entregarse frenéticos a los zarpazos linguales y otros juegos.

### **¿Cómo defines estas relaciones en términos de género (roles), repercusión, trascendencia y respuesta ante la posibilidad del fracaso?**

Yo siempre he dicho que la mujer es la que decide. Cuando uno se da cuenta de que una hembra te gusta, ya ella te ha enviado su mensaje, quizás uno conscientemente no se dé cuenta o quizás estás malinterpretando un mensaje que fue enviado a otro, pero ellas siempre hacían que el hombre pensara que él tomaba la iniciativa, para ponerte el freno de mano al inicio, pero después ir rebajando poco a poco la defensa, hasta que por fin, ya descartadas las dudas con la posibilidad de que se formaran otras parejas, accedía a ser la tuya y tú el de ella. Porque siempre había que llegar a las fiestas haciendo un reconocimiento táctico estratégico

del terreno. Fulanita vino sola, a aquella le gusta tal, Mengano peleó con Zutanita..., tú sabes. Luego de eso, a pescar miradas y sonrisas, deslice de manos, guiñitos de ojos. Los fracasos en muchos de los casos eran asumidos de forma olímpica. Total, una batalla no definía la guerra y no siempre se besa a las bonitas.

**Nómbreme los lugares donde solías ir a bailar en Caracas en tu época rumbera, ¿existía alguna ruta específica, se mantienen los lugares y la ruta en la actualidad?**

Al principio la rumba no había que ir a buscar, estaba en mi cuadra, era el barrio el espacio para dar rienda suelta a la fiesta, todo estaba allí. Después, se bailaba en la matiné del Fermín Toro, que podían ser en El Silencio, Ruperto Lugo, 23 de Enero, Manicomio, San Martín. Luego se diversificó la oferta, pues con la universidad pasamos a hacer rumbas en el este de la ciudad, las riquitas querían saber qué era eso de bailar con un negro y allí estábamos nosotros para complacerlas en ese caprichito. También se esparció por todo el país. A veces empezábamos a dar serenatas en Caracas y terminábamos en una playa en Cumaná, con unas cuantas rumberas cumanesas.

**¿Había algún epicentro salsero en la ciudad? En caso positivo, ¿sabes por qué se produce la concentración geográfica? ¿Cómo eran esos lugares?**

Son lugares emblemáticos el 23 de Enero, Sarría, Caricuao, Cotiza y San Agustín. La razón creo que es evidente, la cantidad y la calidad de los músicos, estos no solamente fomentan el hacer la música, sino que escuchan y difunden y están prestos siempre a armar la fiesta sin remordimiento.

**¿Cómo resolvía el rumbero lo relacionado con el transporte nocturno y/o la inseguridad capitalina?**

La imaginación es la mejor herramienta en estos casos. En un tiempo no había más nada que hacer: irse a pie en la madru-

gada para la casa. Quien se aventuraba a andar a pie quería decir que no tenía nada que esconder y por lo tanto nada que robarle, jamás me ocurrió nada tomada esta decisión. Cuando era muy lejos y no había una cola o transporte público, uno se quedaba echando chistes, cantando, y si la fiesta seguía, bailando hasta que había nuevamente transporte en la mañana.

### **¿Las reinas que elegían en los barrios eran las mismas que posteriormente concursaban para la elección de las parroquias?**

Sí y no. Se elegía una entre todos los barrios con las edades propicias, entre 15 y 21. Esas eran las que iban para el concurso oficial de la parroquia y después de elegida una por la parroquia, a la final por la reina de Caracas. Y no, porque había reinas por calles, que podían ser unas bebés de 4, 5, 6 años que no podían evidentemente concursar. Entre tú y yo: una vez en quinto grado me eligieron rey Momo, no por bello, sino por aplicado. Todos los panas me apoyaron para después cagarse de la risa y burlarse de su soberano... Queda entre los dos.

### **¿Sabes quiénes y cómo elaboraban las carrozas y cuál era su ruta por la ciudad en Carnaval?**

Las carrozas se construían a instancias de las jefaturas civiles, de manera que si tenías una idea y un grupo reconocido, organizado, podías optar a los recursos que se entregaban para ello.

### **¿Cómo era el procedimiento para encerar el piso con espermatozoos de vela?**

Medio peligroso, más de una vez se prendió una casa con esa técnica. Las velas (mientras más, mejor) se reducían o desmenuzaban por cualquier vía, martillo, cuchillo, etcétera. Luego esta se introducía en una perola grande de leche, para ese entonces eran las de mayor tamaño, para ponerlas a fuego lento

en la cocina de kerosene y cuando estuviera todo derretido, con un trapito se procedía a esparcirla por todo el salón que se había elegido para la bailanta.

**¿A qué jugaban los niños mientras sus padres rumbeaban?,  
¿cómo era la fiesta de los pequeños?**

A todo. Teníamos unos caballitos de metal y una carreta donde podíamos montarnos y hacer competencias en la calle en Negro Primero, porque allí no hay tránsito automotor. Después con los eternos soldaditos de plástico, guerras entre un bando y otro, colocados a una distancia, lanzando piedras a los soldaditos del bando contrario. Contuy municierra, La Ere (por decir la eres o la llevas), Policía y ladrón, a cazar limpiacasas o arañas, La Cinta, El Gato y el Ratón, Stop, Vuelta al Cacho el Perolito, Tonga, y tantos otros. Cuando nos advertían no ensuciarnos había que poner en práctica los juegos tranquilos: Damas, Monopolio, Ludo y Bingo.

**Háblame de la celebración del Día de Negro Primero, ¿sabes si se hacía también en otros barrios y de qué manera?**

No sé si te he hablado de la organización de Negro Primero. Creo que era la más fuerte y de mayor respeto. Por eso este día constituía una especie de ritual al cual nos tenían acostumbrados y era la manera de decir que la organización y el espíritu de unidad seguía encendido. En Hornos de Cal había una celebración que podía equipararse a esta, era la Quema de Judas, que atraía a toda la parroquia, pues siempre a instancias de Alejandro Hernández (El Mozo) aparte de hacer reír a los presentes por las ocurrencias del testamento de Judas, metiéndose con los vecinos, también servía para protestar y hacer escuchar las voces que estaban en contra de las medidas y maneras de operar de adecos y copeyanos en el poder. En la Fila de Marín, en oportunidades se hacían encuentros de bolas criollas,

torneos llaman ellos, que concluían en tremenda rumba, sobre todo cuando jugaban las chicas y todos nos aventurábamos a presenciar estos juegos que cuando jugaban los hombres no tenían el menor interés.

**Las matinés en los liceos que se hacían los fines de semana de 11:00 am a 5:00 pm aproximadamente, ¿cómo se ambientaban musicalmente?**

Aclaro, camarada, los bochinches del Fermín Toro eran en la semana, los fines de semana la rumba era completa, por la noche. Si había ganas de rumbear en la semana, pues todos decidíamos que un profesor había llegado tarde y nos largábamos al mismísimo... Ya tú sabes. Si había un profesor enfermo... matiné seguro. Te imaginas cómo será eso ahora con los celulares. En el matiné la música era variada, pues estaban los que solo eran capaces de bailar pegadito con los éxitos gringos de moda, pero rápidamente los patria o muerte protestaban por tanto *guachi guachi*, de forma tal que volvía a imponerse la salsita de ley, y si querían algo diferente, pues se escuchaba y bailaba *occi di ragazza*, los italianos que también sonaban.

**Y para terminar, dime tu año de nacimiento, de mudada a Europa y dame autorización para enviar algunos de tus temas comprimidos a Argelia para que conozcan más de cerca tu trabajo.**

Nací en Caracas, Cruz Roja de La Candelaria, a las 11:00 am de un domingo 11 de noviembre de 1956. Me vine a Francia en octubre del 1998 de forma definitiva, pues había estado viniendo a tocar desde 1994 cada año una vez, y entre el 97 y 98 vine cinco veces... Vivía más aquí que allá, por eso la decisión.

## Esta crónica no termina acá

Las maneras de bailar en Caracas... Eso es para largo. A los que bailaban más deschavetados o con más movimientos se les decía que venían de Petare... Había también allí una especie de descalificación. Por ejemplo, si ves cómo bailan las caleñas o colombianas de la costa que tienen tiempo fuera de su tierra, podríamos decir que se parece un poco a ese estilo petareño... ¿Te acuerdas de cómo baila Ezequiel? Las dos últimas veces que lo he visto bailando ha tenido serios problemas con las chicas. A una le dio un codazo y le sacó dos dientes. Otra corrió con un poquito más de suerte, solo le rompió la boca. Eso es Petare... El alma en los pies y el cuerpo.

Después estaba el baile *changey*, que era brincaíto y de alguna manera a contratiempo... Un estilo de *changey* que se impuso después en las barriadas caraqueñas y a quienes lo practicaban los acusaban de malandros, era la pareja pegadita pero a un ritmo que se puede decir doblaba la velocidad del tema.

Una manera que quedó siempre como una broma pero que se hacía en serio, cuando alguien quedaba en el centro de la pista con un solo de percusión, timbal, bongó, congas, le gritaban “¡pártete!” y el sujeto o la mujer hacían las mil y una peripecias por darle cumplimiento a esa orden y, además, se podían persignar.

La música en las busetas tiene su primigenio en la música en los buses. Los buses Manicomio-Chacaíto que pasaban por San Agustín, que yo recuerde siempre tenían sintonizado a todo volu-

men Radio Tiempo. San Ruperto-Las Mercedes en muchos casos también. YVKE no pelaba en estos predios rodantes. En el autobús de Los Chaguaramos dejaban el radio encendido para que, mientras los pasajeros subían y el bus no arrancaba, la gente no se fastidiara escuchando algo de música. Y ya en última, los choferes de Altavista-San Agustín tenían los mejores equipos instalados en estos buses, eran prácticamente muchachos entre 25 y 30 años con la salsa más escuchada en ese momento.

Desde que me conozco he escuchado música en los vehículos, radio y cartuchos, es el padre de los casetes. Mi tío Augusto tenía un aparatico de tocadiscos que se podía instalar en el carro, y lo hacíamos en los viajes, claro, cuando el vehículo se detenía, pues de lo contrario se rayaba el 45 RPM de Hugo Blanco, *El Cable*. ¿Lo has oído? Estamos hablando de los años 64, 65.

# Índice

Tu historia por José Roberto Duque

Desde las filas de Marín

Palabras iniciales por Rafael Quintero

Vivir en Marín

Música, música y más música

El barrio, aspecto lúdico y gregario

Organización y diversificación de las acciones culturales

A manera de epílogo

Apéndice

Marsella, 27 de noviembre de 2001

Dos entrevistas

Esta crónica no termina acá

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas -Venezuela 1010

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

Este libro digital se realizó  
en noviembre de 2020  
en la Fundación Imprenta de la Cultura  
Guarenas, Venezuela.

## **Rafael Augusto Quintero De Jesús (Caracas, 1956)**

Poeta, cuentista, compositor, músico y cantante. Estudió Química en la UCV, y desde muy joven se abocó a la política y a la música. Comenzó a cantar a temprana edad con el grupo Los hijos de Zoila, a los 17 años militaba en la Organización de Revolucionarios (OR) que funcionaba en la clandestinidad, y a los 23 años, ingresa en el grupo Madera luego de la tragedia del 15 de agosto de 1980. En la actualidad vive en Lyon (Francia) donde lleva a cabo una intensa labor artística y musical. Canta en algunas agrupaciones del sur de Francia, y es activista y colaborador de La Puce a l'oreille, asociación que facilita la acción musical a niños y jóvenes con necesidades especiales. El autor integra la dinastía de la familia Quintero del barrio Marín.

### **Vivir en Marín**

Aunque sea un lugar común, siempre hay que volver a decirlo: En Venezuela, la esencia del barrio es la esencia de la música popular; de donde vienen los bravos. Eso es el barrio Marín, un lugar de donde proviene una enorme legión de músicos y cultores que han sido pioneros y maestros de la música en Venezuela. Este libro habla de esa esencia que impregna la cultura venezolana. Una jugosa crónica de ese lugar mágico que es, sin duda, una veta inagotable de sabor y musicalidad, pero también de solidaridad y de tradiciones que hacen del barrio Marín un lugar especial.

